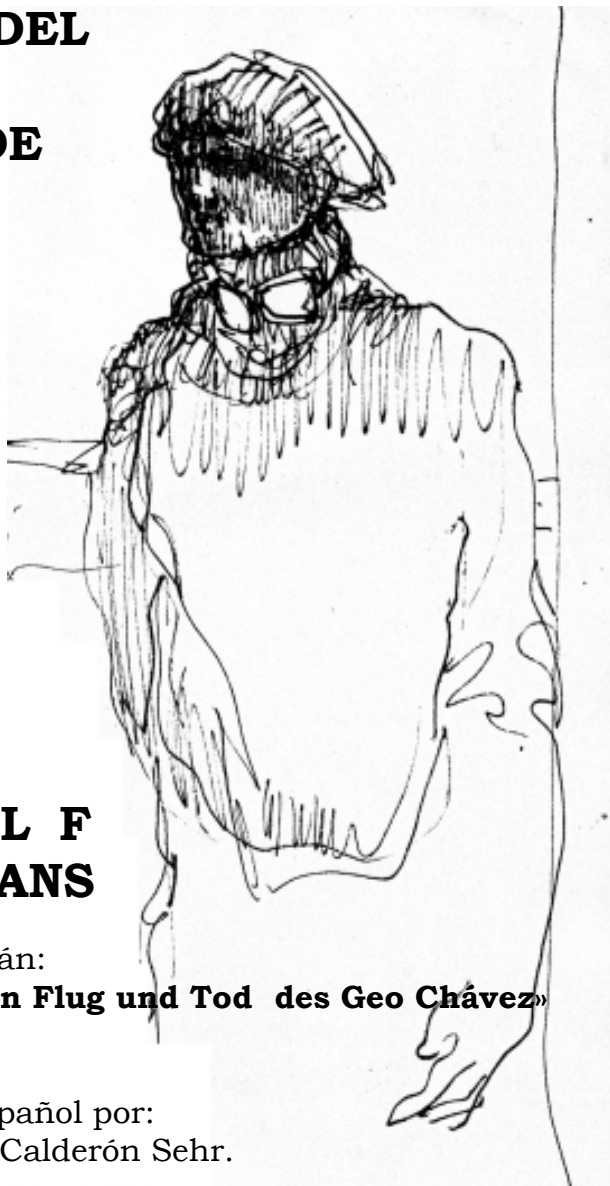


**APUNTES DEL  
VUELO Y  
MUERTE DE  
JORGE  
CHÁVEZ**



**R U D O L F  
TIMMERMANS**

Original en alemán:  
«**Aufzeichnungen Flug und Tod des Geo Chávez**»  
1940.

Traducción al español por:  
Jorge P. Álvarez-Calderón Sehr.

**INSTITUTO DE ESTUDIOS HISTÓRICOS  
AEROSPACIALES DEL PERÚ**

# **Apuntes del Vuelo y Muerte de Jorge Chávez**

**Rudolf Timmermans**

Editorial de Karl Alber, Munich, 1940

Original en  
alemán:

**«Aufzeichnungen Flug und Tod  
des Geo Chávez».  
1940**

Traducción al  
español por:

Jorge P. Álvarez-Calderón Sehr.  
Abril 2005

Carátula e

Ilustraciones: Gastón Garreaud Dapello

Edición:

Instituto de Estudios Históricos  
Aerospaciales del Perú.  
Miembro de la Federación  
Internacional de Entidades de  
Estudios Históricos Aeronáuticos y  
Espaciales.

Diagramación: Hans Hamann de Vivero

Impresión:

Imprenta FAP  
Av. De la Peruanidad s/n  
Jesús María, Lima  
Perú

Derechos Reservados

Número de Depósito Legal: 2010-16404

Lima, octubre de 2010

## **TABLA DE CONTENIDO**

Prólogo	5
Introducción	7
Apuntes del Vuelo y Muerte de Jorge Chávez	13



## **PRÓLOGO**

La Epopeya de la conquista del espacio, recoge en toda su dimensión la trascendencia de la acción desarrollada por el hombre en la aeronáutica, acumulando lecciones de grandes realizaciones de prohombres y paradigmas, que la historia reivindica, dejando para las generaciones venideras ejemplos a seguir. La obra física llevada a efecto es de suma importancia, pero más aún su significado espiritual, que brinda fortalecimiento a nuestra conciencia aeronáutica.

Los avances de la aeronáutica, desde el primer vuelo con máquinas tripuladas más pesadas que el aire, han sido sorprendentes. Los pilotos, al inicio volaban en precarias máquinas, sin los conocimientos mínimos de los problemas del vuelo, fallando frecuentemente en admitir sus limitaciones. Sin embargo, ese orgullo los ha llevado a realizar verdaderas proezas, permitiendo en menos de seis décadas salir al espacio exterior, abriendo así la última frontera del hombre.

En esta ocasión, en homenaje al aviador peruano Jorge Chávez Dartnell, recordando el Centenario del Cruce de los Alpes, publicamos el presente libro con apuntes escritos por él, encontrados en Florencia, Italia, en una biblioteca particular, publicado en idioma alemán por Rodolfo Trimmermans en Munich, Alemania en 1940, por la editorial de Karl Alber, y traducido por Jorge P. Álvarez-Calderón S. en Lima-Perú en el año 2005.

El libro publicado en Alemania llegó a manos del señor Gastón Garreaud Dapello, Presidente de la Academia de Historia y Aeronáutica del Perú, gran admirador de Chávez y comprometió al señor Jorge P. Álvarez Calderón S. para que realizara la traducción al español.

El señor Garreaud falleció, antes de concluida la traducción y el señor Álvarez Calderón entregó su trabajo al señor Ministro de Defensa Dr. Rafael Rey Rey, quien pasó la copia al señor Comandante General de la FAP, General del Aire Carlos Eduardo Samamé Quiñones, el cual dispuso se publique, por lo importante que es para los peruanos conocer detalles de la vida de un paradigma que dio tanto prestigio al Perú.

## INTRODUCCIÓN

Como introducción al presente libro transcribimos la del libro, «Jorge Chávez, un héroe del siglo XX», del Dr. Guillermo Garrido-Lecca Frías y del señor Gastón Garreaud Dapello, considerando que fueron los autores peruanos que más profundizaron los estudios sobre nuestro héroe del paso del Simplón.

«Cuando meditamos sobre aquellos hombres que calificamos de héroes y examinamos el momento culminante de sus vidas, tenemos un sentimiento de admiración y de respeto, y también de protesta, por la desaparición del personaje, porque ya no está entre nosotros, para interrogarlo y compartir con él, porque el bronce que los perenniza, no satisface. Por eso tratamos de resarcirnos estudiando e investigando esas vidas ejemplares y provocamos así, una especie de resurrección, mediante el análisis de los actos heroicos, a la luz de las sucesivas generaciones con sus nuevos conocimientos, de esta manera, mantenemos vivo el culto a nuestros hombres ilustres, ya que no existe el Olimpo.

«Uno de estos momentos loables, fue la proeza del peruano Jorge Chávez, cuando por primera vez en la historia, atravesó los Alpes por los aires, lo que conmovió al mundo civilizado de principios de este siglo. Lo atestiguan, los múltiples artículos que se publicaron en todos los idiomas. Las noticias periodísticas invadieron todos los países: dice Bierbaum que por toda una semana el suceso de la gran hazaña, ocupó las primeras páginas; se escribieron biografías, narraciones, estudios y hasta poetas le cantaron, no sólo aquí, sino también en Europa, porque aquel vuelo fue un portento de valentía y técnica, aunque estaba trágicamente marcado, llegó a su culminación o como lo llama el autor mencionado, contemporáneo de Chávez: «la tragedia de la victoria».

«El Viaje a la luna en nuestros días, es comparable a la osadía del joven aviador de entonces.

«El hombre buscó siempre nuevas formas de vencer uno de los mayores accidentes geográficos de Europa, los Alpes, que tantas veces jugara un importante papel en la historia del viejo Mundo y de la humanidad.

«El famoso cartaginés Aníbal fue el primer caudillo que cruzó los Alpes en el año 216 a. C., por motivos bélicos.

«El paso del Simplón cobró gran importancia comercial en la época del emperador Augusto en el año 196 a. C. y fue dominado militarmente, bajo el emperador Séptimo Severo.



«En 1800, Napoleón ordenó la construcción de un camino para atravesar los Alpes con su ejército, construyó 611 puentes, un túnel de 205 metros de largo, en una extensión de 63 km; que terminaba en Domodossola

«Al comenzar el siglo, la naciente aviación debía enfrentarse a estas montañas para también vencerlas y le tocó a Jorge Chávez, que era un aviador, en todo el sentido de la palabra. Este hombre tenía un mundo distinto al de sus coetáneos, no lo miraba de horizonte a horizonte, sino que había desarrollado una tercera dimensión hasta entonces poco conocida: la altura. Era muy reducido el número de hombres que medían las distancias no sólo en el plano horizontal sino también en el plano vertical, hacia arriba.

«Se comenzaba a explorar el espacio en aparatos ya no sujetos a la voluntad de los vientos como eran los globos aerostáticos, sino que se empezaba a volar en aeronaves más pesadas que el aire, dominadas por la voluntad del hombre. Existía un puñado de arriesgados paladines entre los que se contaba Chávez, que surcaban el espacio como algo nuevo, donde experimentaban el placer de las alturas, de recorrer distancias sin obstáculos y contemplar la tierra desde arriba. En realidad, podría decirse que Chávez formaba parte de un nuevo tipo humano en gestación, dentro de la trayectoria histórica del hombre en el siglo XX: el astronauta de hoy.

«Nuestro héroe se distinguió tan pronto como se inició en lo que entonces se consideraba un nuevo y

peligroso deporte. Al poco tiempo de practicar el vuelo, señaló una nueva marca mundial de altura hasta entonces jamás alcanzada. Sus observaciones aeronáuticas están llenas de un verdadero sentido científico; así por ejemplo, lo que hoyes motivo de extensos estudios en Medicina Aeronáutica, Chávez ya lo señalaba por primera vez. Cuenta nuestro héroe que en un vuelo sobre Reims, se encontraba envuelto en nubes, sin ver el horizonte, tuvo que descender rápidamente desde los 1,150 metros, porque según sus propias palabras: «me sentí que había perdido mi orientación». Hoy, conocemos este fenómeno de la desorientación por falta de visión referencial y para sustituirla, se han inventado una serie de instrumentos que permiten lo que la aeronáutica conoce con el nombre de «vuelo ciego». No es esta la única observación que hizo este naciente deporte. Como ingeniero que era, señaló después de haber superado la marca mundial de altitud, preocupación por el motor del avión, y advierte la posibilidad de que se congelen los lubricantes debido a la baja temperatura que se encuentra a estas alturas.

«Cambió la rueda de cola del avión, por un patín, para así frenar el aterrizaje, ya que no conocían los frenos en las ruedas.

Hay otra observación de carácter científico que él escribe en el periódico «Le Matin» y que Fernández Prada la reproduce: «siento un punto húmedo en la punta de la nariz; me asusto un momento porque no he subido nunca en globo, e ignoro cuales son las sensaciones que se experimentaban en las altas regiones. ¿Habría sido conveniente que llevase un

balón de oxígeno? Recordándome que cuando Morane subió hasta 2,500 metros, arrojó un poco de sangre por la nariz, llevé a ella mi mano. No era sangre. Era simplemente un catarro agravado durante el ascenso... sin duda una corriente de aire recibida al pasar por una hermosa mancha azulada». Esto es lo que Chávez escribe después de su famoso vuelo sobre Issy, en el que batió la marca de altitud alcanzando 2,682 metros, sobre el nivel del mar en 42 minutos. Sus vuelos no eran simples satisfacciones deportivas, sino que estaban impregnadas de observaciones de verdadera aeronáutica, con espíritu de investigación y con curiosidad científica.

«La admirable y corta carrera de Jorge Chávez termina como todos sabemos, en la injusta tragedia de Domodossola. El famoso periodista Luigi Barzini que se convirtió en el biógrafo del héroe, describe paso a paso el heroico episodio de esos días, desde los preparativos hasta el drama, desde la angustia y la alegría hasta el llanto. El fatídico accidente ocurrió el 23 de setiembre de 1910 cuando Chávez había ya pasado la muralla de los Alpes. Había despejado la incógnita de la capacidad del ser humano para cruzar la montaña volando en máquinas más pesadas que el aire, bajo control absoluto de su voluntad, había burlado los vientos y surcado gargantas que parecían hasta entonces como puestas por la naturaleza para marcarle al hombre límites que debía respetar.

Bierbaum señala que el pase del Simplón se hacía hasta entonces por dos vías: por el camino carretero o por ferrocarril. Ahora Chávez había abierto una nueva ruta por los aires. Lo imposible se había

realizado, Chávez el peruano, había volado por entre los picos de las montañas y había alcanzado la llanura del otro lado de esa frontera cuando de repente, en forma súbita, sobreviene la caída del aparato y el piloto herido es llevado al hospital, donde los médicos se esfuerzan en una lucha desesperada por mantener vivo al triunfador del famoso vuelo transalpino.

«Cuatro días de intenso batallar para que no deje la vida, en quien tenía puesta la mirada el mundo entero. Cuando la ciencia finalmente acepta la derrota y comunica que se espera un fatal desenlace, Barzini, el inseparable amigo, atónito y desolado se pregunta: «pero ¿de qué muere Chávez?, no son sus heridas, no tiene fiebre, no tiene congestión, no tiene infección, habla mientras se apaga, ¿dónde está el mal que lo mata?».

## **APUNTES DEL VUELO Y MUERTE DE JORGE CHÁVEZ**

Eran siempre unas tardes muy especiales, las que compartía el pequeño grupo de amigos, cuando uno de ellos, archivero de profesión e historiador por afición, regresaba de alguno de sus viajes, que según como podía, hacía una o dos veces cada año, para seguir sus investigaciones en algún sitio determinado. Como no tenía tan sólo ojos para la historia medieval, en la que volcaba su interés histórico, sino también por los hombres del pasado, exploraba sus virtudes a través del paso del tiempo, con el objeto de extraer siempre lo más importante y lo más representativo, por ello una tarde de estas resultaba siempre como una pequeña fiesta para los amigos, en las que nunca faltaba un buen vino y toda clase de alegrías.

Esta vez sin embargo, la reunión era esperada con especial tensión, por cuanto él había realizado un viaje más largo, a Florencia. Además, le había avisado a los dos amigos, que tenía algo muy especial y que se prepararan para una larga velada.

Cuando vinieron, colocaron como de costumbre las copas sobre la mesa y una botella de vino tinto, que seguramente sería el preludio de una o más botellas que vendrían después. Junto a la copa del que invitaba, había un pequeño libro forrado en cuero marrón, en el que se notaba que alguna vez había sido muy usado, sin embargo, parecía que hacía mucho tiempo que se había cubierto de polvo y había sido olvidado guardado por alguna parte, porque también se notaba que en varias zonas los colores del cuero se habían dañado.

«Es por este libro que he llegado a casa tres días más tarde. Es un diario. ¿Saben ustedes algo de Jorge Chávez?. Fue un aviador.»

«Nunca he oído hablar de él», dijo uno de los dos aludidos, que era el que más debía de haberlo sabido, porque trabajaba como ingeniero en una fábrica de aviones. El otro, que era asistente de medicina en una Clínica, sacudió negativamente la cabeza.

«Así es, las cosas pasan rápido. Sin embargo, visto históricamente, no ha pasado tanto tiempo. Sucedió en 1910, cuando la aviación estaba en sus comienzos, en aquel momento el nombre de Jorge Chávez apareció en todos los diarios del mundo, y nunca más debió de olvidarse. Sin embargo, hoy mismo no lo conoce casi nadie, excepto quizá algún que otro viejo que aun se acuerdan de aquellos tiempos. Quizá también en uno -que otro trabajo sobre la historia de la aviación, pero no en todos está registrado su nombre, tal y como yo lo he podido comprobar.»

Eso es todo. Y ahora resulta que en forma absolutamente casual, pues no puedo llamarlo de otra forma, he recibido en mis manos unos apuntes escritos por él.

Los encontré en Florencia, en la Biblioteca de un colega que sólo se interesaba por manuscritos de los años 1500. Me lo regaló como despedida cuando vio, cuánto me interesaba. De dónde lo obtuvo él, ni él mismo lo sabía con exactitud. Él creía... no, no lo quiero decir todavía, antes de que ustedes no lo conozcan. Porque la intención de esta visita, es leerse a ustedes esta misma noche, si es que ustedes quieren.»

Los otros dos asintieron con interés, y él se dio ánimos con su copa.

«Yo les he ofrecido a ustedes esta noche vino tinto. Quizá esta conexión sea una tontería, pero en este libro se habla de él unas cuantas veces; incluso ya desde sus primeras páginas, y por ello es que lo escogí. Pero creo que me da hasta miedo leerles todo el libro. Porque el vino tinto sólo desempeña un papel muy humilde, y además... Pero se lo voy a leer. Si les impresiona a ustedes tanto como a mí, entonces revivirán todo lo acontecido, aun cuando acá estemos muy cómodos y en silencio.»

Y empezó a leer. Su voz profunda hablaba suavemente y casi en forma monótona, como si quisiera ponerse muy por detrás de todo lo que estaba leyendo y dejar que todo transcurriera por sí mismo, para conducir de la mejor forma la atención de los que escuchaban.





*Reims, 5 de febrero*

Tengo temor, Paulham se sintió algo ofendido. Pero no había otra cosa que hacer, tuve que desechar sencillamente su invitación para esta noche, tenía que estar solo, sin él, en general sin ninguna persona, solo conmigo mismo.

Paulham no comprenderá el hecho de que yo no quisiera festejar con él mi primer día de trabajo. Pero qué me importa Paulharn, qué me importa toda la gente. Yo mismo me soy más importante que todo eso. Por lo menos hoy. Porque, cuando estaba metido en mi overol azul y sucio de mecánico, el que me dio Paulham, con las manos embarradas de aceite (si Yvonne me hubiera visto) trabajando junto al motor del biplano, cuando vi a Paulham subir suavemente a él y supe, que yo pronto lo iba a mover también en el aire, sentí en mí algo que se movía, que empezó como a dejarme un espacio vacío; todavía no demasiado fuerte; así como debe de ser el aire en las grandes alturas, delgado y prácticamente insuficiente

para vivir, pero sin embargo siempre es más que la nada, siempre es algo. Y ese poco es suficiente para aquellos que están por ahogarse en los espacios sin aire. Pero para sentir todo esto, yo tenía que estar solo esta noche.

¿Solo?, ¿Estoy solo? Hay en mi dos, el uno es Geo Chávez, el que come y bebe y duerme, el que sencillamente vive acá, tal y como se presenta la vida, que nunca supo nada de él, si es que no estuviera el otro Geo Chávez. Este otro, que está siempre hambriento, aun cuando el otro esté satisfecho, el que está siempre lleno de desazón, lleno de vacío interior (suena fuera de contexto, pero justamente en lo fuera de contexto está lo cierto) este otro que siempre odia y pelea y está a la caza.

Oh, no estoy solo, porque en mi hay dos. Y estos dos están siempre huyendo, huyendo el uno del otro y de Dios y del diablo. Y como me ha parecido que hoy el sentimiento de esta huida se ha puesto algo más agudo, porque siento que todo lo ganado se ha perdido de nuevo, porque hoy me he estado pasando de un Geo Chávez al otro, por las murmuraciones, la música, las mujeres y el vino que hacen aparentar que se está satisfecho, por eso es que he huido de Paulham y de todo el mundo y estoy acá sentado como una niña y me pongo a escribir un diario. Pero Dios sabe que no es para elogiarme, sino solamente, para contenerme a mí mismo, para dejar todas las huidas, para que en él un Yo, el serio, el confiado, no apabulle al otro, al que tan a menudo se siente tan mal, y que tan a menudo se siente tan incómodo frente al otro.

Lo que ha sido escrito queda allí y ya es completamente independiente de mí, y de esta manera se convierte en algo fuerte, de lo que me puedo coger, como el nadador desesperado que en una avenida de agua se coge de una rama.

*Reims, 6 de febrero, 5 de la mañana.*

Mi primer día como aprendiz de vuelo, que fue ayer, aparentemente me ha subyugado, o es que quizá ¿uno de los Chávez ha querido apoderarse del otro de alguna forma nueva? Me quedé dormido sobre mis escritos, cuando antes en las «boites de nuit» de París, me pasaba toda la noche sin que me diera sueño.

Hace un frío tremendo. Por supuesto el fuego en la estufa se ha apagado, y yo estoy tieso por haberme quedado dormido, soñando, muy incómodamente en el sillón. Siento mi cabeza como si fuera una rueda. Ah, el sueño! ¿Cómo llegué a eso? Quizá porque anoche lo último que escribí era sobre el agua. Vi una rueda de molino accionada por el agua, cuyas aspas estaban vaciadas, como si fueran medias bolas, en un arroyo que caía rápidamente. Y las aspas se movían cada vez con más velocidad, y se querían alcanzar las unas a las otras, en una veloz carrera de búsqueda, y no se podían alcanzar, se mantenían separadas, aun cuando estaban sujetas al mismo eje. Y repentinamente me encontré a mí mismo en esas aspas que daban vueltas, que estaban atadas entre sí pero que no se podían encontrar, y entonces vino repentinamente una ráfaga de viento y nos arrojó al aire, y nos convertimos en hélices (Paulham, estése contento con su alumno, ya está soñando con volar),

siempre rápido y más rápido, de tal manera que el aire nos envolvía y nos hacía doler. Ya pensábamos que íbamos a destrozarnos y saltar en mil pedazos - siempre escribo de nosotros, pues éramos dos, el uno y el otro -, entonces me desperté.

Pero aun sigo sintiendo las ruedas del molino en mi cabeza ¿Cómo iba a poder dormir las dos últimas horas de la noche?

Detrás de la estufa hay una botella de «Burgunder». Ella me debe de ayudar a detener la rueda. Y además me debe de calentar.

Maravilloso, el delicioso vino tinto. Me pone nuevamente útil. En todo caso, lo que a mí me parece cuando leo lo que escribí anoche, que sin el vino, estaría un poco pesado.

*Reims, 6 de febrero*

La velada de hoy la pasé con Paulham. Sobre mi retirada de ayer, parece que no se ha molestado. Dice que yo estaba muy cansado. Tengo la sensación, que no me toma muy en serio. Para él, el volar es una profesión, que se merece cualquier aventura y peligro, y que la necesita para vivir. Mi ansia de volar la contempla en silencio, me parece, como lo que le sucede al aburrido hijo de un millonario, que no sabe qué hacer con su vida. En eso tiene razón. Pero para mí no es matar un aburrimiento, para mí es absolutamente en serio, es el último chance de salir de todo este vacío interior.

*Reims, 7 de febrero*

Los treinta kilómetros desde Reims hasta el aeropuerto, hasta Mourmelon-le-Grand me parecen en las mañanas insoportablemente largos. No puedo esperar hasta no estar afuera. Qué libre, qué sin amarras y dueño de mí mismo me sentía aquella vez, cuando experimentando las primeras emociones corría con mi auto, de ciudad en ciudad, sobre la carretera, cuando las faldas de las chicas aldeanas, que con la boca abierta paradas al borde de la pista se volteaban y señalaban la larga estela de tierra que dejaba mi auto, como el agua que va dejando un barco. Hasta que me aburrí, y vi que ni con el auto más veloz podía huir de mí mismo. Y ahora me molesta este auto atado para siempre a la tierra; cada curva que tiene que seguir obedientemente, cada gallina que corre sobre la pista, todo me molesta. Uno podría volar sobre todo eso. Ah, eso sería libertad, dominio sobre la tierra, sobre todo lo que es pesado!

Cuándo me va a dejar Paulham volar por primera vez? Hoy día me ha dejado entrar. De todas formas no le ha salido bien. El motor del biplano Farman no estaba en orden. Debí investigarlo más. Dos veces lo revisé con mucha precisión y acabé furioso conmigo mismo, porque no encontré nada. Creo que de motores entiendo algo, a partir de mi afición a conducir autos. Si no hubiera estado el tanque de gasolina vacío hasta la última gota, hubiera prendido el motor, para estar más cerca de la falla. Así pues, le anuncié a Paulham que desgraciadamente no podía encontrar la falla. «Bueno, entonces todo está en orden», dijo él con una

risita alegre y me palmoteó en la espalda. Este examen entonces lo superé.

*Reims, 9 de febrero*

Todo el día tuvimos un viento bastante fuerte sobre la Champagne. Eso de volar no estaba absolutamente en la mente de Paulham. Un joven inglés, que el año pasado aprendió a volar y que ahora se está entrenando para un gran premio, en el que se ha apuntado, de Reims - París - Bordeaux, quiso atreverse a una subida. Con otros más lo ayudamos a sacar el avión del hangar (el que no podía llamarse de otra forma que «Darling»).

El área de sustentación crujía a veces más fuerte y a veces más suave, con el ritmo irregular de los golpes del viento. Cómo sucedió todo repentinamente, no lo sé. El viento debe de haber soplado con toda su fuerza por debajo del área de sustentación del biplano y lo hizo correr. Nosotros tratamos de detenerlo, yo fui arrastrado unos metros sobre el suelo, después lo tuve que dejar. Sobre el suelo que estaba duro, congelado, patinó el avión, como si no tuviera en sus entrañas un motor tan pesado. El viento lo sacudió juguetonamente a la derecha y a la izquierda, de tal manera que ambas alas se turnaban para tocar el piso y para levantarse al aire. Entonces un golpe de viento volteó a Darling sobre la nariz, la cola quedó levantada con sus partes rotas, mirando tristemente al cielo, y ahí se terminó el juego.

*Reims, 12 de febrero*

Sin ningún motivo, hoy fuimos a Mourmelon. Afuera tronaba el viento. Desde el cielo caía una mezcla espesa de lluvia y nieve que se asentaba como una tupida cortina delante de mi ventana. Paulham me mantuvo como reemplazo para el trabajo externo y me contó algunas cosas de sus vuelos, de sus experiencias prácticas. De esta manera transcurrió para mí todo el día, que pese al espantoso clima, me resultó como un día de fiesta. Pero entonces Paulham tuvo que irse, porque tenía una cita para el almuerzo, y me dejó solo.

Entonces me quedé nuevamente sin rumbo. Ay, todo resulta tan sin motivación. Yo sé que tengo que encontrarme a mí mismo, para que esta huida no continúe todo el tiempo. Por ello debo de alegrarme de estar algunas horas en paz y meditación. Pero la poca seguridad que creía haber ganado en estos días, con la tormenta de mis sentimientos sale volando como la arena. Yo había creído, que el uno y el otro Geo Chávez, las dos aspas del molino de las que soñé, ya se había acercado un tanto, pero eso fue toda una desilusión con los nuevos sentimientos y la rapidez del trabajo de este día. Al ojo le parece que las hélices que giran a toda velocidad no tuvieran principio ni fin, sino que fueran un todo completo. Sin embargo, tan pronto las hélices empiezan a girar más lentamente, se descubre que nada ha cambiado. Fue fácil huir en los últimos días de todas las dificultades internas, porque el trabajo no me dejó en paz. Ahora me doy cuenta, que me quise engañar a mí mismo, y en ese engaño ganar un plano superior, de tal forma

que creciéndome a mí mismo, hubiera visto mucho debajo de mí. Pero así no sucede, además hubiera sido demasiado fácil.

Algo sin embargo, ha sucedido en estos días, que a mí me han parecido como semanas. Esta mañana llegó una carta de Yvonne. A través de ella me di cuenta de todo eso. Ella quiere venir y quedarse acá hasta que yo termine. Mi corazón latió el doble de rápido de pura alegría. Yvonne, yo no quería darme cuenta, pero te he extrañado. En la suciedad del trabajo, en el frío penetrante de los aeropuertos, en la amarga dureza de las reglas de la técnica en las que estoy como todos los demás a la intemperie (hace tres días se le volaron tres dedos a un mecánico, cuando al arrancar las hélices no sacó la mano suficientemente rápido, yo estaba a dos metros de él y la sangre me salpicó) en todos ellos te extraño, extraño tu calor y suavidad, extraño todas las cosas dulces de tu ser.

Pero ahora, que yo tengo tu carta, siento repentinamente que hay algo que nos separa. No es la forma infantil como tú escribes de los aviones, ni la forma primitiva en que tú te imaginas mi trabajo. Cómo podrías saberlo de otra manera! Pero tengo la impresión - que no la tiene Paulham - que tú no me tomas en serio, porque tú en realidad no tomas nada en serio, ni siquiera a tí misma. Tú te tomas solamente como necesaria, pero no en serio. Y sin embargo, tú perteneces a la etapa de mi vida, de la que yo quiero huir, porque ya no resisto más ese terrible vacío que mata. Tú perteneces a ello y sin embargo amabas ese



vacío, que tú me diste, para no llenarlo. Qué debo, pues, esperar de ti?

Que espantoso que soy. Pero esto significa para mi, vida o muerte. E Yvonne, yo lo sé, también puede vivir sin mí.

*Reims, 14 de febrero*

He volado.

Yo mismo casi no sé cómo sucedió.

Paulham quiso hoy día que yo rodara por primera vez con el biplano Farman por el campo. Me acomodó en el aparato. El motor arranca rugiendo, las hélices empiezan a dar vueltas y al mismo tiempo se mueven hacia atrás las escasas yerbas que estaban debajo de la máquina, de tal forma que yo creo que no son ellas, sino yo el que ya se está moviendo. Pero todavía estoy detenido.

Paulham espera todavía un poco, hasta que da la señal, porque quizá quiere que mi primera excitación se calme un poco. Pero yo estoy muy sereno, muy concentrado. Me siento casi como en un auto. En cuanto llega la señal de libre, arranco yo a un cierto andar, con lo que el avión me responde con un corto pero poderoso salto y un empujón. Para continuar el viaje, jalo solícitamente aunque medio sin tener absoluto conocimiento, el timón superior. Y repentinamente se termina el empujón, el piso me parece un poco más lejano. Todo se vuelve ligero y silencioso.

Verdaderamente: Vuelo! Debo de haber ganado ya dos metros de altura. Naturalmente, dos metros no es nada. Y sin embargo es todo. Porque en esos dos metros está la posibilidad de doscientos y de dos mil metros. Todo el volar está encerrado en esto. Soy libre de la tierra.

El motor trabaja en forma regular. Como una hoz velocísima que da vueltas, se encuentra delante de mí la hélice en el aire. Los armazones de contención tiemblan debajo de la línea de aire que se corta con el trabajo rítmico del motor.

Vuelo, oh, vuelo.

En cierta forma estaba doblemente consciente: mis ojos observaban cuidadosamente los alrededores y a la vez absorbían en sí toda la alegría de volar. Mis oídos escuchaban el compás uniforme del motor y a la vez sentían en todo ello una estruendosa y jubilosa canción. Mis manos cogían el timón, y a la vez estaban como si poseyeran y gobernaran la tierra entera.

Entonces, repentinamente vi un grupo de pinos que crecía rápidamente y se me acercaba. Tuve que descender nuevamente. Era como si la tierra se quisiera vengar por mi atrevimiento. Ella me azotó y me empujó como a un hijo perdido. Pero me levantó nuevamente. Despacio fui soltando el gas y dejé que la máquina corriera. Entonces detrás de mí oí un auto. Apenas me estaba deteniendo y ya estaba junto a mi Paulham estaba adentro. Creo que estaba molesto, pero debí de haberlo visto, feliz como un niño en Navidad. Su ceño fruncido desapareció, y me dio la

mano con un fuerte apretón. Podría ser que con esto me quería sacar la promesa de que nunca más lo volvería a hacer, o que quería felicitar me. O quizá con ello quería decirme, tú eres algo más que el hijo de un millonario, tú eres un hombre.

Creo que fue lo último. De todas formas yo me alegré muchísimo.

*Reims, 15 de febrero*

Casi quisiera decir que ya no vivo más, que sólo vuelo. Cuántas veces me he elevado hoy día, y cada vez ha sido como un nuevo milagro. Es una sensación indescriptible, cuando el avión empieza a correr y la mano con todo cuidado y como probando, se agarra del timón. Cómo se establece esa lucha entre la tierra pegajosa y las limpias y libres alturas, dentro del ritmo de una velocidad de la máquina que va en ascenso, que se convierte en un rugido furioso y salvaje y que luego, en el punto más alto, con la tensión de un puño lo agarra más fuerte, y como parece que la tierra moviéndose bruscamente una vez y otra vez, se pone como encabritada, y de pronto repentinamente se hunde abajo, como si hubiera perdido el conocimiento y se queda como vencida a nuestros pies.

Esa sensación, nadie la puede entender. Creo que incluso Paulham tampoco. Él no hace sino regañar y gritar todo el día. Parece que para él, yo me he convertido en un volador, demasiado rápido, y teme que vaya a arriesgar demasiado. Por supuesto, él lo tiene difícil conmigo. Hoy en la tarde tuvo que recogerme, tanto a mí como al aparato, a cinco

kilómetros de distancia. Después de varios vuelos de una esquina del campo hasta la otra, repentinamente me elevé a la altura de diez metros, quise subir un poco más y trepé hasta los treinta metros. Pero, ya estaba nuevamente, y antes de darme cuenta, el pequeño bosquecillo debajo de mí y no podía descender. Así pues, volé hacia delante, hasta que descubrí una pradera en la que pude aterrizar. Todo sucedió a la perfección, y yo no estaba menos orgulloso de mi primer, aunque no deseado, vuelo sobre tierra

Paulham, naturalmente, vino enseguida donde yo estaba, y entonces se desató una tormenta terrible; Cuando yo suavemente remarqué que había sido de todas maneras un vuelo bastante perfecto, se puso fuera de sí. Que si quizá yo quería llamar a eso volar, que eso era sencillamente aventarse hacia lo azul y de encontrarme por casualidad un sitio para aterrizar, y encima pavonearme. Que yo no era nada más ni nada menos que un pajarillo que había querido volar de su nido demasiado temprano, que era una presa segura de cualquier gato, es decir quería remarcar me las dificultad del aterrizaje y lo que eso significaba para un piloto de aviones, que no era cuestión de encontrar de buenas a primeras un sitio donde aterrizar, sino que se debía de saber regresar correctamente al propio nido. Dejé que cayera todo sobre mí. Él tenía razón, pero qué debía yo de haber hecho, si no tuve otra alternativa que salir volando de frente. Realmente me alegró su furia, porque me significó que poco a poco me consideraba como un colega, al que de vez en cuando hay que mandarle un par de palabras gruesas. Y desde ayer ya no me habla

de señor, sino simplemente de Chávez. Ahora me doy bien cuenta, quizá recién y un poco tarde, cuánta distancia, si no ironía, había en el «señor» Chávez.

Ahora, Paulham, no debes de avergonzarte de tus alumnos y mañana vamos a entrenar curvas.

*Reims, 17 de febrero*

Dos días de ejercicios a conciencia. Ahora entiendo lo del pájaro que debe de saber volver al nido. Las primeras curvas no merecieron precisamente ese nombre, porque no eran unos arcos suavemente circulares, sino más bien unos vuelos llenos de esquinas, ningún círculo, eran una especie de octaedro. Pero poco a poco aprendí la forma correcta, e incluso Paulham pareció estar contento.

Yo mismo podría estarlo, porque además mañana llega Yvonne. Pero eso precisamente me pone intranquilo. Acá yo estoy en un mundo completamente distinto, tan distinto, que con el tiempo podría hacerme olvidar a Yvonne, a París y a todas mis correrías internas.

*Reims, 18 de febrero*

Qué tal día que fue este! llevé de inmediato a Yvonne arriba, a Mourmelon. Ella estaba más linda y encantadora que nunca, precisamente en medio de este mundo sórdido de hombres y motores. Paulham murmuró como bienvenida un par de palabras inentendibles, que muy bien podían haber sido un cumplido o un «que te lleve el diablo», y cuando ella hizo como que no se dio cuenta, y le dirigió un par de

palabras relativas al volar, él se puso maligno, trajo su inmundado mandil, y la invitó a que se acercara y le dijo que le gustaría llevarla a dar un vuelo, que no se necesitaba casco protector, porque si sucedía algo, no servía de nada. Evidentemente ella no voló. Luego di yo un par de vueltas a mi altura acostumbrada de treinta metros. Pero no tuve una real alegría al hacerlo. La atención de Yvonne rápidamente se agotó, y ella se escabulló de todo esto empezando a endulzarse con los cumplidos que le lanzaba nuestro inglés. Cuando aterricé, el Farman casi se me da vuelta de campana. Paulham se puso grosero, me empezó a hablar nuevamente de «señor» y decía que en realidad yo me podía desenvolver mucho mejor en los adoquinados de París.

Sobrevino un ambiente insoportable y yo me regresé pronto nuevamente con Yvonne a Reims.

Ahora nuevamente estoy sentado solo en mi cuarto y no sé por dónde empezar. Yvonne nunca debió de haber venido. Todo está nuevamente revuelto. Yo siento todavía su suave reír en mi oído, y mi sangre canta su nombre. Eso es así, no puedo mentir. Y a la vez yo sé, que a mí todo esto no me puede satisfacer para siempre; entonces aparece de nuevo el gran vacío, por el que yo huí hacia acá, donde Paulham.

Con qué gusto cerraría yo los ojos delante de esta noche y seguiría a Yvonne, vivir así como ella, en su casi vegetal inconsciencia, que no sabe nada de heridas dolorosas y mortales, que a mí y a mí mismo me infiere.

Pero mis ojos están igualmente demasiado abiertos, mis sentidos igualmente muy afinados, para poder vivir como si el mundo de Yvonne me llenara. Quién sabe si toda su seguridad no es más que una propia deficiencia, como si no tuviera ella misma que matar algo que hay en ella misma, para poder vivir. O si su propia seguridad no sea más que su propia debilidad; como aquel que es más seguro porque no tiene nada que perder!. ¿Quizá en esto consiste la base de las dos facetas, la que me hace ir hacia ella y la que sin embargo, sin paz, me hace alejarme de ella?

Como dijo Yvonne: «Por qué te agotas acá con cosas tan peligrosas, eso de elevarte treinta metros sobre el suelo pelado? Cinco veces más alto puedes estar en París y ver todo a tus pies, sin trabajar y sin peligro.»

Eso lo dijo con dolor y sin embargo muy en serio. Quizá ella tiene razón.

¿O quizá precisamente en ese librarse del peligro está el peligro?

*Reims, 19 de febrero*

Recién las seis de la mañana, pero estoy contento de haberme ya despertado.

Como siempre se me mezclan las preocupaciones del día en el sueño y ¡no me dejan en paz!

Me senté en mi Farman y volé; pero no fue un vuelo realmente; aun cuando la máquina se movía

libre en el aire, sin embargo tenía la sensación que no me había librado de la tierra como si estuviera unido a ella por unos lazos invisibles. Repentinamente se me presentó delante de mí el monstruo de acero de la Torre Eiffel, inmensa y con su propia esencia, como un segundo Goliat. Agarré fuertemente el timón de elevación, para volar sobre ella, pero el aparato no me seguía. Impotente me di por vencido. En eso apareció Yvonne y suave y rápidamente condujo la subida hasta la altura de la torre. Riéndose me hacía señas con la mano, pero a mí me invadió una cólera inmensa, y aun cuando yo no hubiera podido triunfar sobre ese coloso, al menos quería hacerla desaparecer de delante de mí. Con toda la fuerza de mi máquina me arrojé contra ella, pero ella me empujó hacia atrás, como si hubiera chocado con una pared de goma. Entonces el viento trajo de la lejanía el sonar de las campanas, y yo me tranquilicé del todo. Me pareció como si el aire me llenara con fuerzas que me ayudaban y me llevaba a donde yo quisiera. Cuando me desperté, tocaban las campanas de la catedral a través de la ventana abierta y las sentía con toda su sonoridad dentro de mi cuarto.

Hoy debe de suceder algo.

*Reims, 19 de febrero*

Debo de alabar este día, aun cuando toda la máquina quedó en ruinas y yo mismo no sé como sigo aun vivo.

No por gusto me despertaron de mi sueño hoy las campanas mañaneras tan festivamente. Cuando



salimos, había una espesa niebla sobre todo el campo. Yvonne estuvo sentada en su esquina todo el viaje, silenciosa con los labios apretados y con ojos de mirada perdida, como siempre cuando está molesta y quiere de todas maneras que se note. Ella sostuvo que este viaje a Mourmelon, con ese clima, era por gusto y además por una pose personal. Pero se dornfuó, porque creía, como se hace con un muchacho inconsciente, que había que dejarlo que se equivoque de una vez, para que con el resultado doloroso se convierta más rápidamente en más inteligente. Yo me presté al juego y me comporté como un jovencito, esto quiere decir, como si no me diera cuenta, conversaba sin aprensión con Paulham, diciéndole que tipo tan maravilloso era él, y de mi amigo Duray, el que me acompañó en mi viaje en auto atravesando varias fronteras y que mañana iba a venir, para ser conmigo algo así como una especie de administrador en mis futuros vuelos.

En el viaje apareció repentinamente, como una sombra dentro del lechoso aire de neblina, una carreta de aldeanos, que me obligó a hacer una maniobra brusca con el auto, lo que hizo que Yvonne cayera sobre mi hombro. Mis disculpas le dejaron muda y me lanzó, con sus ojos marrones, una mirada como un rayo. Luego emergieron de entre la neblina las instalaciones de los aviones. Como yo lo había deseado, el sol se encargó de darnos una visión sumamente clara, y se extendió como una cortina primaveral en el aire. El viejo y amarillento césped del invierno se había adornado de juventud con miles de gotitas de rocío, y el extenso y abierto cielo azul

era toda una sola invitación, para subir arriba a su encuentro;

Hice que se sacara al Farmnan, me puse mi grueso vestido de cuero y el casco de protección y me introduje en el asiento.

«Ahora voy a vencer a la torre Eiffel», alcancé a gritarle a Yvonne, y antes de que ella pudiera comprenderlo y decir algo, arrancó el motor rugiendo y tapando cualquier otro sonido con el martilleo de su ruido ensordecedor. La hélice empezó su juego circular, hice una señal de despedida con la mano mostrando el ademán de «libre» y salí de allí.

La tierra se me separó y ya estaba el pequeño bosque debajo de mí. Una gran curva y ¡arriba, siempre arriba! Todas las pequeñeces perdieron su significado. El campo de decolaje, sobre el que estaba yo, parecía una gran llanura de interminable pesantez que se confundía con un campo bien cuidado, pero el mundo no se achicaba. Las vistas se abrían en todas las direcciones del cielo; Los campos, bosques y caminos comunes, múltiples y confundibles, se ordenaban con claras líneas fronterizas. Maravillosa se perfilaba hacia su meta la gran carretera hacia Reims, y en la lejanía aparecían las torres de la catedral. ¡Cómo las saludé!

¡Doscientos metros! ¿Dónde se quedó tu torre Eiffel, Yvonne? Abajo, en el campo de aviación debajo de los árboles, había unos puntos inmóviles, Paulham, Yvonne, van Born, Brown, y algunos mecánicos y trabajadores. ¿Acaso estarían mirando hacia arriba?

Me pareció que Paulham me hacía señales con la mano. Pero yo seguía subiendo haciendo grandes círculos.

El aire limpio y claro de ese día de febrero me rodeaba como agua fresca de las montañas. Los campos de vino de Champagne estaban debajo de mí extendidos en toda su amplitud, pero los mejores y más bellos de sus sarmientos no me hubieran podido haber dado ese sentimiento bendito que yo tenía en esas alturas. Sin control volaba mi vista hacia todas las alturas y distancias, y mi alma volaba conjuntamente absorbiendo toda la felicidad de este día jubiloso, cuya belleza estaba tan tremendamente colmada como el espacio infinito que me rodeaba. Yo no supe nada más de mí mismo, no me sentía a mí mismo, y casi quería sentir como si por instantes este fuera mi estado natural. Sentía una plena apertura, a todo lo ancho como un tejido puro y a la vez lleno, que me quería inundar.

Poco a poco fue desapareciendo la excitación, y me desperté dentro de mí mismo, con una gran alegría dentro del corazón. Evidentemente yo no era más que una pequeñísima partícula de sol en un espacio infinito. Y sin embargo, todo este mundo, sol, cielo y tierra, estaban en mí. Tan pequeño era yo como tan grande tenía que ser, porque todo aquello que se abría delante de mí lo llevaba a la vez dentro de mí. Cómo podría encontrar el espacio dentro de mí, si es que no fuera más que eso, que aparecía visible delante de mí. Y repentinamente limpio y claro, apareció delante de mí como una espada desnuda, el conocimiento de mí ser espiritual.

Que pálido e insignificante se ve todo esto ahora delante de mí sobre el papel y qué ajeno y perdido estaba yo en ese conocimiento, que repentinamente me invadió y me atrapó, hasta que la máquina, que no quiso, como lo había hecho hasta ahora seguir al timón que manejaba mi mano, me sacó de mis pensamientos. Quinientos metros señala el altímetro. Esto debía de ser suficiente, porque hoy yo quería disfrutar lo que la naturaleza me ofrecía gratis. Otra vez vendré y pelearé para obtener más. Hoy me querías dejar regalar del todo.

A la lenta y tranquila subida le siguió una bajada salvaje. La fuerza del motor potenció la velocidad natural del descenso, y yo tuve que ampliar mis círculos, para no estrellarme. Cada vez más rápido se acercaba la tierra. Las suaves ondas de las colinas, que de lo alto parecen casi una llanura, se empezaron a elevar plásticamente. De unas masas de bosques empezaron a aparecer árboles individuales, de los puntos aparentan personas, y de las pequeñas rayas anchos caminos. Alguien por allí en un camino me saludó haciéndome señales con la mano, pero yo no le podía prestar atención, no quería perder todo mi dominio sobre el aparato. Apareció debajo de mí, ondulando la pradera, con fuerza se posó la máquina, dio un nuevo salto hacia arriba, cayó nuevamente sobre la tierra, y después ya no sé yo qué pasó, qué fue lo que me chocó, rugiendo y saltando a mí alrededor, el motor se despedazó.

No debo de haber estado mucho tiempo tirado inconsciente. Lo que primero me hizo volver en mí,

luego del desmayo, fue la voz de Paulham: «Dios mío, el pobre hombre».

Buen Paulham, la frase no la olvidaré nunca, aun cuando después me regañaras furiosamente, yo lo que debía de haber hecho es no sólo llegar a quinientos metros, sino ya directamente volar al Cielo, así sería una preocupación menos para Yvonne y para ti mismo.

Pasó algún tiempo hasta que me vi liberado de los fierros retorcidos y de los palos rotos así como de las paredes de lona destrozada. Yvonne estaba de pie llorando y raíz de ello, medio pueblo también.

Fuera de algunos moretones y raspaduras no me había sucedido nada, y me fue de gran ayuda, en la pequeña taberna del pueblo, tener sobre las piernas unas cuantas copas de vino achampagnado, del que yo tanto había contemplado desde quinientos metros de altura.

Yvonne estuvo todo el tiempo, muy solícita conmigo, y al regreso a casa sentí repentinamente su brazo en mi cuello, y con una voz muy bajita y tierna, el repetitivo pedido me llegó, como un: «Qué bueno, que te tengo otra vez. Y ahora, no es verdad, no me vas a dar más este tipo de preocupaciones, no volarás más.»

Pobre Yvonne, la lucha se ha decidido. Pero yo sólo le dije: «Nada más de eso por hoy. ¡Mañana! ». Porque no quería herirla en ese momento, aun cuando mi decisión era firme, primero quería yo mismo

recuperar la tranquilidad y reflexionar en paz sobre las vivencias de ese día. Porque todo aquello que había experimentado en los pocos segundos en el vuelo, aun no había terminado de digerirlo dentro de mí; así como cuando uno ve desde una torre un amplio territorio y con una mirada lo puede abarcar todo y sin embargo recién lo puede hacer suyo completamente, cuando lo ha dividido en secciones.

¿Qué era toda mi intranquilidad interna, qué era ese continuo huir de mi mismo, que me torturaba sobre la tierra, desde que yo había valorizado la vida hasta su último cimiento?

¿La vida?

Sí, era vida, la vida, así como Yvonne me la hacía realidad. Pero mi intranquilidad había vuelto a nacer desde la nostalgia por la vida, mi huida que a la vez era una búsqueda, una cacería por la vida. Yo no quería otra cosa que la vida y a la vez estaba desengañado de ella. Ahora todo eso suena como un juego de palabras, y sin embargo para mí, es mortalmente serio. Un día con seguridad habré saltado a las oscuras cavernas de la muerte, de las que solamente sé que son oscuras, y naturalmente será cuando yo ya no posea la suficiente fuerza vital para soportar todo esto, y cuando, ahora lo siento por primera vez totalmente, en los últimos rincones de mi ser interior tenga aun una luz que brille, después de que todas las luces de mi juventud se hayan apagado. Es demasiado débil para iluminarme aun, pero sí suficientemente fuerte, para mantenerme ardiendo y seguir adelante lleno de dolor.

Es la última oportunidad de mi vida, porque nadie quiere pasarse la vida sin tener alguna esperanza

Qué ese día no se me borre jamás de la mente, que estas páginas acá lo mantengan fuertemente amarrado para siempre.

¿Serán quizá alguna vez estas pobres y débiles palabras una fuente viva, cuando su recuerdo en mí quiera agotarse? Pero nunca se agotará, porque el espíritu no puede olvidar los momentos, en los que se ha conocido a sí mismo, y aun más: en que ha sido realmente vida plena, completamente vida.

Hay una vida en el cuerpo, si está con él o contra él no lo sé. Sólo sé, que yo en esos instantes tuve una intensidad de vida como nunca antes la he tenido en los momentos más ricos de mi vivir. Y en los que simultáneamente todo lo que es corporal había desaparecido, y era reemplazado por fuerza y realidad. Por supuesto, eso sólo pudo ser unos segundos, pero con que todo ello haya sido posible, es suficiente y le da valor para siempre.

¡Qué paz hay a mí alrededor! La casa duerme completamente, así como toda la ciudad. Hace tan sólo unas horas estaba llena de intranquilidad y de odio, y dentro de unas horas lo estará nuevamente. Así sucede siempre, uno es empujado de la isla llena de paz de la noche al tormentoso mar del día. ¿Tendré que dejar nuevamente mi isla, que acabo de ocupar y casi no acabo de recorrer?

*Reims, 23 de febrero*

Hoy ya hacen tres días que Yvonne se fue. No pensé que iba a ser tan doloroso, aun cuando sabía, que esto iba a suceder.

Ella era mía, y cualquier árbol vivo sangra cuando le cortan una rama, aun cuando le cortan esa rama para que crezca más fuerte y más alto. Yo sé que por esta herida no me vaya desangrar, poco a poco se irá cerrando. E Yvonne? No lo sé. Quizá en el viaje a Mourmelon debí de haber contestado sus preguntas con toda claridad. De esta forma no hubiera dejado crecer mientras tanto las esperanzas dentro de ella, para luego destruirlas, lo que fue más doloroso. Pero no quedaba otra opción. Porque para ella yo era el que se quedaba, al que había conocido hace tres años, y que no sabía aun qué camino iba a escoger y en dónde estoy ahora. Si le hubiera dicho yo todo y se lo hubiera aclarado, no me hubiera entendido jamás. Ahora tengo que estar libre, tan sólo para mí.

Así pues, no le dije a ella nada de todo lo que me había sucedido interiormente, sino solamente, que quería seguir volando. Duray vino en la mañana, y ella vio, que yo me mantenía muy en serio en mis planes. Nos dijimos «hasta pronto» al despedimos, porque me di cuenta, que ella pensaba todavía, que yo regresaría algún día, y yo mantuve abierta esa posibilidad, para dejarle alguna ilusión, con la que ella pudiera vivir, hasta que me hubiera olvidado. Pequeña Yvonne. ¿Te sería un consuelo saber que pienso en ti?



Desde aquel día no he vuelto a volar. Paulham tiene miedo, que yo le vaya a destrozár una segunda máquina, y está a la espera de repuestos para reemplazar la destruida. De reparaciones no había ni que pensar.

Ahora sólo me deja entrenar con máquinas bloqueadas, no sólo para no llegar a quinientos metros de altura sino para después no tener que tratar de aterrizar sano y salvo. Yo no tenía la menor idea de los descensos. Pero ya casi he perdido la paciencia, y si esto demora mucho, le pongo delante de sus ojos una máquina. Si tuviera mi licencia de volar, no necesitaría ningún permiso de Paulham y me traería sencillamente un biplano de Farman. Pero ahora, después de la caída, no me atrevo a plantearle esto a Paulham.

Duray se ha quedado, como buen y confiable compañero. Ha traído las ponencias de la próxima asamblea de vuelo, y ahora estamos haciendo planes. Si es que no sucede nada extraño, estaré por primera vez con ellos en Niza.

*Reims, 24 de febrero*

Le he preguntado a Paulham acerca de la licencia para Volar; porque de lo contrario, no llegaré a tiempo para concluir un acuerdo con Farman y no tendré máquina, cuando empiece la temporada. Ante mi preocupación, le aclaré todo el asunto a Paulham, temiendo qué se riera de mí y que me dejara plantado. Pero, sucedió todo lo contrario, me miró con mucha

alegría y ante mi asombro, me ayudó sin ningún reparo.

Después, sacó de su cartera mi Licencia de Volar completamente absuelta, que ya tenía la fecha 19 de febrero. Evidentemente, yo no estaba absolutamente asombrado, hasta que Paulham me aclaró: «Sí, yo se la quería dar a usted ese día, cuando usted... no, usted ya sabe. Sin embargo yo lo hubiera podido hacer, porque para la Licencia es suficiente lo que usted ya sabe: arrancar, subir unos cuantos metros, no llevarse de encuentro ninguna chimenea, hacer curvas y aterrizar en forma derecha. Para récords de vuelo en el aire no estoy preparado. Pero a mí me era imposible premiarlo con este papelucho.»

Mañana en la noche vamos a festejar un poco este «papelucho». Es una pena, que Yvonne no esté con nosotros: Pero quizá le hubiera dolido demasiado vivir tan cercanamente el día en el que yo finalmente quedo registrado para volar.

*Reims, 25 de febrero*

Es un día gris y lluvioso. En vez de poder elevarme hoy día por primera vez, debo de quedarme sentado en el hotel con una Licencia de Volar en el bolsillo.

Pero ahora, que no estoy afuera de Mourmelon y delante de mis ojos los otros ascienden a las alturas - por supuesto a alturas razonables, pero de todas formas hacia arriba - me ha brotado toda la impaciencia. Me puse como un chiquillo al que lo han

colmado de regalos y que casi no puede sostenerlos todos y ya está clamando por coger más cosas. Yo estaba suspirando por conseguir más islas, antes de poner un pie sobre la primera que se me ofrecía para que ponga mis pies sobre ella.

Yo no sé cómo se me vino a la mente nuevamente la representación de la isla; quizá se me presentó simplemente la realidad interna de esta visión. Por cuanto tiene su verdad profunda, también en otro sentido: hace días que voy por allí y llevó dentro de mi otro conocimiento, que ha transformado todo mi ser. Mientras que yo antes me movía inseguro, absorbido en la atmósfera de mi círculo de vida, sólo me sentía atado a lo concreto y a lo grosero y en una inseguridad, que soplaba de mis más internos y oscuros rincones, sin descanso; repentinamente se han rasgado todas esas tinieblas, como cuando la noche es rasgada por un rayo.

No es una luz dorada y tibia, la que se desprende del rayo, sino es fría y pálida, pero pese a ello brilla, y así brilla también dentro de mí. Y yo vivo entre la gente, como si estuviera solo en una isla; porque paso delante de ellos, y ellos me hablan como antes, y nadie se da cuenta que ya no soy más el antiguo Geo, el que no sabía de él mismo nada más que lo que veía, sino que ahora es uno completamente distinto, que recién ha descubierto el verdadero hogar de su ser, después de haberse elevado suficientemente alto, para poder mirar ampliamente sobre la Cordillera, lo que se oculta a la vista. ¡Perú, patria lejana! En las visiones que aparecen delante de mí, me estás cercano. Y así

quisiera verte yo alguna vez, con los rayos del sol llegando sobre alas lejanas, desde el oeste, sobre la Cordillera.

Sí, cuánto más sigo estos razonamientos, se me hace todo más claro, qué ser más extraño es el hombre. Cuántas moradas hay en él junto a las cuales él mismo puede vivir, cuántas contradicciones tienen sitio en él y viven una junto a la otra, a menudo apenas separadas por una delgada pared. Así vivo yo y me niego ante mí mismo con todas mis fuerzas a admitir que yo sólo sea un ser simplemente material, y sin embargo la fuerza que niega esto es espiritual; porque lo material afirma la nada y niega la nada, simplemente está allí. Así era el espíritu, que negó al espíritu y no sabía nada. Solamente estaba la delgada pared engañosa de la propia conciencia que lo separaba de sí mismo, hasta que un resplandor ardiente lo desgarró. Y ese rayo, que yo he experimentado, ¿de dónde viene y por qué no habría ya venido?

Cuántos misterios, ¡cuántas profundidades oscuras hay en el hombre! O es quizá que todo esto es otra manera y yo con mis razonamientos me he perdido en el jardín equivocado, y no encuentro la salida que debe de ser obvia?

Tocan la puerta. Era el muchacho del hotel Duray me espera en la recepción. Qué bueno, que ya me tenga que ir. Tengo una presión que me aprieta la cabeza y las sienes como si fuera un aro de fierro, y tengo la impresión que me vaya seguir equivocando.

No es precisamente el estado de ánimo perfecto para festejar la nueva licencia para volar.

*Reims, 26 de febrero*

Sigue el tiempo con lluvia, pero el viento ya ha cambiado de dirección. Quizá mañana pueda volar.

Los otros se han salido hoy, a probar los motores y para mejorar esto o aquello. Los he dejado con gusto que se vayan sin mí, así se borrarán rápidamente los recuerdos de anoche.

Cuando hojeo estas páginas hacia atrás y leo lo que escribí ayer, siento nuevamente qué tremenda y fuerte tensión, tenía yo realmente metida hasta en los últimos rincones de mi pensamiento. Pero estando yo en eso, me llamó Duray y trató conmigo los preparativos necesarios para ir a Niza. Yo estaba - y aun estoy - entusiasmadísimo con todos los planes, y cuando después nos encontramos con los otros, estaba yo en un estado de ánimo completamente liberado y alegre.

Naturalmente no tuvimos otro tema de que hablar que de volar. Cuando estábamos bien sentados en nuestras sillas el champán nos elevó sobre sus alas livianas y relucientes aun más alto, y yo no debo de haber estado completamente sobrio, porque de repente empecé a hablar nuevamente. De volar. Como es lo que mi me entusiasma, me eleva, me alegra. Yo no sé, si lo que dije fue concreto. Debí de haberle hablado más a Paulham, que estaba sentado junto a mí y en cuyos ojos marrones, normalmente de mirada

fría; encontré una luz de entendimiento y de compasión. Pero, repentinamente vi a van Born, con una sonrisa que parecía reflejar interés, pero que yo sentí que detrás de ella, estaba viviendo una muy bien estudiada y autosuficiente ironía; como lo que sucede cuando se tiene a un adulto, al que se le ha ido toda la paciencia para escuchar a un niño, que le está contando una leyenda piadosa con todo el sentimiento de su corazón.

Sentí que eso me atravesó el cuerpo como un dardo, me puse de inmediato muy seco. Ya no sabía ni lo que había dicho antes, y dije algunas generalidades, es decir, ya no fui yo más el que habló, sino que fue tan sólo mi boca la que formó palabras, oraciones, de las que yo mismo no formaba parte; frases, que ella misma las sabía, porque las había dicho muchas veces; detrás de las que no había ninguna fuerza viva. Exactamente así, como las hélices siguen dando vueltas aun cuando ya no tenga ningún sentido; sólo porque lo estaban haciendo desde antes.

Cuando yo era un muchacho de catorce o quince años, a veces me llenaba de un entusiasmo tremendo por cosas que me ocupaban, y de las que me ponía a relatar. Pero luego, muy a menudo me tropezaba con la sonrisa escéptica de algún otro van Born, de tal manera que hacía que yo escondiera en lo más profundo de mí, mis sentimientos, tan profundamente que muchas veces yo mismo no sabía de ellos. Y hacia fuera, hacía el papel de un director de orquesta con sentimientos artificiales pero de una forma tal» que a aquellos que se guían por las convenciones, les parecía

cierto. Delante de Yvonne era distinto. Ella era en lo más profundo de su ser como un niño, y de ella no tenía que temer yo la mirada mortal. Pero cuando yo de vez en cuando quería tomarla de la mano y conducirla a las moradas más profundas, me daba cuenta que ella repentinamente no quería seguirme más. Sus ojos miraban, y sus oídos oían, pero su corazón no acogía más. Así llegamos al punto que, incluso delante de ella, yo guardaba silencio.

Cómo pudo ser posible que anoche yo me olvidara de todas mis experiencias anteriores? No fue sólo el vino; en todo caso él contribuye a soltar mi lengua y no a cerrarla, para hablar a los demás. Si yo pudiera hablar de esta manera, y sólo por eso, se debería de abrir el cerrojo interno, para que todo aquello que yo he vivido, y que no tiene más sitio dentro de mí, se rebalsara hacia afuera. Y además porque yo creía, que los otros debían sentir y pensar exactamente igual que yo.

¿Acaso no vuela van Born igual que yo hacia el cielo azul? No ve él también, como yo, la tierra a sus pies, y no atraviesa él como lo hago yo, con una mirada de sus ojos el inmenso espacio, que siempre crece más y más frente a él, ¿cuánto más alto se eleva? Sin embargo, cuando yo hablé de todo eso ayer, no había en su mirada nada más que negación y en su risita nada más que burla. ¿Cómo puede ser eso posible?

*Reims, 27 de febrero*

Hoy sí que fue un día duro para mí. Por primera vez desde hace una semana nuevamente en un avión,

imbuido en la ilusión divina de libertad de las aves y sin poder volar como hubiera querido, hacia el cielo infinito, eso es duro. Pero así tuvo que ser. Porque el volar no es sólo admiración, sino también trabajo manual.

Sucedió cuando yo estaba a cien metros de altura y de acuerdo a las predicciones de Paulham debía de caerme violentamente, que tentación tan terrible, tener aun el timón de altura y lanzarme a las nubes espesas que estaban sobre mí, para contemplar, qué misterios hay en ellas y escondidos detrás de ellas. Pero sentí también a la vez, que tenía en todo ello una prueba, que se me había colocado delante y que no podría soportar. En todo esto, yo no pensé en Paulham. No, era una prueba a mí mismo, para ver si es que podría aguantarme ahora, después de haber sentido encima de mí el ruido que se siente al volar, y sin embargo debía de tratarlo con inteligencia, para probarme que de verdad lo puedo controlar. O si es que yo soy demasiado débil y poca cosa, como para contentarme tan sólo con lo barato de los éxitos del aprendiz.

Quizá hubiera llegado hoy a los seiscientos metros de altura y a los setecientos. Para una avecilla tan joven, definitivamente significa un esfuerzo, esfuerzo para el que ni mi orgullo ni las alabanzas de los otros hubieran sido suficientes. Eso quizá lo hubiera repetido algunas veces, y luego con el sentimiento de la propia liberación y con la creciente indiferencia de los demás, un buen día me daría cuenta, que no avanzaba, y que me habría convertido en un eterno aprendiz. Pero entonces la vanidad bien



desarrollada no me hubiera permitido empezar de nuevo desde el principio, es decir ser otra vez, el desconocido y aprovechado alumno al que se le hace practicar, al que los otros lo aventajan sólo por la edad, pero no por capacidad, y ser tratado por ellos con aires de marcada superioridad.

Me lo puedo imaginar tan bien, como si hubiera sucedido, y es bueno, el que yo pueda presionarme a tener claridad de todo esto a través de mi diario. En el avión tan sólo tuve el sentimiento de estar frente a una disyuntiva, sin tener la plena consciencia de hacia dónde dirigirme. Fueron tan sólo segundos, en los que dudé entre ir hacia arriba o hacia abajo.

Entonces, tomando una arriesgada decisión, enfilé el avión hacia la tierra, al punto que pensé que me iba a estrellar con ella. Un instante largo sentí en las rodillas un extraño sentimiento de debilidad. Pero, la pendiente del avión no fue tan fuerte, como me pareció al principio, ya que poco antes había mirado hacia fuera a las nubes de colores mezclados entre grises y blancos y repentinamente perdí toda la claridad del cielo ante mis ojos y solamente vi ante mí la imponente masa oscura de la tierra, en cuya mitad pensé que me iba a estrellar. Llevé a mi Farman obedientemente a una posición menos empinada y al menos pude aterrizar sin sobresaltos, aun cuando el aparato carreteó al posarse en tierra y se dobló.

«¿Tiene usted miedo de la altura, Chávez, ya que ha tenido que venirse hacia abajo a tal velocidad?», me comentó Paulham ácidamente. Él esperaba de mi otra respuesta cuando recibió el seco «¡sí!» que le

espeté. Debe de haber encontrado que ese «sí» no fue dicho tan sólo por seguir la cuerda sino que llevaba algo de verdad dentro. No dijo nada más sobre este asunto, pero noté que me miraba a soslayo, desde el costado, como si deseara encontrar una explicación, leer algo en mi cara que le aclarara esa extraña repuesta; porque sabía que a mí valor no me falta. Pero ¡cómo lo hubiera podido comprender él!

Rápidamente fue arreglado el aparato, y subí con él unas cuantas veces más, aun cuando lo hice como buen alumno. Doscientos metros fue lo más alto, y no volví a doblar el sistema de carreteo.

*Reims, 3 de marzo*

Hace unas noches me persigue van Born con sus ironías. Quizá él piensa que no me doy cuenta. Porque sus palabras se mantienen casi siempre en la tenue línea fronteriza, donde todavía pueden ser en serio, pero que también se pueden entender de otra forma, y la cara la pone invariablemente como un muro, aun cuando a la vez inteligente, de tal forma que la seriedad que se advierte termina reventando en una risa irónica. Uno mismo no debe de caer en ironías, para no tener que mirarlo. Sin embargo, a veces resulta divertido dejarlo que avance, tomarle todo en serio y hacer como que uno no se da cuenta de nada.

Con cada palabra que él dice, con cada respuesta que recibe, se va enredando más y más sobre sus tontos razonamientos acerca de la mundialmente desconocida «Filosofía del volar», como una vez me

dijo que lo llamaba. Si él supiera, cuánto conozco yo todo eso, todo aquello que él denomina «mundo», pero esa es la diferencia: Yo he pasado por eso, y él está todavía delante. A él le parece todavía resplandeciente, puro brillo, aquello que sólo es una pequeña llamita que mil espejos artificiales le dan apenas una claridad opaca. Quizá para él este mundo de espejos sea suficiente, donde sólo y por todas partes se busca únicamente el resultado y no la razón, sólo la utilidad y no la verdad, sólo el moverse y no la esencia. Ay, van Born, cuando usted vuela, pregunte cuánto más rápido es el avión que el auto y si algún día el auto y el tren servirán adecuadamente el tráfico. Y con eso está usted terminado.

Pero volar por volar, para saborear esta nueva dimensión de nuestras vidas, ésta que nos regala el avión, para probar pasando un poco por detrás de las cosas que hasta ahora hemos conocido...

Pero quizá ustedes no quieren ni siquiera pasar detrás de las cosas, sino quedarse delante de ellas. Quieren tomarlas, tal y como se presentan, superficialmente, para que dejen que se sumerjan mejor dentro de la mecánica del mundo que ustedes mismos se han construido. Entonces las utilizan como si aquello que ven, fuera lo único que hay y cuando no les son sumisas a ustedes, entonces buscan su razón de ser y a veces la encuentran. Pero a veces no. Entonces queda un «*a veces, no se puede encontrar la razón primigenia exacta*». Puede ser que no se trate de la razón primigenia, que se encuentra en nuestro razonamiento recto sobre las cosas, pero sobre eso

ustedes no piensan ni quieren pensar. Por miedo de aquello que podría estar detrás de las cosas.

Me acuerdo de una pequeña experiencia en un paseo que hicimos saliendo de Vichy durante las vacaciones. Yo tenía entonces doce años y estaba muy susceptible. Nos detuvimos a descansar al borde asoleado del bosque, y en un sitio muy cómodo encontré una pequeña piedra cubierta de musgo, que me servía perfectamente para apoyar la cabeza. Me puse a soñar con los ojos abiertos sobre mi patria. Las enormes rocas del Puy de Dome se convirtieron para mí en la Cordillera y el viento, que jugueteaba en las copas de los árboles, era el rumor del océano, el que yo creo que junto a la inmensidad y a la vez pequeñez del Perú, con seguridad se oye por todas partes. Cuando avanzaron las sombras sobre la piedra, la quise rodar un poco a un sitio donde tendría todavía sol por un largo rato más. Después de no pocos trabajos la saqué de su sitio y miré hacia atrás. Debajo de la serena y tierna piedra cubierta de musgo, vi un terrible caos lleno de toda clase de bichos pegajosos y babosos. Impresionado me alejé de allí y desde ese entonces no muevo a una piedra de su sitio, y renuncio a cualquier sitio cómodo para descansar, porque el sólo recuerdo me aterra.

Van Born no renunciaría. Cualquier piedra sería perfecta para él, siempre y cuando la pueda utilizar, y lo que hay detrás, le tiene sin cuidado. Él se ha educado así, a ver sólo lo superficial, a vivir sólo en lo superficial. Se asusta de la soledad, de la serenidad, de lo que hay detrás, porque tiene miedo que detrás de las cortinas de su vida, que no cierran sino sólo

esconden, aparezcan unos seres desconocidos que lo van a atacar y le van a exprimir el cuello hasta quitarle el poco de vida que tiene.

¡Cómo me coge lo sobrecogedor! Hace apenas unos días mi corazón ardía de alegría, cuando reconocí arriba en lo alto de la claridad del cielo, lo que yo soy, y ahora eso me hiela: espíritu, pariente de lo espiritual, de lo bueno y de lo malo.

*Reims, 4 de marzo*

Una carta de Yvonne. Dulce y tierna y solícita,... y así pido todo de ti: París y el Bois y mi ventana con la vista al Bosque, al que tú tanto amas, y con la más grande nostalgia a ti, Yvonne. (¿Pero si tú ya no la amas?)

¿Amar?

Yo pensé una vez saber lo que es amar. Pero era sólo un juego, quizá un juego meditado seriamente, pero al fin siempre un juego, del que yo conocía su casualidad, del que yo sabía, que hoy se define de esta manera y mañana de esta otra forma. Hasta que me cansé de la costumbre de la casualidad, hasta que todo me fue igual y sin importancia y ya no me fijé más en el amor, sino en la vida. Por esa vida, por la que yo peleo hoy, es la que creo haber conseguido, cuando atravieso el viento y las nubes, solo y muy cerca de mí mismo, la que siempre amenaza con escurrirseme, cuando la tierra muy pesada parece que estuviera colgada de mis zapatos y el aire sucio de las multitudes parece ahogarme. Yvonne, yo no puedo amar, cuándo tengo que luchar por mi vida.

*Reims, 7 de marzo*

Ahora he hecho una apuesta con van Born. Él no hacía sino decir, que todos mis vuelos son absolutamente inútiles, que con gente como yo, nunca se podrá resolver ningún problema del volar! Pero, qué clase de esencia tiene el volar, para que yo tenga que servirla? Si es que nosotros tratamos de escamotear a Dios o nos esforzamos por olvidarlo, entonces es que no queremos a la esencia del ser elaborado con nuestras propias fuerzas y emanado de nuestro propio ser. A mí me debe de servir así, y mientras tenga vida quiero aprovecharla al máximo, para de esta forma darle a mi vida una mayor oportunidad.

Pese a ello, acepté la apuesta de van Born de volar con un pasajero de Mourmalon hasta Reims. Quiero demostrarle que eso también me agrada. Duray me acompañará mañana, y seremos las primeras personas, que hagan este camino por el aire.

*Reims, 8 de marzo*

Van Born ganó y a la vez perdió. Cuando esta mañana llegué a Mourmelon con Duray, pasó justamente una máquina por el campo y salió volando: Van Born. Nos mandaba saludos, nos informó Paulham, y nos esperaba en el campo prefijado en la carretera norte de Reims. Tenía yo tiempo todo el día para ganarle la apuesta.

A mí se me fueron las ganas. No quería seguir a van Born como un niño de colegio, al que su profesor

le indica que también puede hacer algo. Si no llegaba a la meta, entonces van Born habría triunfado. Si la alcanzaba, me estaría esperando con un terrible aire de superioridad y grandeza, jugando a que yo era el perdedor. No, que se quede esperando y que sea el ganador secundario de esta apuesta.

Y resultó siendo un gran chiste. Aun cuando van Born hizo el viaje con pasajero, yo también volé con Duray pero no en dirección a Reims, sino hacia el sur. Allí descubrí en el mapa a Saint-Hilaire, sitio al que si sumamos el vuelo de regreso, hace más o menos la misma distancia que la meta de nuestro retador.

Era un día sin nada de viento, clarísimo, pero muy frío. Me alegré cuando Duray me dio un empujoncito al costado y me alcanzó una botella de Macon. Así pues, volamos a una altura de 150 metros sobre la tierra burgunda y bebimos su vino tinto. No en cristales pulidos, en los que el calor que emana del fuego de una chimenea los transforma en rojos ardientes, sino en un vuelo aéreo brillante, llevados por un motor de pájaro rugiente y acompañados de la botella oscura y verdosa, de tal manera que los ojos no se entretuvieran en el fueguino juego de los colores y que pudieran recrearse en toda su fuerza líquida y su calor. Sin embargo esta vez no les fue permitido eso, por cuanto toda la maravilla de ese suelo, del que venía la fuerza del vino, se extendía delante de ellos amplia, bajo un resplandor claro y frío del sol al que éste le regalaba su calor. ¡Nunca bebí un vino más precioso!

Pronto alcanzamos Saint-Hilaire. Le dimos dos vueltas por arriba y de todas las puertas vimos salir gente apurada a la calle. Con toda claridad podíamos ver, como entre los múltiples colores de todos los productos del mercado local, repentinamente se detenía la gente, que aun estaban diligentemente haciendo sus tareas, y todas las caras se volvían hacia arriba. El asombro que se generó inmovilizando a todos, poco a poco se fue deshaciendo, y por acá y por allá aparecían un pañuelo o una mano que nos hacía señas saludándonos. Entonces repentinamente se me vino una idea a la mente: necesitamos un testigo para van Born, y le grité a Duray, que debía de escribir. Me miró un instante, como si no comprendiera, pero debido al viento del vuelo y quizá también a me puse muy imperativo, no preguntó nada más y escribió lo que yo le dicté: «Al que encuentre esta billetera se le pide que esta noche, a las ocho, la entregue en el Hotel Savoy de Reims. Buena gratificación.»

Entonces saqué mi billetera del saco de cuero, la vacié dejando cuatrocientos Francos, metí la nota dentro, y cuando pasamos por tercera vez sobre la plaza del Mercado, la arrojé hacia abajo, y la emprendimos nuevamente de regreso a Mourmelon.

El experimento resultó estupendo. Van Born, me saludó por la noche sin saber nada y sin ninguna consideración. Él entendía que yo no me había atrevido a hacer el vuelo, por cuanto aun cuando él sí lo había realizado, había sido realmente difícil y yo no lo hubiera podido cumplir, ni poner en juego la vida de mi amigo Duray, ni la mía propia. Yo no ahorré alabanzas, y quedamos en que hoy mismo cumpliría



con satisfacer la apuesta que consistiría en una alegre noche de tragos para van Born, Paulham, Brown y unos cuantos más. Todo iba saliendo perfecto y aun mejor de lo pensado.

A todos los que sabían de nuestro vuelo, les rogué que no dijeran nada. El portero, al que le había dicho, que eventualmente esperaba al que encontrara mi billetera, me pasó la voz puntualmente a las ocho diciéndome que había un señor, que venía para eso.

Era un joven aldeano, el que me informó, que en el Mercado de Saint-Hilaire fue él, el que entre los alborotos y la excitación de la gente, resultó siendo el primero en coger la billetera, e hizo todo lo posible para que no se le perdiera, porque detrás de ella había una buena gratificación. Lo invité a pasar, titubeó un poco y finalmente indicó que, una muchacha de su pueblo trabajaba acá en la ciudad, que no era todavía su esposa porque solamente le faltaba unos cuantos días de trabajo, para comprar un lote de tierra, que él lo necesitaba, para que a la muerte de su padre, ya que eran tres hermanos y él era el menor, podría unida a la que heredaría y con eso tendría suficiente para iniciar su nueva familia. Pronto nos pusimos de acuerdo, que a la brevedad trajera a su linda chiquilla, y así lo hizo. Cuando entraron los dos, una pareja sencilla y limpia, con esa belleza y esa salud que llevan unos seres limpios, aparecieron muchas caras inquisidoras.

La algarabía que se había ya creado se deshizo rápidamente, cuando yo presenté al joven aldeano como a la persona que había encontrado mi billetera,

que había yo perdido esa mañana mientras volaba sobre Saint-Hilaire. La cara más larga la tenía van Born, que ahora se sentía tan desplazado, que aun cuando había sido el ganador de la apuesta, parecía más bien el perdedor.

Finalmente se transformó en una alegre noche, y además se me abrió el panorama, para que en algunos años el hijo de una pareja de aldeanos viñeros de la Champagne, llevara mi nombre. Como estábamos todos tan contentos y había separado algún dinero para cosas que se presentaran como ésta, le entregué al joven aldeano todo el contenido de la billetera como gratificación por su cumplimiento, y rápidamente sacó la cuenta que con eso y con lo que ya había ahorrado, podría comprar el lote de terreno y entonces pronto se podría casar.

«Y nuestro primer hijo llevará su nombre, no es así Jeanne?»

«Si así lo quieres, por supuesto», señaló ella, y se volteó hacia mí, «si usted no tuviera nada en contra, señor, le pondríamos su nombre al segundo, por cuanto el primero debe de llevar el nombre del padre.»

La muchacha me lo dijo con tal naturalidad y sin ningún tipo de miedo, con la mirada absolutamente limpia sin tartamudeos en su voz, con la alegre seguridad de aquellos que ven el nacer y el morir como las cosas más importantes sin darle importancia a las mil pequeñeces diarias con las que nosotros llenamos nuestras vidas vacías.

Si ahora puedo decir que hice feliz a dos personas, eso ha sido realmente lo más bello.

Ah, sería una maravillosa realización propia, pero dónde está mi mérito, si fue mi padre, el que en su corta pero exitosa vida de negocios, me dejó un humor juguetón, y así al entregar un ápice de la herencia recibida, vemos cómo se transforma en un lote de tierra, del que a su vez crecerá el fresco vino y jóvenes muchachos.

*Reims, 12 de marzo*

Con verdadero entusiasmo me he entregado en estos días a volar y a cualquier aventura, que lleve consigo el elevarse en el cielo. Apenas llego del campo de aterrizaje en las noches, caigo muerto de cansancio en la cama sin pensar en nada, sin preocuparme de nada sino en dormir profundamente sin soñar. Me parece que es una vida correcta. Pero no es nada más que cobardía. Cobardía frente a Yvonne, a la que no quiero olvidar, y cuya carta está aun allí sin responder. Hasta que hoy día me estremeció su segunda carta. En realidad, si yo no la conociera, no había nada importante en ella. Me pide nuevamente que regrese y alaba a París ya vestida con todas las galas de la primavera que se aproxima. Al final señala: «Gastón y Josefina, que no sabían que tú todavía estás en Reims, nos invitaron anoche a la ‘Comedie’ y después al ‘Mouche riante’, donde ahora mismo está tocando un conjunto musical argentino. Justamente con ello querían darte una alegría. Pero tú te inclinas por la monocromía de Reims, y por ello permití que me

acompañara Bondin. No es en realidad nada antipático, como tú siempre andas diciendo.»

Pequeña señora Yvonne, estás contando con mis celos. Pero no es eso lo que yo siento. Claro, me duele leer eso, porque conozco a Bondin, ese monocorde y lechoso acosador. Cuando pienso en él se me presenta en la mente una de esas flores que parecen una fauce abierta, que se mantienen en una sombría soledad, hasta que un pequeño insecto se atreve a entrar en ella, y entonces cierran con rapidez sus labios babosos y se tragan al pobre prisionero. Así es Bondin. Tú crees que puedes jugar con él, para atraerme a mí, porque no ves su pasividad helada.

Yvonne, ¿qué debo de hacer?, Si te sigo, comienza el antiguo y molesto fastidio, y todo ello no sería más que una mentira; porque yo ya no soy más el de antes. Yo tendría que mentirte a ti y mentirme a mí. Y saberte en los brazos de Bondin. No, no son celos, a lo más sería egoísmo, sino, ay, casi digo que es amor, pero no es tampoco, es un dolor por ti, quizá una compasión o puede ser algo así como el sentimiento de alguna oscura responsabilidad por ti. ¿No fuiste tú mi pequeña y dulce florcita, tierna y hermosa a la vez, como las primeras rosas que florecen en el verano temprano?, ¿Qué puedo hacer, Yvonne?

*Reims, 13 de marzo*

No encuentro paz. Mi máquina Farman me está esperando en Mourmelon y hoy se quedará esperándome. Toda la mañana he estado caminando por la ciudad, de acá para allá. En la plaza de Godinot, conocí de casualidad, debido a que su sombrero se lo

llevó el viento, a un joven seminarista, que al percatarse que yo era nuevo por aquí, con declaraciones muy entusiastas me habló de Reims y de su catedral, y con la seguridad de hacerme una buena guía, seguimos a la Place Royal y de ella al Palais y a la casa del Arzobispado, donde Juana de Arco, esa asombrosa muchacha, vivió hace unos cuantos cientos de años. Así pasaron casi dos horas, que yo me las pasé escuchando y asintiendo sin enterarme de lo que él iba diciendo. Me era suficiente escuchar una voz humana; de un extraño, que aunque es lejano, está cerca; porque lo que yo estaba buscando era compañía, a la vez quería estar solo con todo aquello que me tenía interiormente ocupado. Por eso me salgo del camino en el que está Duray, porque él está muy cerca, y quizá se de cuenta de mi intranquilidad - aun peor - ya la haya sopesado correctamente.

Dejé a mis compañeros en medio de una gran conversación acerca del proceso de santa Juana, conversación que yo desencadené sin proponérmelo al lanzar una pregunta, más por cortesía que por interés. Aun estando todavía con las justas sobrio, me tomé un par de vasos de vino en un puesto de aldeanos en el Mercado, los que me proporcionaron un par de horas de sueño cuando regresé a casa. Ahora estoy sentado nuevamente frente a mi diario y escribo y escribo, como si con ello me pudiera liberar de cualquier peso. Pero se trata tan sólo de un par de tonterías que se dejan poner en el papel. Todas las verdaderas torturas se quedan dentro de mí sin solución, sin liberarse. ¡Yvonne o yo!, ¡Yo o Yvonne!

Ahora me he decidido. Duray trajo el documento para la cena en Biarritz. Él había preparado todo de antemano, de tal forma que yo sólo tuve que firmarlo, y eso es lo que hice.

Ayúdate a ti misma, Yvonne. Yo ya no puedo hacerlo más.

*Reims, 14 de marzo*

Hoy sólo volé una vez. Con una decisión dura y fría. Inmediatamente después de haberme desprendido del suelo, enfilé la máquina hacia arriba y la dejé que subiera. El cambio de potencia que se hizo, fue de verdad sin sentido, si es que lo que yo quería era conseguir una altura especial. Pero no hice un ascenso espectacular, sino aburridos círculos sobre el campo de aterrizaje. No pasé de los 720 metros de altura, pero para mí fue más que cualquiera vez anterior. Con esto ya puedo competir con los otros. Con una liberación salvaje, di la vuelta y dejé a la máquina que bajara, temblando en todas sus conexiones.

Duray me dijo después, cuando íbamos a casa, que me pasé unos cuantos kilómetros del campo de aterrizaje antes de aterrizar. Pero ya estaba hecho. Luego me fui al pueblo y le escribí a Yvonne. Que no se diera ningún trabajo, tratando de llevarme nuevamente. Que todas son mentiras. Quizá también lo sean mis vuelos, pero ellos me liberan. Y que Bondin es un tipo ruin; y que esto no se debe de tomar como que yo quisiera provocar celos, sino que es tan sólo desprecio.

Más o menos así le escribí yo. No sé si es que Yvonne comprenderá todo esto. Cómo podría ella entenderlo si yo mismo casi no lo entiendo, y es más como auxilio que como deseo que yo tomo esta decisión, para no quedarme atracado en la inseguridad que significa estar entre dos posibilidades.

¡Que te vaya bien, Yvonne!

*Reims. 15 de marzo*

Acaba de llegar un telegrama de Farman en el que se señala que mi biplano estará listo en Biarritz en ocho días. Por lo tanto mañana nos vamos para allá. Estoy alegre del cambio, que probablemente ayudará a llevar las cosas mejor, y me alegro de encontrarme con el mar, que en medio de su interminable intranquilidad tiene también una inmensa serenidad. Qué maravilloso debe de ser volar encima del mar, sobre las olas que bailan, ¡hacia el infinito del sol que se pone! Pero siempre todo regresa al polvo y a lo estrecho de la tierra. Un regreso, porque lo otro, aun cuando significaría un gesto superabundante, no deja de ser nada más que una huida irreal.

*Reims, 22 de junio*

«¡Una huida irreal!», Han pasado más de tres meses desde que yo escribí eso, y me he rendido ante la tentación de la huida. No de la forma patética que yo escribí aquella vez en forma grandiosa, con el mar al frente en el que se ocultaba el sol. Menos grandioso!, ¡Más piadoso y modesto!

Qué tales casualidades de las que está acompañada a menudo nuestra vida. De una forma juguetona y llena de humor, separé el cuarto en el Hotel justamente el cuarto que yo ocupé antes. Geo Chávez, el ahora ya muy conocido aviador, el que se ganó un segundo puesto en Biarritz y en Rouen, y el que hizo hablar mucho de él por lo atrevido de su vuelo, aun cuando la competencia más cuidadosa se aseguró el primer puesto, ese Geo Chávez quiere ahora estar en la reunión de Vuelo de Reims, dónde una vez - una vez?, no han pasado sino cuatro meses desde eso! - un muchacho desconocido con ropa azul de trabajo, se empeñaba en hacer su primera prueba de vuelo.

Cuántos habrán estado viviendo en este cuarto desde entonces, y aun así, a mí me parece que recién fue ayer cuando yo estaba saliendo de acá. Acaso no es que ayer yo estaba mirando, a través de esta alta y estrecha ventana, la noche azul y de allí a las estrellas, que brillaban intermitentes detrás de una tenue capa de nubes? Acaso ¿no está aun parada en la brillante entrada roja que va hacia el Cabane, la mujer con las flores que llenan su gran canasta mediterránea y hoy está con todos los colores de los jardines de los alrededores?

Ay, cómo me quejo yo de todas estas cosas externas, en vez de concentrarme en lo que yo sé exactamente, desde que estoy acá nuevamente: que los espíritus de esos primeros días en Reims se han despertado nuevamente, y que repentinamente todo está como era antes, porque los tres meses desde entonces se han desinflado como si fuera una nada,



que se hundan en sí mismos, de tal manera que nada separa al último día de entonces con el día de hoy, como la noche de un sueño atormentador, que de cuando en cuando nos ataca, como si quisiéramos escapamos corriendo de algo y sin embargo no podemos movemos del mismo lugar. Pero a menudo el despertar de un sueño como ese, es aun más terrible. Porque entonces sé nuevamente que no me puedo ahogar.

¿No he escrito todo esto ya una vez? Pequeño libro marrón, de suave cuero, que te he cogido tantas veces con las manos crispadas, sin siquiera abrirte, porque tenía miedo, siempre habían mil otras cosas urgentes que yo encontraba o trataba de encontrar, para dejarte de lado. Pero tú siempre me has seguido como una conciencia. Como si supieras que un día me ibas a alcanzar y me detendrías.

Me debería de reír de mí mismo, con una risa triste y llena de sarcasmo a la vez.

Qué de palabras grandilocuentes escribí antes. De los susurros benditos de las alturas y del conocimiento de mi ser espiritual. Y que humildes fueron a menudo estos últimos meses, tan oscuros y poco iluminados.

Escribí de Yvonne y de Bondin, el tramposo. Cuántas veces yo he trampeado y acusado. A mí y a otros.

Ay, Geo Chávez, ¡que grandioso que estuviste antes! El joven muchacho, que se liberó de todas las ataduras de la tierra y se lanzó a los aires, el que

miraba la realidad en toda su lejanía lleno de valor, un real Caballero sin miedo. Y ¿qué eres tú? Un Caballero de la Triste Figura. ¡Ni siquiera eso!, Porque don Quijote era por afuera una triste figura, pero por dentro un Caballero, y eso lo diferencia. No, un vagabundo con buenas maneras, un huidizo de todos los caminos.

Pero, por qué y a dónde vaya huir? No lo puedo identificar.

Cuando en aquella ocasión me di cuenta que no era solamente cuerpo, ni solamente una determinada combinación químico física, pensé que había encontrado la respuesta, la solución. Pero eso precisamente me arrojó a unos abismos más profundos. Porque si yo fuera solamente materia alejaría todo lo que es una unidad y todo lo que es ruptura y... ay, qué cosas hablo, si con cada palabra que digo me reafirmo, que no soy una unidad y que estoy destrozado, sin paz y lleno de miedos.

Es justamente de estos miedos de los que quiero huir, miedo a lo desconocido, a lo oscuro, al que me dirijo con mi ser, al que me siento abandonado y sin ayuda. Así como camina un ciego, que se percata por primera con todos sus sentidos en alerta, de la cercanía de una tormenta. Que siente cómo se carga el aire de tensión eléctrica y cómo todo esto alborota y calienta su sangre y siente el aplastante silencio que todo lo ahoga, y de pronto se desprende y cae de una altura desconocida una fuerza, fuerza que confiere al aire, que hasta ese momento para el ciego era la nada, una corporeidad llena de misterio, de tal

manera que ya nunca más el espacio quedará libre y lleno de la nada, y los árboles gimen profundamente como bajo dolores, y sus hojas suenan como golpeadas, y entonces empieza a llover, y parece como que los árboles lloraran. Caen como latigazos sobre la tierra y el propio corazón se estremece. Oye y siente que algo espantoso está aconteciendo a su alrededor, pero tiene prohibido el poder mirarlo.

Con desesperación quisiera arrancarse los ojos, para poder ver en la oscuridad, para poder escudriñar el tremendo caos que unos elementos desconocidos están haciendo, pero su sentido de la vista permanece como prisionero, y de todos sus poros surge un miedo de muerte. Allí sólo le queda huir. Una huida ciega, se tropieza y cae y se vuelve a levantar. Adelante, sólo adelante, y siempre el sentimiento que quizá en todo este caos esté corriendo hacia su perdición. O encogerse en sí mismo temblando y juntando las manos para rezar. Pero no le salen frases bien formadas. Sus palabras no suenan. Sólo es un tartamudeo, un grito final pidiendo ayuda. ¡Dios si tú existes! ¡Dios, si tú me oyes! ¡Dios si no quieres mi desesperación! ¡Líbrame de tu furia!

*5 de la mañana*

¡Qué bueno que llegó el día después de esta noche espantosa!, Cómo ha sido todo esto posible, esta catarata de lo extraño, de lo oscuro, que en mí y a la vez fuera de mí, rasgó la piel más sensible de mi ser y atacó a mi corazón intranquilo y atormentado, estrujándolo hasta que lo hizo gritar de miedo.

¡Líbrame de todo mal! Cómo ha llegado a mis labios este pedido de mi época de kindergarten, ya olvidado?

Un sueño espantoso me ha atrapado, es lo que yo diría, si es que no estuviera yo mismo frente al papel escribiendo todo esto, y con mi propia mano. Y a la vez casi con una mano extraña. Las letras parecían atraparse entre sí. Ya sea que están muy apretadas o como que están muy separadas, como si fuera una frase tremenda que da de saltos. ¿Acaso fue todo aquello una excitación, una fantasía convenientemente acomodada? No es que vino acá, a Reims, un Geo Chávez muy frío y seguro de sí mismo, que venía pensando seria y concienzudamente en la reunión dedicada al volar, ¿en la competencia y en el éxito?

Por qué siempre volver a dudar, ¿por qué siempre volver a buscar otras bases para reforzar todo nuevamente! Con ese ciego en la tormenta me he descrito a mí mismo. Yo estaba en la huida. Hace mucho tiempo ya.

En aquella oportunidad acá en Reims, me rendí y quise, con toda conciencia y dureza, enfrentarme con mis propias fuerzas. Para tener fuerza para ganar mi propia lucha, separé a Yvonne de mi lado, me liberé de toda atadura anterior y me ubiqué en una nueva vida. Pero no me quise contener, como tampoco quise ver mis propias debilidades, y huí nuevamente de allí como el ciego. Para esta huida me fue suficiente por mucho tiempo, mi propia fuerza, amparada por el torbellino del mundo externo. Sí, eso lo hemos logrado con nuestra técnica. El motor siempre nos obedece.

Antes, cuando sólo existían caballos y carretas, la vida cómoda el ritmo natural de movimiento y descanso. Hoy día nos sirven las fuerzas mecánicas cada vez que nosotros las requerimos. Con ellas, sin pausa alguna, podemos hacer de todo, hasta que nosotros mismos ya no resistamos más. Hasta que nos desesperemos o hasta que nuestro miedo reciba una última fuerza de regalo. Fuerza, que nos debe alcanzar para juntar las manos y para rogar.

*Reims, 23 de Junio*

Hoy he volado temblando. No es que hubiera temido por mi vida, o que alguien me hubiera dicho algo, que quizá no fuera especialmente en serio, y que más podría parecer una burla o una ironía disimulada. Este temblor ha sido todavía un temblor nocturno, consecuencias de la noche pasada, un conocimiento de mi debilidad interna, que está localizado en un lugar completamente distinto al de las fuerzas físicas y racionales, que demandan el dominio de la máquina. No he tenido tampoco, como antes he sentido en el vuelo, ese sentimiento atrevido de arrojarme hacia delante y de ser un triunfante vencedor, sino más bien la sensación de que era transportado por unas fuerzas servidoras, que no estaban sumisas a mi poder y a mi voluntad, sino que me fueron otorgadas, a fin de que yo las administre y no las utilice para violentarlas, después de que hubieran cumplido con las leyes internas que las gobiernan.

Tras del remezón interior de la noche pasada, esto fue como un lento palpar, aun cuando las leyes

exteriores de este mundo se han mantenido inamovibles. Cuando el avión obedientemente se elevó del suelo, siguiendo mi voluntad, levantándose alto y cada vez más alto, me vino por un instante la tentación, de ponerme completamente en manos de esa seguridad y descuidar y negar el real meollo de la inseguridad que encuentro en mi ser. Pero la belleza de la claridad de la mañana, que se ofrece tan pura y limpia, que no permite que se inmiscuya nada trágico, desapareció ese sentimiento por sí mismo de mí.

El vuelo fue liviano y lleno de alegría. El viento fresco del verano jugueteó conmigo a través de la velocidad del movimiento del vuelo. Debajo de mí se veían en varios colores, verde, amarillo y rojo, en muchos planos y sombreados, la pacífica tierra, y encima el cielo abovedado e inasible, desde el zénit hasta el horizonte. ¿Con qué ojos veía yo antes al mundo, que no podría encontrar otra cosa que humildad y agradecimiento? Quizá con los ojos enceguecidos por el orgullo, de aquellos que los envuelve la tentación de inclinarse y rezar, ante lo que jamás hubieran doblado una rodilla

*Reims, 25 de Junio*

Poco a poco se van juntando los competidores del Día del Vuelo.; Entre ellos Leblanc con su Bleriot monoplano, y van Born con una nueva construcción, que había mantenido en secreto hasta ahora. Nos hemos reído de nuestros primeros encuentros acá en Reims y sobre todo al acordamos de nuestra apuesta. Parece que van Born, después de mis primeros éxitos, está pensando un poco distinto acerca de la «Filosofía

del Volar», y me da la impresión que el comportamiento tan complicado que yo le encontrara, se hubiera modificado. Yo tampoco ya no soy más el implacable juez que era antes, cuando con mis primeros entusiasmos, apabullaba a los demás, atarantándolos con mis nuevas vivencias internas y externas, lleno de fanfarronería y cargado con mi propia fuerza, sin hacer caso a los razonamientos de los demás.

Sí, cuando lo veo a él nuevamente, casi lo tengo que admirar. Se ha mantenido siempre siendo el mismo. Para él la tierra es redonda y uniforme. Lo que él agarra, lo que puede medir y contar, eso es lo que vale para él, esa es su realidad, única y completa. En él no se atisba nada que de alguna forma sea contradictoria en su propio ser. Él es de una forma tan completa y tan natural que es él, simplemente él mismo. Precisamente eso que en mí me es tan doloroso, la unidad de los dos Geo Chávez, la completa, cerrada serenidad-en-mí-mismo y a partir de ella la vida en su más elevada y rica plenitud.

Pero, ¿poseerá van Born esto realmente? Algo hay en él que no me permite creerlo. Se le ve activo y con una despreocupación muy juvenil, gente de su tipo con seguridad ha proporcionado a la civilización algunas cosas útiles. Pero a las finales eso es todo lo que él hace, dar vueltas sobre sí mismo, teniendo como misión y objetivo; conseguir éxitos y liberarse de esta manera de su propio ser. Yo creo, que él nunca podrá «ser», lo que él puede es seguir determinadas causas, siempre y únicamente dirigido aun «hacer para ... «

A mí en realidad me da absolutamente lo mismo lo que él haga. Por cierto que tiene un buen ojo para las cosas bellas de esta vida, pero no las disfruta, no se alegra de ellas. Algo falta en la completa profundidad sin fondo de este personaje; lo siento aun cuando no puedo definirlo. Es algo, que este profundo hielo, que es casi como un ser interior congelado, suelta y afloja, que luego lo devuelve desde esa profundidad a toda su humanidad. Pero con ello renace, con toda la claridad y seguridad que exhibe un hielo reluciente bajo la intranquilidad que le produce una brisa cálida de primavera o bajo el peso de una fuente de agua cálida que surge del corazón de la tierra. Quizá - qué escribo yo; pero no, eso es ciertamente así. Porque todo ello lo he vivido yo en mí mismo. Acaso no he probado yo con todas mis fuerzas, vivir una vida en y con ese mundo visible? En eso, a diferencia de van Born, yo tenía a mi alcance, todos los medios externos necesarios para poder aprovechar y comprar todos los frutos de este mundo y disfrutarlos.

Lo que se me ofrecía, lo podía poseer y lo poseí. Porque en este mundo, que sólo conoce lo que se ve, lo que se pesa y lo que se mide, todo es comprable, y lo que no es comprable, no le pertenece. Y sin embargo, no se me ofreció la vida, sino más bien me arrancó como en una espantosa tormenta y me arrojó de allí, en medio de huracanes y de ciclones. Donde mis manos se pudieran agarrar de una rama, como buscando una ayuda externa, allí me destrozaba del todo y me arrojaba a los miedos más tenebrosos.



Ay! van Born, con qué gusto quisiera yo solo, ahorrándome estos terribles momentos, creer en tu mundo. ¿Sabes tú cómo fue eso? Ese sentimiento una noche, en la que repentinamente desapareció en mí todo lo humano, y repentinamente desaparecieron los animales, las plantas y hasta la confiable tierra, y yo estaba allí, solo y perdido frente a lo infinito del frío universo...

Y luego ni siquiera había eso, y en una postrera soledad sin consuelo estaba yo frente a la espantosa nada, la que aun cuando es y porque es la nada, encubre todo como si fuera un ser enemigo. Me envuelve hasta ahogarme, porque no hay aire para respirar. Me envuelve para helarme, porque no hay calor, y como no hay espacio, me quedo paralizado.

En esos momentos en los que estoy en el límite de la desesperación, me viene a los labios el nombre de Dios. Nacido en el miedo, pero no del miedo. En esta soledad y desesperación final, que no se deja consolar por nada, no queremos construir un ser de nuestra fantasía, al que nos podamos arrojar para que nos salve. En medio de esta muerte de la nada que ahoga, cae repentinamente como un rayo seguido de un trueno que la despedaza, y eso no viene de mí mismo, porque ya tenía ya todas mis fuerzas abatidas sino que eso viene y fue Dios o alguno de sus mensajeros. Él me libra del mal, Él no me guía a la abundancia de la vida mundana, - que eso es lo que por último nosotros, tú y yo, distinguimos, - sino en medio de todo el sufrimiento Él me da nuevamente esperanza. La esperanza que se sustenta en que Él tiene toda esa abundancia - que sino la tuviera, cómo

es que nos sacó a nosotros de la nada - y Él nos sacó, porque Él nos creó - sino quién hubiera podido creamos, si tenemos en cuenta que fuera de Él sólo existe la nada? -, y él nos creó para él no para la nada.

A veces no entiendo cómo van Born no puede pensar así, ya que los dos somos seres humanos, y entonces me vuelvo a preguntar, si es que es realmente posible pensar así, no, no sólo pensar, sino ser completamente así, sin vivir por un momento esas tinieblas externas que torturan ... Cada persona es única, y cada una tiene su momento. Solamente nos queda a nosotros mantenemos abiertos a ella, a fin de que ella sea plena, y el sufrimiento que ella nos depara, sea un regalo, que nos haga meditar.

¿A dónde he acabado? Acá al costado duerme Duráy y quizá sueña con mis éxitos. Encima de mí van Born, que no sabe nada de la conversación, que sostuve con él esta noche.

Estoy sentado en el cuarto de un hotel, como lo están miles de otras personas, con muebles gastados, que tan sólo mantienen un último brillo, tiesos y extraños, ya que sólo extraños han vivido aquí. Un mantel gastado en la mesa, encima del que hay un tintero de porcelana blanca, en el que se ha impreso con letras azules el propio nombre del Hotel. Desde el espejo me mira un personaje, que no tiene nada de especial, y el que la gente dice que es el aviador; Geo Chávez. Debo de ser yo mismo, ya que fuera de mí a estas horas de la noche no hay nadie más. ¡Qué lejos estoy yo de todos los demás! En que profundidades y

alturas he vivido, mientras que tan sólo he estado sentado acá, en medio de todas estas cosas tan comunes.

Buenas noches Geo Chávez. En pocas horas estarán rugiendo nuevamente los motores en el campo.

*Reims, 26 de Junio*

Van Born está muerto.

Nos quiso demostrar una nueva máquina de volar, un monoplano con unas alas modeladas como alas de pájaros. El despegaje salió perfectamente bien, y rápidamente alcanzo veinte, treinta metros. Entonces cuando quiso dar la curva, empezó a temblar fuertemente la máquina y repentinamente se fue de costado. Me parece haber visto que van Born en medio de su desesperación levantaba los brazos al aire. Cuando lo sacamos de los escombros, ya no se movía más. Debe de haber muerto inmediatamente. Nunca olvidaré esa cara. Estaba entero. No parecía muerto, no era la cara de una persona, detrás de la que se ha cerrado la gran puerta, sin saber qué vendrá, pero sí que esta vida acababa de haber encontrado su final; sino más bien parecía como la de alguien que repentinamente ha tenido un gran susto y la cara de ese ser vivo, se ha convertido en una máscara.

Nunca lo olvidaré, porque nunca vi una cara con tanta desilusión. En su rigidez se veía todo aquello que puede acompañar las múltiples facetas que mueven la susceptibilidad cambiante en la cara de los vivos, pero apagada, y todo eso estaba:

concentrado en esa expresión sin valor, con inquisitiva desilusión. Pudiera ser que en el momento del accidente, él sintiera que con su muerte, sus esperanzas y todos sus planes igualmente se destrozaban y todo ello quedó estampado en su cara: en sus ojos, que -.hasta donde yo pueda decir... sí, realmente estaban rotos. En su boca, de la que tenía abierta apenas una pequeña línea con el labio superior un poco arrimado, como si hubiera querido gritar, sin encontrar la fuerza para hacerlo. En cada uno de los aspectos de esa cara que repentinamente se había puesto tan descolorida y agotada, la misma que unos minutos antes me había sonreído, todavía tan fresca y llena de ansias de victoria.

Pero para mí en todo eso había más que solamente la desilusión y la abortada victoria. Allí había una postrera pérdida de confianza, una última cuestión, de tal manera como si con la caída de su máquina a él se le hubieran destrozado igualmente hasta los más íntimos recodos de su conciencia, hundiéndose en las profundidades sin fin de ese mundo material y de todas las cosas materiales, que él siempre creía tan fuerte y que hubiera querido tener amurallado, y como si ahora él, en los últimos y para él postreros segundos de su conciencia, se le hubieran presentados las realidades que siempre había negado o, por lo menos, siempre había soslayado.

Quizá estoy viendo yo, en el horror de la última noche, más de lo que realmente hubo. Pero más bien, yo creo, que como se me ha presentado ante los ojos de forma tan clara el cuadro interno de los vivos, ahora puedo con más profundidad contemplar la esencia

del misterio de la muerte. Tales abismos de tan profunda tristeza y desconsuelo no pueden estar atados a las cosas externas; ellos penetran tan profundamente, porque están atados al último fin de esta vida.

Yo mismo le cerré los ojos y le ajusté la banda que se le había aflojado, apretándosela bien en la mandíbula, de tal forma que al hacer desaparecer la mirada de sus ojos y con la boca cerrada, se quitó de su cara algo de la sobrecogedora tristeza que atravesaba el corazón. Pero, pese a ello, pude ver delante de mí, debajo de los párpados cerrados, unos ojos que parecían dormir, y que desde lo lejos nos transmitían a nosotros, sus compañeros, llegándonos desde lejanías ignotas, la gran soledad de la muerte, metiéndonos en la eternidad.

Lo llevamos a Mourmelon y lo dejamos finalmente en su ataúd en la iglesia. Para todos nosotros fue sumamente fuerte. Probablemente la muerte había logrado con él lo que no había hecho durante todo el transcurso de su vida - dejando de lado su niñez, cuando tenía a una buena madre - es decir, entrar a una iglesia, lo mismo que pasaba con todos nosotros, los que ahora lo estábamos llevando. Tratamos de ponemos de acuerdo en si nos quedábamos velándolo. La iglesia de Mourmelon nos era tan extraña como todo lo demás de por acá. Pero todos tuvimos la impresión que, si nosotros los vivos entrábamos a ella, no se iba a negar a acoger a un muerto. Ese espacio estaba santificado por las oraciones de la gente durante siete siglos; en él había algo de esa seriedad festiva y un atisbo de aquella eternidad, en la que la

muerte nos coloca. Un instante largo me pasó por la mente el pensamiento, y ahora lo veo aun más claro, de cuán bella y cómodamente esta vida nos da felicidad y buen humor a nosotros, los hombres de este tiempo, pero como también nunca encontramos en este nuestro mundo, un espacio suficientemente sereno y tranquilo para nuestros muertos.

Una y otra vez me vuelvo a tropezar con lo mismo: que simplemente, sólo lo de este mundo no nos acaba de satisfacer, eso de sólo ver lo llamado natural y no encontrar otra realidad. Delante de estas cosas elementales, como es el morir, que realmente pertenece a la naturaleza y sobre todo acaba siendo el hecho más cierto de nuestra realidad, aun mucho más que el hecho de haber nacido, delante de ello nos encontramos sin consejo y sin ayuda y huimos a los espacios de la Iglesia. Quizá sólo por tradición - pero qué solos y abandonados estarían nuestros muertos, si esa tradición se desvanece -, sabiendo que el misterio, sobre el que la Iglesia se presenta como conocedora, de alguna forma está más cerca al misterio de la muerte que a este mundo, misterio que abarca todos los misterios y donde no alcanza, lo niega.

*Reims, 27 de Junio*

Hoy día llegó Paulham debido a que pasado mañana empieza la Semana de la Aviación, sin tener la menor idea y justo a tiempo para darle la última despedida a van Born, quien fuera su alumno. Me di cuenta cuán profundamente lo había afectado, aun

cuando no quisiera que se notara y menos delante de nosotros.

Entre los papeles de Van Born encontramos una nota - «Para el caso que yo muera» en la que indicaba que quisiera ser enterrado en su pueblo junto a su madre y a su padre o si éste ya no estuviera más, su hermano mayor se ocupara de poner todo en orden. Para mí estas breves líneas fueron la confirmación de una nostalgia muda hacia su madre, quiero decir, a ese amor profundo, a la bondad y a la paz.

Ayer mismo enviamos un telegrama a su casa. Antes dimos muchas vueltas pensando cómo sería la mejor forma de decirlo, pero de todas formas lo terrible del hecho no dejó que se suavizaran las palabras en absoluto, ya que el telégrafo las trasmite, llevándolas de una forma predeterminada, por cuanto nosotros mismos no pudimos llevar la noticia con palabras vivas y que no fueran tan terriblemente desnudas y frías transmitiendo sólo el hecho sucedido, sino que pudieran estar recubiertas con una cierta calidez para los que tengan que recibirlas y los directamente afectados. Como nosotros estábamos atentos a su desenvolvimiento, recibimos una sencilla y serena respuesta de su padre:

«Lo espero.»

Nada más.

Eso sucedió ayer, y hoy ya se lo llevó el tren. Un auto lo transportó a Reims, donde había un vagón especial que se enganchó al tren regular. El vagón

vacío estaba lejos, afuera en la misma Estación de Tren, en una esquina solitaria, donde aparte de unos cuantos trabajadores de la Estación, no se veía a nadie más. Entre cuatro, Paulham, Leblanc, Verholst - que era el mecánico de van Born - y yo, cargamos el ataúd sobre la línea del ferrocarril, lo levantamos y lo colocamos dentro.

Luego se cerró la puerta y se selló, la locomotora pifió y empezó a jalar lentamente, para llevar a su solitaria carga a la Estación de Tren, en medio del bullicio de la gente que correteaba apurada, que no sabían de su sereno y serio pasajero. Nosotros cuatro nos quedamos parados allí mudos, mirando al vagón que se iba moviendo, hasta que un empleado del ferrocarril, sin saber por qué estábamos nosotros allí de pie, nos pidió que nos retiráramos. Pudimos haberle dicho algo, pero había algo así como un entendimiento mudo entre nosotros, y nos retiramos sin decir una sola palabra, porque ahora ya nos era todo igual. Nos fuimos juntos al hotel, y de allí cada uno tomó su camino. Yo mismo me fui a Mourmelon, llegué, salí y me fui a hacer un corto vuelo.

*Reims, 28 de Junio*

Medio Reims estaba hoy de pie interesado en el primer Día de la Aviación; todo el que estaba interesado en lo que es volar y lo que son sensaciones. La noticia del accidente mortal de Van Born fue en última instancia la que acentuó estas dos cosas.

Paulkham, Leblanc, el alemán Wieneziers y Cattaneo el italiano, son los participantes más



conocidos, y a mí también me colocan dentro de este número.

Se hicieron las pruebas usuales. Poco a poco me vienen resultando aburridos esos vuelos, dando vueltas sobre el aeropuerto, como si fuera un caballo adornado en un circo. Pero para la mayor parte del público todo esto es nuevo y tremendamente interesante. Las competencias importantes sí son ya otra cosa. Es muy importante la duración del vuelo para el desarrollo de la aviación y su utilidad práctica, pero a mí lo que más me interesa es la altura. Siempre arriba, arriba. Bien lejos abajo el tráfico de la gente, el polvo y la estrechez. Sobre mí sólo el cielo azul y el sol, y alrededor de mí, el aire claro y fresco. Allí me siento libre y realmente realizado.

Lo que yo siento de miedo interior y de angustia y de lo que estas líneas siempre y cada vez son testigos, allá arriba lo siento de nuevo, pero con el corazón liberado, y lo que abajo tan a menudo es un grito de desesperación, allá en mis alturas se convierte en un canto.

Sí, cuán a menudo canto. Después ya no me acuerdo ni de la letra ni de la melodía y tampoco quiero acordarme. Así como me vienen los golpes del aire y los juegos del sol, así igualmente canto subiendo hacia arriba.

Siempre quisiera ir más arriba. Pero mi buen Farman no me lo permite. No lo quiero forzar porque está construido de una manera muy sólida y segura; pero es bien pesado para moverse. A veces me parece,

me da la impresión, que el biplano fuera una especie de castillo, con el que me tengo que esforzar para elevarme por el aire y que siempre me tira hacia abajo. Llego a los ochocientos o novecientos metros, más alto no lo puedo llevar.

Hoy fue el mismo juego, a pesar que el clima y el aire estuvieron especialmente buenos. Como siempre no hubo ninguno más alto que yo, y para el público eso fue suficiente, pero para mí no.

*Reims, 29 de Junio*

Ahora tengo la máquina, con la que puedo volar hasta el cielo, como yo quiero. No lo hubiera pensado esta mañana cuando fui al aeropuerto, y tampoco mientras las tribunas se iban llenando y yo sacaba a mi Farman del hangar. En algunas cosas, en algunos comentarios escuchados a medias, en ciertas miradas y gestos y en una expectativa del público, venía yo intuyendo que algo no estaba funcionando, y estando en eso se me acercó el Administrador del Día de la Aviación y me dijo: «Oiga, señor Chávez, hoy tiene que lograr los mil metros!»

«¿Cómo es eso que tengo que lograrlo?» Yo hago lo que puedo, y usted bien sabe que ayer nadie vio la tierra desde más lejos que yo.»

«Eso es precisamente.»

Y a continuación, para remarcarlo, me contó que el público no estaba contento, que habían esperado más, pero después del accidente de Van Born, así se creía, nos habíamos llenado de miedo y no nos

atrevíamos a subir más alto. La cólera que me dio, jamás se la hubiera imaginado el pobre hombre. Sin embargo, no pude hacer ninguna otra cosa. Esa sociedad, que con la barriga llena después de su almuerzo se levantaba y después de un cómodo café, tranquilamente se dirigía al aeródromo, que nunca había arriesgado ni un centímetro en su vida, esa misma nos acusaba de cobardes, creyendo que tenía derecho a hacerla, porque pensaba que con los francos que pagaban por su entradas habían comprado el derecho sobre nuestras vidas. Yo me cuadré en que no se debía de volar y en lo mismo estuvieron los otros de acuerdo. Cuando le expliqué esto al administrador, se puso pálido y sólo tartamudeó que estaba arruinado, porque el público iba a exigir que se le devuelva el valor de las entradas, y cómo iba él a cubrir todos los costos en que había incurrido.

¡Dinero, dinero y dinero! Unos quieren eso, otros quieren sensaciones a cualquier precio, sin embargo sólo cuando no son ellos mismos los que lo pagan. Qué les interesa del volar. Ni siquiera tienen entre sus posibles objetivos y usos, el que Van Born persiguió tanto hasta su amargo final; para ellos el progreso es tan sólo una palabra de moda. Qué poco entienden de todo aquello, en lo que el volar podría ser de provecho para la gente, y que yo estoy viviendo en tantos aspectos.

Todo esto se me pasó por la cabeza, y descubrí al atontado comerciante, al que yo con gusto le daría de mi propio bolsillo lo que tiene que devolverle a la gente. Si siente que se le está manejando, que se le está jalando de la nariz, tanto mejor, y lo dejé parado.

Pero, finalmente reflexioné sobre todo aquello. Tan insolente era la acusación de cobardía - porque ayer nadie había soportado una carga menor que la habitual - que hubiera resultado absolutamente suficiente la suspensión del Día del Vuelo, para limpiamos de esa acusación. Sin embargo, lo tomamos al revés. Así pues, me subí a la máquina, arranqué el motor y salí de allí, aun cuando la Exposición aun no había sido inaugurada oficialmente.

Estaba quizá a unos cien metros de altura, cuando sentí que ya era suficiente. No quise subir unos cuantos metros más, con el lastre pesado de esta cansada lucha. Se me había ocurrido otra idea. Como descuidadamente dejé que el Farman descendiera de tal manera que se tambaleara en el aire y al aterrizar corcoveara como un caballo adiestrado, y me dirigí hacia donde estaba Leblanc, que precisamente estaba terminando de arreglar su monoplano Bleriot para arrancar, y le pedí, que me dejara subir en él. El vuelo no debía de tener valor para el premio mayor. Leblanc dudó, pero yo me había metido en la cabeza, probar una vez con el monoplano, y me cuadré en mis trece. Finalmente estuve sentado en el Bleriot, y el anunciador casi no tuvo tiempo de anunciar mi partida, cuando yo ya estaba arrancando a toda velocidad.

La máquina era sensiblemente más liviana que mi Farman, y yo me desprendí mucho más rápido del suelo. Desde allí empecé subir en curvas pronunciadas hacia arriba. Del paisaje que siempre se me alejaba más y más a mis pies, no veía nada y

tampoco veía nada del cielo, que cada vez se presentaba más infinito encima de mí.

Sólo de cuando en cuando, para no perder la dirección, daba una mirada hacia abajo, entonces veía el campo de aviación y el alboroto de la gente, que cada vez se convertía más en una masa clara oscura.

No quería perderme ninguna sensación. Sereno y exactamente como un trabajador de precisión frente a su máquina, así estaba yo sentado en el Bleriot mientras subía curva tras curva. Adrede no miraba al altímetro, porque quería estar absolutamente sin interrupciones, con el pensamiento en los deseos del público, que quería que se probara completamente la máquina. Pero cuando ésta, luego de una subida sin descanso empezó a aguantarse y a hacer la subida más lenta y dificultosa, entonces con un cierto temor de haber hecho una mala performance miré al altímetro, y no pude menos que pegar un grito de alegría; no puedo llamar a eso cantar. Había alcanzado los mil doscientos metros. Nunca lo había logrado y aparte de mí, apenas unos cuantos lo habían hecho en todo el ancho mundo.

¡Mil doscientos metros! Aun ahora me lo digo serenamente, lentamente, despacio, como un tierno beso de amor.

Pero allá arriba, cuando yo estaba tan alto, todo ello me cayó encima como una euforia maravillosa. Tenía que dejar que mi alegría se expresara de alguna manera, y como no podía salir corriendo hacia fuera, me aventé en un furioso tirabuzón, en estrechos

espirales, que quizá los hubiera podido contar (pero no conté nada) para tranquilizarme. Con una velocidad increíble se acercaba la tierra, siempre más rápido, siempre más cerca. El aire bramaba a mi alrededor, y a mí me parecía que me deslizaba a una velocidad furiosa y que con una ansia salvaje me absorbía una especie de tragadero, en cuya negra profundidad me iba a estrellar rápidamente y me iba a diseminar en mil pedazos. Pero eso no me asustaba. Lleno de alegría me echaba directamente a la oscuridad. Después de este remolino de vida, la nada de los abismos. De pronto y repentinamente vi delante de mí la cara pálida e inquisitiva de Van Born. Sus ojos fijos se clavaron en mí como dos dagas que me atravesaron, siempre más profundamente, siempre con más dolor, alcanzando con sus puntas mi corazón, y en ese momento desapareció la euforia, como vencido por un dolor inmenso, volví a la realidad.

Vi debajo de mí el campo de aterrizaje, a la gente que parecía inmóvil llena de ansiedad, y entre ella a un solo punto que se movía. Lo reconocí enseguida, era Duray, el fiel, que con una gran tela blanca me llamaba, como si hubiera adivinado mi estado y quisiera sacarme de mi aturdimiento. En el último momento pude a través de una gran curva atenuar la caída y con ello aminorar la velocidad. El Bleriot tembló y se estremeció todo. Una curva más y otra más, y ya estaba sobre la tierra.

Mucho más suave de lo que yo hubiera pensado, aterricé y luego de un pequeño corretaje detuve la máquina, apenas a unos treinta metros de la tribuna. De mi imponente y preciso ascenso y de la bajada

casi enloquecedora naturalmente recibí de todos un «bravo» muy especial, y ese bloque de gente que estaba inmóvil se volcó en una multitud que aplaudía, que hizo enmudecer los sonos de la banda de músicos. Pero a mí no me inmutaban ni los gritos ni la música de la banda. Despacio descendí de la máquina, bajé, me metí las manos en los bolsillos del pantalón y me dirigí a mi gente, con pasos tranquilos, como si todo ello no me tocara para nada. De verdad no me tocaba para nada. Caminé a través de todo ese ruido, quizá como cuando uno camina a través de un bosque, por donde pasa su camino, sin darse cuenta de todos los arbustos que lo rodean, que parecen animarnos a seguir adelante en su camino y que se inclinan ante el paso del caminante inaprensible y le van dejando el campo libre para seguir.

De todas partes llegaban las invitaciones para esa noche, y algunos nombres antiguos estaban en ellas, que eran en realidad tan buenos como el viejo vino, que había estado escondido en los sótanos de sus casas. Pero yo las rechacé todas. Hubiera tenido que contar una y otra vez lo de mi vuelo y ante las preguntas más increíbles hubiera tenido que buscar respuestas increíbles. Aparte de ello, se me hubiera visto como un ser de fuera de este mundo, como si no tomara en serio estas circunstancias que se dan como peripecias de la vida. Mucho más linda fue para mí esa noche tranquila, en la que yo mismo me volví a contar lo sucedido en ese día tan lleno de riquezas, y tal y como a mí me gustaba, pude estar acá y allá, entreteniéndome con mis propios pensamientos y recuerdos.

Ya es casi la media noche. Después de este largo discurso, en un día como este no debe de faltarle a uno un vino lleno de nobleza. La mejor botella que se tiene guardada en la bodega, y aun cuando estuviera destinada para un rey o para una reina, me la debe de traer el maestro de vinos. En un brillante Burgurnder quiero ver yo nuevamente todo el resplandor del sol que me envolvió, cuando hoy día fui hacia él y ahora quiero probar todas las delicias que hay en la vida.

*Reims, 30 de junio*

Prácticamente todo el día me lo pasé dormido hasta que una tormenta de verano me despertó, justo a tiempo para disfrutar del suave fresco que ellas nos regalan, haciendo un corto paseo por la ciudad y a la vez aceptando telegráficamente las diversas reuniones de aviación que habrán en los próximos días. Qué convenientemente se unieron las cosas, cuando ayer en la tarde me encontré con Mercanti. Yo lo había conocido brevemente en Verona, y ahora había venido acá, persiguiendo un gran proyecto: volar por sobre los Alpes.

Yo debo de participar.

Cuando él vio mi ascenso en el avión de Leblanc, se hizo el firme propósito, así me lo contó, de ganarme para sus planes, y yo realmente no se lo he hecho difícil. Esto es finalmente algo que me llega al corazón. Desde la muerte de Van Born me he estado preguntando todo el tiempo, si mi enemistad contra aquellos que en general quieren aprovechar de los



avances del volar, es justificada. Acá hay una tarea, que de llegar a resolverla puede ser de verdadera utilidad, para todos aquellos que no están de acuerdo, por cuanto hay algunos que creen que después del estupendo vuelo de Londres a Manchester de Paulham en abril, los problemas esenciales del volar ya están resueltos. Pero la altura aun no ha sido conquistada; y es ella la que me hace pensar con entusiasmo en que hay que llegar a algo más. Ahora tengo a ambos en una mano: la importante tarea y la realización de mi sueño.

Nos quedamos hablando de este plan hasta bien amanecida la mañana. Eran casi las seis de la mañana cuando entré a mi cuarto, muerto de cansancio pero a la vez lleno de electricidad por el nuevo plan. En setiembre se debe de hacer el vuelo, en el marco de una gran semana de la aviación en Milán. Milán es a la vez la meta, y Brig, una pequeña ciudad de Wallis, en la salida norte del túnel del Simplon, el punto de partida. El tramo tiene aproximadamente 180 kilómetros de largo - hasta ahora yo no he volado más de un tercio de eso sin interrupciones y la altura aproximada sobre los 2,000 metros. Son pues 800 metros más de lo que yo hice ayer. Yo lo voy hacer, tengo que hacerlo.

Duray va a poner una tremenda cara de asombro cuando oiga de este plan, cuando yo se lo cuente y le diga que he dejado todo para prepararme sólo a esto. Dos, tres meses pasan rápidamente. Todavía me faltan 800 metros de altura y 100 kilómetros de tramo, y aun cuando esto sea lo de menos, todavía me faltan conocimientos de la zona del Simplón y de las

condiciones atmosféricas, porque hasta ahora sólo he pasado con el tren por las oscuras entrañas de la montaña. Pronto pasaré volando por encima. No va a ser fácil, pero debe de ser estupendo, verdaderamente estupendo en todo el sentido de la palabra.

Quisiera que fuera mañana, así estoy de ansioso esperándolo.

*Reims, 3 de julio*

En medio de todas las reflexiones y los preparativos para Brig llegó hoy día una carta del padre de van Born, que me ha avergonzado mucho. Era la carta, de un padre profundamente dolido por el hijo, que escribe al supuesto amigo de ese hijo, como si con eso pudiera rescatar un pedacito de su hijo, cuya vida ya se ha apagado para siempre.

Él tendría razón si es que hubiera sido su amigo mientras vivía. Entonces todavía me estaría sonando su voz en los oídos y sus palabras harían que ardiera mi corazón. Entonces sí sería yo un pedazo vivo de él, así como que con él hubiera muerto un pedazo de mí, porque la amistad significa tomar parte en el ser del otro y vivir de la vida del otro. Pero mientras él vivía yo fui su enemigo; y ahora que está muerto... ?

A partir de que él murió recién lo conocí del todo. Lo conocí como el hermano, que como yo y como incontables a mí alrededor, en los miles de valles de este mundo llevan adelante su insignificante vida para ver cómo pueden alcanzar la altura, que tan sólo vemos como una pequeña colina en vez de la montaña

que realmente es. Profundamente, muy profundamente, se cae hacia abajo a valles escabrosos, antes de que alcancemos las grandes y sin embargo siempre pequeñas alturas hasta que repentinamente nuestra mano sale de la oscuridad de nuestro camino y nos lleva a la cima de una montaña. ¿A dónde?. A algún sitio. Toda la inseguridad y toda la seguridad, que encierra esta frase en sí, encierra también la muerte en sí. ¡A algún sitio! Esto sucede, y toda la libertad del hombre se acaba, si es que éste quiere creer en un «a ningún sitio».

También Van Born quería estar enterrado junto a su madre. Él buscaba su cercanía, su cercanía protectora; porque la cercanía de una madre es solamente eso. Escribo esto con serena seguridad y es que es algo que hace unos pocos meses todavía lo hubiera negado. Pero esta negación venía más de la voluntad que de la razón, y ahora realmente no puedo entender cómo hay gente que en lo más profundo de su corazón pueda creer en este «a ningún sitio». Por supuesto ellos pueden convencerse a sí mismos, pueden amurallar sus corazones con poder, con riquezas o con gloria como yo lo hacía pero el corazón sigue latiendo, y llega un momento que golpea al muro hasta destrozarlo, y entonces comprende la persona en su integridad lo que su corazón, que estaba oprimido, siempre sabía: ¡a algún sitio!

Esto recién da a la vida de la persona una profundidad y una seriedad, que nos permite tomarnos a nosotros mismos en serio, porque aflora sobre lo temporal, nuestro ser y nuestra

responsabilidad. De otra manera no seríamos nosotros en la inmensidad del universo, más que un granito de arena que tiene un determinado tiempo de vida y que después desaparece nuevamente en el mar gris de la materia sin nombre.

Es asombroso cuán a menudo la gente niega esta sabiduría que está en lo más profundo de sus corazones, esgrimiendo miles de argumentos, la mayoría de las veces de los más banales, y cómo es así que ellos lo llevan, aun cuando lo nieguen, en el rincón más recóndito pero sin embargo el más sagrado de su ser, y a esta sabiduría le levantan altares con los más variados nombres. Para van Born esto era la madre, la que tampoco estaba ya más entre los vivos, pero que a él lo recibiría protectoramente en la muerte, en esa tierra de «algún sitio». Pero en su discurso extremo y en su actuar, sólo tenían valor el éxito y la fama que le iba creciendo, en la que debía, si es que tenemos que creer en sus palabras, ser su próxima vida. Ahora tuvo que marcharse de todo esto antes de que se le hubiera regalado la gran hazaña de sus sueños. Y aun cuando si es que la suerte le hubiera concedido el hecho de tener en esa vida futura una eterna gloria, eso no dejaría de ser una alegoría amigable, como si nosotros colocáramos un pesado brocado trabajado en oro sobre las cabezas muertas de los más grandes, para que no se notara la caída y la nada de los más grandes hijos de la tierra en esa hora, en la que se ven separados de la vista de los otros.

¿Qué sucede con los millones, que no dejan huella alguna en la historia de los hombres pero que

construyeron sus vidas de acuerdo a su medida compartida de grandeza y responsabilidad? ¿Qué es de Van Born, que anduvo tan sereno delante de nosotros, qué va a ser de mí, en el caso que se me de el mismo destino, cuando toda esa gloria desaparezca? Preguntas que no tienen respuesta si nuestra vida está ausente de una razón, y una vida sin una razón es mejor arrojarla que soportarla tan sólo un día. Sí, si es que todavía hubiera algo de vida ahí, no tendría ninguna razón de ser, porque todo lo que vive, vive porque tiene una razón de vivir.

*Reims, 5 de julio*

Cuando regreso a mi tranquilo cuarto, después de las conversaciones y los preparativos para el vuelo sobre los Alpes, y de cuando en cuando le echo mano a este Diario y hojeo sus páginas, a veces me resulta tan extraño y lejano lo que está ahí escrito, como si yo nunca lo hubiera escrito. Pensamientos sobrios, palabra sobrias, que no calzan absolutamente con el frío y vacío mundo al que me llevan mis planes. Nada distinto sucede cuando es al revés, es decir cuando yo me libero del libro y de sus pensamientos y me introduzco en el otro mundo. Entonces me parece que hubiera un velo sobre todas las cosas, que les quita a ellas algo de su aguda realidad y necesidad, con la que pretenden colocarse en medio de nuestros pensamientos. Entonces se crea un espacio entre ellas y yo, que no se atreven a atravesar, de tal forma que no se ubican y secretamente quieren tomar posesión de mí. Cuán a menudo yo he vivido lo otro, es decir, cuando repentinamente y sin ser llamadas aparecen en mí y yo no soy realmente yo en mis pensamientos

y en mi modo de actuar, sino que he tenido que seguirlas a ellas, sin que haya podido decidirme a estar a favor o en contra de ellas.

Es bueno tener este espacio vacío entre ambos, pero que no sea más que eso; porque este mundo externo tiene que tener igualmente su acercamiento a nosotros, para no perdemos, para que podamos protegernos de él.

Mercanti se ha ido de viaje nuevamente, con mi promesa segura. Aun en el transcurso de este mes yo mismo viajaré para allá, para conocer el terreno más de cerca. A través de los mapas de la estructura del Simplón, que Mercanti tenía consigo, se desprende que aparte de los problemas propios de la técnica del vuelo hay dificultades que radican en la orientación, de tal manera que uno en medio de las turbulencias de los picos y de los abismos de roca, pierda la dirección y se quede sin posibilidades de aterrizaje, sin esperanzas hasta que se haya gastado la última gota de gasolina. Será una lucha dura, porque tanto Paulham como Latham han pensado seriamente en tomar parte, y además hay el premio de cien mil Liras, que fuera de la gloria de ganar, puede marear a algunos a probar por acá sus fuerzas.

Ahora sólo estoy esperando noticias de Bleriot de Paris, para ver cuándo nos podremos encontrar. Por suerte el 5 de agosto se termina mi contrato de medio año con Farman. Con su máquina tan pesada no podría yo nunca vencer a los Alpes. Pero con Bleriot si es posible.

¡Cómo se mostrarán los Alpes a la primera persona que vuele sobre ellos! Le serán amigables o se mostrarán como unas fuerzas espantosas, a las que después de que con la mano humana le han cavado ese pasaje y ese túnel, ahora nuevamente a sabiendas le uncen ese yugo, como que el hombre se lo quiere poner encima! Me tengo que preparar a una ardua lucha.

*Reims, 6 de julio*

Noticias de Bleriot, dice que seré bien recibido en París en cualquier momento hasta el 16 de julio, ya que él, debido a los vuelos del Este de Francia debe de viajar a Chalons. No quiero perder ni un día más, mañana viajo a París, la obtención de la meta sobre los Alpes, está ya un paso más cerca.

*Reims, 7 de julio*

¿Qué pasará ahora? ¿Dejaré a Duray que se vaya o traeré a Yvonne donde mí?

Debo de forzarme a tener un poco de paz. La duda no se va a resolver con que yo esté caminando en mi cuarto de acá para allá y de allá para acá o si me ponga a mirar por la ventana, pero ahí está, y todo ello no modifica la cólera tremenda que tengo contra Duray. Quizá todo hubiera sucedido de un modo distinto, si él no me lo hubiera contado. Entonces me hubiera encontrado con Yvonne sin haberla esperado, de pura casualidad y hubiera corrido a sus brazos. Ya en Reims, cuando le dije a Duray, que nos íbamos donde Bleriot, noté en él una

determinada intranquilidad y un cierto ausentismo, como si mientras hablaba conmigo, estuviera pensando intensamente en alguna otra cosa. En el tren su intranquilidad se convirtió en un estado inaguantable, hasta que finalmente me dijo que Yvonne le había escrito muchas veces. Que ella todavía no me podía olvidar y que le había pedido a él, más de una vez, que arreglara un encuentro entre ella y yo. Cuando ella se enteró de la posibilidad de nuestro viaje a París, y ante su insistente pedido, él le comunicó la hora de nuestra llegada. Ella vendría entonces a la Estación del Ferrocarril y se encontraría como de pura casualidad conmigo. Yo recibí todo este tinglado en el que se jugaba conmigo, con una cólera tremenda, tanto que le pegué cuatro gritos a Duray, diciéndole que yo no iba a participar en todo este asunto con Yvonne y que en todo caso haría como que no la hubiera visto. Que él era el quien la había comprometido en todo este asunto, por lo tanto era él quien tendría que asumir las consecuencias.

Yvonne estaba de pie, incluso al lado del mismo tren, y cuando me vio, hizo tan poco por ocultar su alegría, que ni siquiera hizo el esfuerzo de poner cara de sorpresa ante el encuentro que debía de ser casual. Pero yo solamente levanté el sombrero y haciéndole una señal con la mano a Duray, pasé delante de ella. Casi me doy la vuelta, porque pese a mi molestia, me dio una punzada en el corazón, cuando vi como la sonrisa de Yvonne repentinamente parecía como que se apagaba y la mano que ya tenía levantada lista para saludar, la dejaba caer de nuevo desamparada y tristemente. Sin mirar yo ni a Duray ni a Yvonne, tomé un auto y me fui al hotel.



Una y otra vez leo y releo estas líneas, y ellas me informan mejor de todo lo que sucedió que mis propios recuerdos, que se desfiguran y se destrozan por los sentimientos que renacen en mi corazón

¿Qué debo de hacer?

Cuanto más tranquilo me pongo, tanto más me doy cuenta que, haya hecho mal o no Duray, la culpa más grande está a mi lado. Tengo acaso derecho de olvidarme de Yvonne, mientras ella no me haya olvidado, después de que yo hace tres años la traje hacia mí, sacándola de esa inocente y de esa casi ausencia de conocimiento de lo que es frivolidad de sus diecisiete años; y la introduje a este otro mundo de esplendores refinados, para ponerla como un objeto cuya finalidad era la belleza. Por supuesto que no es por gusto, que yo me esté separando nuevamente de ella, y quién sabe, si es que ella no hubiera tomado el mismo camino, si es que yo mismo no se lo hubiera propuesto. Pero esto es así: tal y como yo la encontré y la coloqué en el círculo de mi vida, yo mismo a la vez me coloqué en el círculo de su vida, y no me puedo liberar y escapar de esa responsabilidad, si es que ella no me abandona, exactamente igual, como hubiera sucedido con cualquier otro con el que ella se hubiera encontrado.

No, yo no me he debido de pasar delante de Yvonne como lo hice. Duray debe de venir y debe de decirme dónde la puedo encontrar. No sé todavía cómo va a suceder todo entonces, porque ahora internamente estoy más lejano de ella que en febrero, pero por alguna razón debo de atenderla.

El portero del hotel me anuncia que Duray vino pero de inmediato se fue nuevamente. Habrá encontrado a Yvonne? Esperaré a que regrese...

La noche está tan clara y tibia. Incontables estrellas están en el cielo, pero su resplandor palidece ante las muchas luces de esta ciudad intranquila y que nunca duerme, y toda la serenidad, que irradia la luna sobre la tierra en su resplandor, se interrumpe con el tracateo de los caballos de los carros de alquiler y con el ruido de los automóviles. En algún sitio, en medio de estas luces y de estos ruidos, palpita oscuro y despacio un corazón que está penando por mí, cómo se callarán todos estos ruidos inútiles, para poder oír dónde está latiendo ahora ese corazón. Pero sin inmutarse sigue en mis orejas todo este barullo de la ciudad, y sólo los rumores más cercanos se destacan como más nítidos de entre todo ello.

Duray todavía no ha regresado, y ya ha dado la media noche.

Ya no tiene más sentido seguir esperando.

*París, 8 de julio*

Mi tranquilidad llegó muy tarde. Yvonne se fue y yo tengo la culpa de eso. Qué espíritu maligno me poseyó ayer en esos momentos, que hizo que me comportara así!

Estoy completamente agotado de hambre y de cansancio y más aun por el sufrimiento interior que me arrebata todas las fuerzas, que destruye todo mi razonamiento y mi voluntad, de tal manera que tengo

la sensación que en cualquier momento me vaya caer a pedazos como un trapo podrido. Todo el día he deambulado por calles y plazas, por estaciones del ferrocarril y viejos y conocidos cafés, siempre con la estúpida esperanza de encontrarme por algún lado con Yvonne. Duray habló ayer rápidamente con ella en la Estación de Ferrocarril y quedaron en encontrarse por la noche. Él esperó horas de horas, pero ella no vino. Al principio él pensó, que ella quizá se habría atrasado solamente. Finalmente cuando se decidió a irse y llegar a su Pensión en la calle Colombier y preguntar por ella, encontró solamente que toda la casa a oscuras y durmiendo y a esa hora tan tarde, no se atrevió a despertar a nadie. Pero también hubiera sido demasiado tarde. Ayer en la noche poco antes de la hora de cenar se fue, arregló lo de su cuarto y empacó todo. Luego un señor vino a recogerle, que por la descripción sólo podía ser Bondin. Así me contó esta mañana la muchacha de servicio de la pensión. Con este antecedente Duray buscó a Bondin y se enteró a través de la casera de la casa donde vive, que anoche se había ido de viaje, sin haber dejado alguna dirección de donde estaría durante su viaje.

Si es que hubieran salido de la Quai d'Orsay, quizá se hayan ido a Biarritz o a Pau o más allá a España, quizá estaban muy cerca de mí y yo no lo sentía. Quizá veía yo el auto que los trajo, y no lo sabía. La ciudad gritaba y yo no oía el corazón, que quizá latía por mí, cerca, rápido y lleno de dolor.

Ay, Yvonne, ahora ya te fuiste. Ya te habías ido antes cuando yo dejé que te fueras de Reims. Pero

eso era distinto. En esa ocasión te fuiste porque tú querías irte. Ahora te empujé yo a que te fueras, y me dejás sólo con mi culpa, sin poder yo corregirla.

La vida sigue adelante. Mañana he de buscar a Bleriot, al que comuniqué hoy un cambio de la reunión que íbamos a tener hoy mismo, y hablaremos sobre el vuelo de los Alpes y sobre muchas otras cosas, y al exterior todo tiene que ser como si no hubiera pasado nada. Pero al borde de nuestro camino están aunque invisibles, las oscuras y pesadas piedras de carbón de nuestra culpa, que marcan y dirigen más nuestras vidas que nuestro comportamiento externo. Lápidas de tumbas cuyos pesos nadie nos puede quitar.

*París, 11 de julio*

Cuánto he amado yo antes a París, sus calles llenas de negocios, su vida multicolor y llena de movimiento, y ahora me siento en él tan apretado y oprimido. Se me ha perdido un pedazo de patria.

Así es, cada persona debe de pagar una alegría con una ofrenda y aun cuando la nueva felicidad sea mayor y parecería que nunca quisiera renunciarse a ella; sin embargo la antigua se mantiene, y cuando a la nueva se le va toda la novedad que la cubría, aparece un suave dolor por la primera. Pero qué hago hablando yo así tan en general de los hombres, cuando lo único que yo sé es lo mío, y de eso es lo que debo de hablar.

1,439 metros alcancé yo ayer, y hoy día 1550; con el monoplano, que Bleriot me ha dado para que

lo utilice, hasta que esté listo el nuevo aparato para el vuelo de los Alpes.

Cada ascenso se ha vuelto casi una especie de pelea con la ciudad. El aeropuerto de Issy les Moulineaux está tan cerca y la pequeña banda del Sena que lo separa es tan poca, que lo que parece de inmediato es que el campo perteneciera a la ciudad; como si éste fuera una especie de isla a la que se le ha permitido quedarse allí, entre el mar de piedras que se ve por todas partes.

Mientras que en Mourmelon y en Biarritz y también en Niza por la cercanía al mar, después de los veinte o treinta metros del ascenso la vista se pierde en el lejano y ondulado horizonte, acá uno se encuentra con los múltiples ángulos de los techos, lo que con sus formas irregulares parecen ofrecerse una especie de mar inquieto y a la vez estático. Aun a los cincuenta y cien metros de altitud siguen las diseminadas e irregulares cúpulas y torres y entre ellas permanece la Torre Eiffel como un acompañante fiel, hasta que ella también desaparece. Recién allí se muestra en su totalidad, qué pequeña y, qué gris es esta ciudad bajo el cielo infinito, en el que cuelgan relucientemente blancas y livianas las nubes; las avenidas que se veían tan anchas en la tierra ahora se las ve angostas entre paredes de piedra, y cómo ese tráfago de gente de acá para allá, no se ve más que como un hervidero de hormigas, que se distingue en la lejanía.

Sin haberse dado cuenta, dónde empieza y dónde acaba, descubre el observador finalmente entre él y

la ciudad un velo grisáceo y negruzco, como una fina neblina que se posa sobre el área de piedra, mientras alrededor el campo respira lleno de claridad y las nubes, mucho más altas, casi al borde del cielo, se balancean en él.

Luego viene nuevamente el empujón, del descenso, y aquel que estaba precisamente con sentimientos tan elevados y transportado por todo aquello, se convierte en una hormiga más entre las calles encajonadas.

El paseo a través de los Campos Eliseos hasta el Arco del Triunfo, se ha convertido para mí en estos días en casi una necesidad. Porque en ningún otro sitio, esta ciudad me regala la sensación de amplitud e infinito como en estas anchas calles que se elevan suavemente, a cuyo final y como punto más alto está el Arco del Triunfo, a través del que, como una señal del triunfo que se ha obtenido alguna vez, no se divisa más que lo infinito del cielo.

Pero después de un vuelo, un paseo como éste, no es más que un consuelo limitado, y en ello me encuentro acá con mis años pasados, que aun no me son tan pasados, porque me acuerdo de ellos con bastante facilidad. Fueron oscuros, fueron con dolor, realmente fueron, fueron luminosos y alegres, todo eso da dolor, aun cuando fueron necesarios y a base de gran voluntad, se debieron dejar. Cuán poco puede llevar el hombre en sus manos, y cuando cree que lo posee, tiene que dejarle caer.

*París, 14 de julio*

Una carta descorazonadora de Mercanti. No se puede liberar en la segunda mitad de julio. Por lo tanto no tiene ningún sentido que yo viaje a revisar el tramo solo. Pero, ¿qué hago entre tanto? De París y de Issy-les-Moulineaux tengo suficiente. Los mapas exactos y las fotografías del tramo del Simplón que Mercanti envió, tampoco son para tenerme semanas enteras ocupadas. Esto es de verdad molesto. Debo de irme a Brig?. Qué tan desierto y salvaje es la garganta del Gondo. Me espanto tan sólo de verlo en las fotos. Por allí debes de pasar, Geo!

*París, 16 de julio*

Una estupenda idea de Bleriot. Me ocuparé como funcionario en el vuelo del Este de Francia. Allí hay bastante que hacer, ya que todo el tramo se debe de marcar con telas de colores rojo y blanco, e incluso en partes con fogatas. Además, se tendrá preparado un auto de servicio para ejercer una observación continua, de tal manera que en un momento de emergencia se pueda estar con la mayor rapidez en el sitio.

Es una pena que yo mismo no pueda volar con ellos. Pero hasta comienzos de agosto sigue aún vigente el contrato con Farman, y yo sólo quiero volar con el monoplano de Bleriot. Incluso se puede adquirir ciertas experiencias desde tierra para este vuelo.

*Brig, 18 de agosto.*

Hace bien, al fin, tener un poco de paz. No estoy molesto con Mercanti, porque recién dentro de dos días pueda venir de Milán.

Qué embrujado me siento yo acá, en esta pequeña y serena ciudad, después de las correrías de las últimas semanas. El vuelo del Este de Francia, después el Día del Vuelo en Stockel, donde Tyck, el «recordman» mundial del vuelo en altura alcanzó los 1700 metros, y de allí a Inglaterra, a la Semana del Vuelo en Blackpool, donde yo rompí el récord llegando a los 1850 metros. Eso fue algo parecido a aquella vez en Reims. La multitud gritaba, y yo mismo me quedé completamente frío y sereno. Sí, en el fondo estaba descontento; porque los Alpes exigen por lo menos 2100 metros de altura. Pero yo también voy a lograr eso.

Con Bleriot en París conversé sobre algunos asuntos referidos a la nueva máquina, que debe de estar lista el 8 de setiembre en Issy-les-Moulineaux, y luego regresé acá nuevamente. El expreso que atraviesa el Simplón hacia Milán y Roma, estaba completamente lleno de gente de las grandes ciudades, que siempre se comportan como negociantes reflexivos, y de repente me encontré nuevamente en esta serena isla. La Estación del Ferrocarril está, como debe de ser, un poco en las afueras y de esta manera los estentóreos ruidos de los trenes no disturban el tierno salpicar de la fuente de agua en la pequeña y pacífica placita frente a la ventana. Todavía no son las 10 de la noche, y Brig ya se ha ido a dormir, incluso



hasta el par de honorables ciudadanos, que en ausencia de alguna otra aventura, están allá abajo en la Taberna entregados con pasión tenaz, a la aventura de las cartas. La luna brilla, y su luz, que se posa tan dulce y cálidamente sobre los techos de las casas y sobre las rústicas piedras de la plaza, los cubre con un cercano destello de confianza, se desliza con un fresco resplandor sobre los montes a los que hace aparecer como unos desconocidos y casi inexistentes seres, aun más inaprensibles e incommovibles que bajo el sol y con una tal serenidad y majestad que pareciera que respiraran una vez cada mil años.

Y sin quererlo, mi misma respiración se transforma en más lenta. La serenidad me rodea tan suave y dulcemente, como el aire de esta noche de verano. Muy suavemente siento que ella me recoge, y por instantes, me hundo y me hundo de tal manera en la contemplación, que ya no me doy cuenta siquiera de la contemplación misma, me siento sin deseos y sin nostalgias, lleno de paz.

Pero ahora, cuando me veo escribiendo esto y cuando vuelvo a estar consciente de todo, me inunda un aliento turbio... sí, de qué?. Pasa, ay, pasa!. Yo quiero cogerlo, pero se me escabulle, y en medio de la serenidad rompe con todo: Vuelo de los Alpes, Mercanti, 2100 metros, lucha y cansancio!

*Brig, 19 de agosto*

Realmente yo no los quería asustar; sí, yo mismo no sé cómo me vino esa palabra a los labios. El dueño de la hospedería «Post» en la que yo vivo, me llevó

conjuntamente con el Director del Comité Organizador de Brig, al punto previsto de la partida, para que yo lo reconozca, y vea si es suficientemente grande y plano. Se trata de una pradera con un suave declive, con un pequeño arroyo que carretea en medio de ella. Pero se lo va a tapar con tablas, de tal manera que se pueda pasar sobre él. El tabernero, abiertamente orgullosos sobre el nuevo, «Aeródromo de Brig», que fue bautizado así quizá en razón de mis conocimientos sobre estas cosas, sacó del auto una oportuna botella de champán y tres vasos, los llenó hasta el borde, y ambos chocaron copas conmigo con un «por su éxito!», «o - quizá - ¿por mi muerte?»

¿Por qué digo esto?, No lo sé. Antes nunca pensé en algo de este tipo y sin temblar mantenía en alto la copa con la bebida espumante y cristalina. Repentinamente me cayó como un golpe que me atravesó la cabeza y el corazón, como si de repente se hubiera revuelto algo en mí, sin que yo tuviera una idea exacta o una representación clara de ello, pero así salieron esas palabras, y yo ya no las pude hacer regresar.

Los otros dos, que precisamente estaban llevando las copas a sus labios, se detuvieron, medios asustados, medio apenados, como si yo hubiera dicho algo fuera de lugar. Organizar; hacer propaganda y atraer extraños con palabras seductoras es bueno y simpático; de lo otro, del lado serio del asunto, de eso no se debe hablar. Yo tampoco lo dije por eso; muy por el contrario a lo que ellos quizá hubieran pensado, como si se tratara de un juego coqueteando con la muerte o para dármelas de héroe trágico, así como

hacen los artistas en medio de su obra de arte, mediante una broma o cualquier otro tipo de gesto, para darle un remezón a todos los espectadores. Todo eso estaba muy lejos de mí. Esa palabra apareció repentinamente allí, como un oscuro campanazo.

¡Muerte! La gran puerta al otro mundo. Hacia la nada o hacia el todo. Hacia la vida o hacia la no vida. Todo nos lleva hacia la vida, algo que sea más que este estrecho, siempre inalcanzable y nunca pleno ser, hacia una vida, que sólo conozca plenitud y que no se tenga que destrozar entre añoranzas y deseos.

Tú, corazón inquieto, yo sé que tú no quieres creer como que es verdadera esa felicidad sin añoranzas y deseos, en cada latido me lo estás diciendo. Cómo puede ser de otra manera, si tú vives de la añoranza y solamente es por eso que tu latir nunca se cansa, porque tú te agitas de sueño en sueño y de deseo en deseo. Y el soñar y el desear son tus horas resplandecientes de fiesta y no los pequeños goces, y no las imágenes que tú mismo te procuras, y que siempre se quedan tan lejos de la verdad. Tú no conoces otra felicidad que aquella del gustar y del desear, porque todo lo que tú siempre has poseído, se te quita nuevamente o se te arranca y desaparece como un espejismo en el aire, como los que desaparecen delante de aquellos que discurren por los desiertos, sin que lleguen nunca a ver la figura original que les da vida, que está infinitamente lejos.

Sin embargo, a veces aparecen unos instantes, tan cortos como un solo latido del corazón, que casi ya se han ido, cuando apenas han aparecido, como

una ola que proviene de una profundidad desconocida que nos inunda y que a la vez nos eleva sobre todo lo existente, hacia la luz, hacia el calor y el resplandor. Así fue ayer en la noche, cuando la belleza del valle bañado por la luz de la luna, repentinamente me arrebató. Y aquella vez, en la que hice mi primer vuelo de altura a quinientos metros arriba, la chispa del conocimiento cayó sobre mi alma.

Y entonces, ¿cómo se llamaba ella? Yo debía de ser padrino... ahora sí que tengo que voltear las páginas hacia atrás. Fue en Mourmelon, Jeanne se llamaba ella, sí, y cuando la vi y pude hacerla un poco feliz, tanto a ella como a su pequeño niño, allí también me aconteció algo de esto, y en un largo instante fui feliz, sin necesidad de requerir de nada más.

Asombroso como se junta lo experimentado antes: la verdad, la belleza y - debo acaso de llamar así lo poco que hice, lo que entre los hombres lleva ese nombre - la bondad. Ellas me separan al menos por instantes, del miedo, de la intranquilidad violenta y me llenan tan plenamente, que no queda espacio para ninguna otra ansia ni deseo, e incluso el corazón, que es tan voluble, se alinea al unísono.

Casi creo que me he acercado a ese lugar donde está la muerte. Porque puede ser acaso de otra forma, cuando en esos instantes se presenta ante mí un gran resplandor de la vida plena, que es cierta y buena y bella y a la vez llena de fuerza, y que tiene tal poder para obrar sobre nosotros los mortales! Siento las

palabras completamente nuevas y llenas de sentido para mí, porque realmente ahora somos nosotros todavía mortales!, pero después de la muerte no nos moriremos una segunda vez, porque somos inmortales. Todas las personas. Yo y tú, y ese que está allá y ese otro. No es simplemente la así llamada inmortalidad de algunos pocos, a los que les ponemos las coronas de laureles de la gloria en las sienes, sino un destino, del que nadie se escapa, y que no es fácil compararla con la vida. Porque el camino que lleva a ella pasa por las oscuras puertas de la muerte, que en la oscuridad encierra la decisión, de si es que viviremos o viviendo nos quedaremos sin vivir, eso quiere decir con toda conciencia, con todas las añoranzas, con toda el ansia por la gran vida que está allí pero que sin embargo no se posee. Se tiene brazos que quieren abrazar y se encuentran con la nada. Ojos, que quieren ver y que se quedan inmóviles en la nada. Sienten en sí un vacío que quema y que no pueden llenar.

¿De dónde sé yo de repente todo esto? ¿Me lo han dicho las estrellas, que allá afuera resplandecen?. ¿Las montañas que sin inmutarse están afuera? El silencio que me rodea? o la muerte, cuyo nombre salió de mi boca esta mañana sin quererlo, sobre una verde pradera, en medio de la claridad del resplandor del sol, como el champán que se llena de espuma y burbujea y que no parece estar más lejano que esta oscura figura?

Oh Dios!

*Milán, 19 de agosto*

Hace una hora que Mercanti tiene mi aceptación final. Me dijo que hubiera estado esperando una renuncia de parte mía o por lo menos una escapatoria, porque durante todo el viaje de Birg hasta acá vine completamente mudo y apenas pronuncié unas cuantas palabras. Pero, qué tenía que decir. No encontré prácticamente tiempo para mis propias palabras, porque en todo momento vine oyendo todo lo que hablaba a mí alrededor, con muchas voces: el viento y el agua que murmura, las montañas y los valles frescos y oscuros, la pradera verde y llena de vida y los glaciares con su frío profundamente azul y mortal, su dureza que ni siquiera el cálido brillo del sol se atreve a derretir.

Los unos prometían ayuda: las montañas querían enseñarme el camino y las praderas abrirse ante mí para el caso que contra mi voluntad tuviera que aterrizar, y el buen viento me quería apurar, como la única fuerza que estaba dispuesta a llevarme a mi meta. Los otros retumbaban con fuerza y astucia: los glaciares me enviarían viento contrario, que con su frío refrescarían el aceite del motor, y de esta manera empujarían jugueteando al cansado aparato; los valles anchos abiertos buscarían enseñarme el camino entre sus intrincadas salidas, mientras que la garganta del Gondo, que debe de ser mi camino, se retuerce entre una multitud de estrechos recodos. De tanto en tanto los desfiladeros de roca se acercan tanto, que el agua que cae de un lado de ellos salpica hasta el otro lado. Así de estrecho es el paso para mis alas completamente abiertas. Intranquilo e imprevisto se

mueve el viento por acá. Un golpe de él, y hombre y máquina se estrellan contra los desfiladeros verticales de los lados de las montañas. O se levanta como una pared invisible, contra la que el motor tiene que luchar, hasta haber consumido la última gota de gasolina.

Finalmente se abre el valle y como si fuera una flecha liberada dispara al avión hacia el sur, pasando sobre el Lago Maggiore y la llanura extendida, proporcionándome toda la fuerza necesaria hasta la meta. El tronar del motor y el rugir del viento se convierten en un canto de júbilo del vencedor, para el que mi corazón va marcando el compás, y el sol que se va poniendo en el oeste, trenza una corona de resplandores.

¡Pero qué sueño yo, como si ya fuera el vencedor! Todavía no. Pero quiero ser y lo voy a ser.

*Brig, 22 de agosto*

La Garganta del Gondo no ha podido asustarme, así exactamente debe de suceder ahora con el otro camino, sobre el paso de Munchera. Con Duray, hice antes de ayer un paseo desde Domodosola hasta allá. Una larga y cansada caminata sobre un estrecho y muy poco usado sendero. Horas enteras no nos cruzamos con una sola persona. Aun cuando el sol y la empinada subida nos afectaron fuertemente, esa noche nos sentimos en Gabi frescos como después de un baño aromático, y me alegré que el auto que nos debían de haber enviado de Brig, por alguna razón no estuvo en el lugar que habíamos acordado. De esta

manera, se terminó el día con pan, queso y vino, con un profundo sueño en un sitio sencillo y natural, como siempre ha sido desde hace muchos años y durante toda su vida. Fue un día completo, perfecto, todo estaba puro e incontaminado, como el agua que brota de la fuente, que se nos ofreció en el camino.

Con todo apresuramiento subí ayer un tramo del Wangerhorn. En forma cortante hacia el este, da vuelta el camino hacia arriba, al Gondo. Al sureste, entre las paredes del Seehorn, separado de la Garganta del Gondo, se levanta hacia arriba el camino al paso del Munchera. El mapa dice que tiene 2117 metros de altura; después de haber vencido el Simplón debo nuevamente de subir más de cien metros, si es que quiero volar encima de todo esto. Si el viento no se pone muy furioso en contra, debe de ser posible, y me ahorro el vuelo por el infernal valle del Gondo.

En la taberna nos encontramos a la hora del desayuno, con un monje del Hospicio del Simplón, que por ser domingo había bajado y que acababa de celebrar la Misa con la gente del pueblo. Nos habló sobre las observaciones del clima, que hace mucho tiempo efectúan arriba en el Hospicio. Las primeras horas de la mañana son indudablemente los mejores momentos para hacer un vuelo, porque el viento del sur todavía es muy débil; con el transcurso del día se pone más fuerte. Me aconsejó fijarme en las posiciones de los árboles y de los arbustos. Solamente en los sitios muy protegidos del viento han crecido derechos, por lo demás siempre están inclinados en la dirección que sopla el viento, de tal manera que a través de



ellos puedo concluir, cómo desde los lejanos glaciales a través de los valles laterales, llegan hasta acá fuertes corrientes de aire, así como de las turbulencias que provienen de algunas pendientes de las montañas, que son especialmente fuertes.

Juntos caminamos hacia arriba, hasta el paso, y cuando llegamos al Hospicio, me conocía ya el nombre de la mayoría de los picos, que rodean al ancho valle, y además algunas historias de emergencias por nieve y de caminantes perdidos. Llamamos por teléfono a Brig, para que nos recogiera un auto, y durante el tiempo de espera, nos invitó el monje un pequeño refrigerio en el Hospicio. Nos trajo una garrafa de vino del sótano, porque hoy es domingo y para mí con seguridad será la primera y última vez que estoy de huésped en el Hospicio, ya que la próxima vez tomaré el camino por encima de él.

Fue muy simpático lo que me dijo cuando levantó su copa, y lo he querido recordar palabra por palabra: *«Le deseo con todo mi corazón, que su vuelo se realice. Quizá salvará usted por el camino nuevo que va a trazar sobre las montañas, a más personas en el futuro, de lo que nosotros pudiéramos hacer.»*

*Brig, 23 de agosto*

Bleriot mandó un telegrama diciendo que, en los primeros días de setiembre, mi máquina nueva estará lista en Issy. Con ella quiero establecer un nuevo récord sobre el mío de 1800 metros, saliendo de Blackpool, y esta vez tengo que alcanzar los 2000 metros. Qué chiquito se va a ver París a mis pies y

qué lejano el mundo. Sin embargo, aun no lo suficientemente lejano, como para tenerle añoranzas. Entonces, la próxima meta debe de ser las montañas que ahora me rodean. Antier se cumplió cuatro semanas para llegar al 18 de setiembre. ¿Se podrá realizar el vuelo ese día? Casi ya no lo puedo esperar.

Qué tal sensación que debe de ser ese vuelo sobre los Alpes. Más aun siendo la primera persona que lo haga. Escribo y me digo esto muy despacio, para disfrutar todo lo que encierra lo que es ser único: la primera persona. Pero casi yo mismo no me lo puedo imaginar. Quizá primero tenga que vivirlo.

*París, 1 de setiembre*

En una semana debo de recibir mi máquina. El tiempo transcurre tan lentamente que parece que en cualquier momento se va a quedar paralizado.

¡Todavía faltan dieciocho días! Entonces será el momento! Brig, Simplón, Munchera, Domodossola, Milán.

Acá en París todo está en orden, tan fácil y cómodamente, que casi me parece mentira. Cuando llego al hotel, el conserje abre la puerta, para que yo no me tenga que cansar, y el ascensor está listo para llevarme rápidamente hacia arriba y de esta manera ahorrarme las pocas gradas que hay. Las alfombras hacen que los pasos no hagan ruido, para no molestar la tranquilidad de nadie, y para cualquier antojo está el timbre a disposición en todo momento. Así vivo yo acá con toda comodidad y completamente asegurado contra cualquier problema, que pueda venir de afuera.

En pocas semanas repentinamente todo será distinto. Entonces un reto envolverá todo, de lado a lado. Los vientos me azotarán y los abismos se abrirán frente a mí, y peligrosos y amenazadores desfiladeros pétreos de las montañas, aparecerán delante de a mí. Entre mí y la fuerza de la naturaleza, no habrá nada más. Todos los muros que se han levantado para protegerme tan amorosamente, caerán, y me encontraré completamente solo con mi máquina y con mi valor frente a las fuerzas ciegas.

La seguridad del lujo, que acá se me brinda, es casi un peligro, porque tergiversa lo que estará delante de mí, así como tergiversa a la gente que vive dentro de los muros de las grandes ciudades, al punto que ya no reconocen el respirar de la naturaleza. La noche para ellos es sólo oscuridad y la luna y las estrellas no son otra cosa que la insegura iluminación de esas tinieblas, incluso intrascendente, pese a que con autenticidad tratan de iluminar y encontrar el camino. La noche acá es demasiado clara y demasiado ruidosa, llena de nuestros propios gritos y luces, en contraste con aquella que podríamos sentir allá afuera, en el misterio de la soledad y de la paz, la que a mí allá tantas veces me ha dejado prácticamente sin aliento, porque yo tampoco me he atrevido a romperla ni con el más mínimo sonido de mi respiración.

Cuán a menudo he estado durante horas recostado sobre la tierra desnuda, mirando fijamente hacia arriba, a las estrellas, tratando de comprender su mutismo. Mi solicitud estaba dirigida a ellas, llena de una añoranza esplendorosa, queriendo traerlas hacia abajo para apretarlas contra mi pecho, para

poseerlas, tanto a ellas como a sus misterios. No quería saber nada sobre las leyes que gobiernan sus movimientos, ni sobre cualquier otra cosa que la ciencia quisiera entregarnos, sino tan sólo quería conocer el hecho de que ellas estaban allí y por qué estaban en ese espacio infinito. Esa era mi insistente pregunta.

En ocasiones este sentimiento era aquello, sumamente angustioso, quizá la vez más terrible fue, cuando con nuestro fiel Fernando hicimos el paso sobre los Andes. Habíamos fijado nuestra meta para pasar la noche sobre los cuatro mil metros de altura. Fernando ya se había acostado para dormir. La noche estaba llena de paz hasta en los últimos rincones de su profundidad, de tanto en tanto uno de los caballos, que teníamos atados en la cercanía, durante su sueño golpeaba con su casco el piso, ese ruido en medio de este silencio absoluto, era como cuando cae una piedra sobre un lago, y los ojos la siguen a través del azul plateado del agua, inquiriendo su recorrido hasta el fondo, como quien quiere enterarse a qué profundidad del lago llegaría para acomodarse.

Las estrellas brillaban y resplandecían, como si quisieran hablar conmigo, pero yo no entendía nada de eso, y las seguía con mis ojos, como si con ellos las pudiera coger y comprender, hasta que sus misterios se convirtieran para mí en conocimiento. Se trataba de una lucha entre ellas y yo; y yo tenía la sensación que me iba encogiendo hasta quedarme convertido en un puntito, sin cuerpo, absolutamente solo, únicamente con consciencia, de tal manera que

casi estaba completamente desligado de las cargas materiales. Era una situación angustiante, el tener que mantenerme entero y no sentir que me destrozaba en mil pedazos. Cuánto rato estuve así acostado, no lo sé. Con las últimas fuerzas que me quedaban traté de quitarme ese peso. Luego recobré nuevamente mi plena consciencia sobre mí y sobre todo mi cuerpo, pero sentía un frío intenso, y en medio de la soledad que volvía a reencontrar, entre las sombras grises plateadas de las montañas iluminadas por la luna, repentinamente me inundó un nuevo miedo, que se vino a mezclar con la vivencia que acababa de sentir. Necesitaba un ser vivo junto a mí Casi despierto a Fernando. Pero con la conciencia que se me abría, el miedo se me hizo demasiado grande. Me fui hacia los caballos y les pasé la mano por su suave pelaje, lentamente, para que mis manos sintieran su calor. Finalmente me tranquilicé nuevamente y me acomodé en la carpa para dormirme. No me atreví a volver a salir afuera y mirar a las estrellas, en mí se desató un miedo tal que sentía que ellas me iban a hechizar y luego me iban a hacer desaparecer.

Hace cuánto tiempo de eso? Deben de haber pasado cinco años. Yo ya me había olvidado prácticamente de todo ello, y ahora acá en París me viene a aflorar nuevamente, con una nitidez tal, como si recién hubiera sucedido ayer. Sí, como si recién me hubiera sucedido, porque me siento cansado y tenso y tiemblo de frío.

Ojalá que la naturaleza me reciba de otra manera dentro de tres semanas, cuando vuele sobre los Alpes.

*París, 3 de setiembre*

París tuvo su sensación. Hace dos semanas se ha instituido el Premio Desjardins para el primer vuelo, que aterrice en una plaza de París, y Parisot lo ha probado hoy. La Plaza de los Inválidos fue su meta, y todo hubiera ido bien, si es que precisamente allí, donde él quería aterrizar, no hubiera puesto un farol. El farol se quedó allí sin inmutarse, pero la máquina se destrozó en mil pedazos. Medio París estaba hoy en la iglesia de Los Inválidos y la otra mitad irá mañana domingo. Los periódicos de la tarde ya traen fotos de Parisot y su pasajero; ambos resultaron ilesos.

*París, 4 de setiembre*

Hoy sucedieron dos cosas importantes: la lista final de Mercanti con los participantes para el vuelo de los Alpes y el nuevo récord de Morane.

Qué pena, que ayer yo no fuera al Día de la Aviación en Troville. Morane alcanzó los 2580 metros. Una altura increíble, junto a la que mi récord de 1850 metros de altura, que hace cuatro semanas asombró a todos a través de los diarios, queda muy rezagado.

¡2580 metros! Le dije a Morane al despedimos, que yo iba a registrar un nuevo récord, tan pronto tenga la nueva máquina. Yo ya tenía delante de mis ojos mi propio récord, pero ahora Morane establece un nuevo récord. Da este tremendo salto. Pero qué importa, se lucha mejor contra los récords de los otros que contra los propios. Sin Morane yo hubiera alcanzado quizá los dos mil metros, ahora el jueves

tiene que ser bastante más, o cuando menos un metro más, para sobrepasar a Morane.

Mercani escribe muy feliz, el número de participantes ha llegado a la cifra final de cinco. Tan sólo se ha llegado a cinco aviones, pese a que más de una docena de pilotos habían anunciado su participación en serio y la habían puesto a consideración. Pero de uno en uno se han ido retirando. Algunos con fundamentos reales, otros con pretextos, después de haber recorrido personalmente el tramo o de haber visto fotografías de las zonas más difíciles, tal y como Mercanti me las envió en aquella ocasión.

La garganta del Gondo es realmente una garganta infernal, y el Paso de Munchera está bien alto y muy angosto entre las montañas. Cuando yo estuve andando por allí con Duray, el día estaba claro y limpio, pero nos dijeron los pastores que entre las montañas, en los días nublados, a menudo las nubes bajan de los picos de las montañas hasta lo más profundo, llegando hasta abajo, al fondo del Paso. Entonces sólo queda pasar sobre el Gondo.

Cattaneo, Paillete, Weymann, Wiencziers y Geo Chávez.

Italia, Francia, Estados Unidos de Norteamérica, Alemania y Perú.

Mi pequeña patria, alguien que nunca haya oído mi nombre, se sonreirá y pensará, un peruano, qué se cree ese! Y alguno otro, que sí conoce mi nombre,

se dirá, Chávez un peruano, no me lo hubiera imaginado. También habrá algunos, que no se lo hubieran imaginado, que a partir de hoy dentro de dos semanas, si es que el clima no se pone completamente en mi contra, dirán un peruano, entre todos los otros, vuela sobre los Alpes.

Entonces podrás estar un poco orgulloso, Perú, querida y lejana patria.

*París, 6 de setiembre*

En los últimos tiempos se ha convertido en mí una rareza tomar vino seco en los días esplendorosos, pero hoy día verdaderamente hubo una razón para ello: Morane salió afuera en Issy-les-Moulineaux, y nosotros le hemos festejado ruidosamente su récord.

Weymann le dijo a Morane, que estaba muy bien que no hubiera llegado dos días más tarde, porque de haber sido así, no lo hubiéramos podido festejar. Ante la mirada inquisitiva de Morane, aclaró mordazmente, que yo en la Escuela de Vuelo Merkus (así fue como lo dijo) había jurado, que el jueves batiría un nuevo récord, y como yo mismo no podía soportar mis propios récords, mucho menos podía soportar los récords de alguna otra persona, y que por eso me lo había propuesto.

De dónde sabía Weymann de mis planes, de los que tan sólo unos pocos iniciados saben algo, me es realmente un misterio. Aparentemente quiso descubrirme, porque asumió con absoluta seguridad, que yo luego del vuelo de Morane no podría lograr un nuevo récord.



Morane por lo demás, con muy buen humor y en forma simpática, le dio pase a la agudeza de Weymann. Levantó su vaso y lo chocó contra el mío diciendo: «Por quien logre el récord: Por nuestros vuelos»

Por lo demás, indicó misteriosamente volteándose hacia Weymann, que nadie había conseguido ningún récord de la Escuela de Vuelo de Mercurus.

Weymann abrió tremendamente los ojos.

Quién entonces lo tenía.

Le respondió que se trataba de un muchacho griego, del que hacía poco había leído. Aparentemente era de Creta, no lo sabía muy exactamente. Que había llegado a regiones tan altas, que por el calor del sol sencillamente se le habían derretido las soldaduras de las alas, y el pobre, naturalmente se estrelló, y que durante el vuelo se había congelado de frío, pese a que el sol había brillado también sobre él.

Esto era muy interesante, cómo se llamaba este griego.

Si mal no se acordaba, Ícaro o algo parecido.

Mientras aun nos estábamos riendo, más de la cara larga de Weymann que del chiste mismo, Morane repentinamente se puso serio: «*Quien será entre nosotros el primero que encontrará la suerte de Ícaro*», vació su vaso de un trago y lo arrojó contra la pared, donde se hizo añicos.

Ahora me parece que todo ello fue un poco teatral, pero en ese momento nos impactó tremendamente a todos. Tuve que pensar en van Born. Que se fue como el vaso hecho pedazos. No, no lo creo. Un vaso se destroza contra la pared y también el cuerpo de una persona en una caída desde la altura, pero cuál es lo que diferencia entre el uno y el otro, la vida, la conciencia, el espíritu, la realidad, lo último, lo que hace que yo sea yo y sea persona y que no sea animal, ni árbol ni piedra, eso hace que no pueda desaparecer en la tierra, porque no le pertenece a ella.

*París, 7 de setiembre*

Ahora ya estoy tranquilo, porque Bleriot me ha comunicado hoy día, que mi máquina nueva, como lo habíamos convenido, estará lista mañana en Issy, para partir. Si esto es así, como creo que será, en veinticuatro horas la reciente gloria de Morane será eclipsada por otro.

El récord se acabará; casi me da pena por Morane. Porque él es un buen compañero. Me ha informado pormenorizadamente acerca de su vuelo en Trouville y sobre todo los resultados, así como las confirmaciones obtenidas en los diversos experimentos, relativos a la pobreza del oxígeno en el aire a grandes alturas y sobre el frío que hace que la intensidad de las explosiones disminuya. En las alturas, en las que se encontró Morane, el poder de los motores disminuyó por lo menos en un treinta por ciento.

Todo ello lo he pensado con Duray para el vuelo de los Alpes, y nos hemos propuesto hacer un

aterrizaje intermedio en Domodossola, de tal forma que allí pueda abastecer nuevamente el tanque. De otra forma tendría que tomar en Brig demasiado combustible, y con ese peso me sería muy difícil alcanzar la altura necesaria, sobre todo con viento en contra. Duray le ha escrito de inmediato a su amigo Christiaens para saber si es que él vendría a Suiza y quisiera hacerse cargo de las posiciones de enlace en el Simplón. En Domodossola estará el mismo Duray. Cuando le pregunté, quién estaría esperándome en Milán, me respondió con una cara resplandeciente: «Una multitud de gente entusiasmada», y levantó desaprensivamente los hombros.

*París, 8 de setiembre*

Morane fue el primero en desearme felicidad, mientras que Weymann se mantuvo por atrás demostrando impasibilidad. El primero de todos naturalmente fue Duray. De pura felicidad me abrazó y lo que más hubiera querido hacer es sentarme sobre sus hombros y pasearme por todo Versailles.

« Ah, mi pequeño viejo, ahora sí que están los Alpes seguros para ti», Y otra vez lo repitió:

«Mi pequeño viejo!»

En toda su alegría con seguridad había una emoción escondida; porque como después me confirmó, había tenido mucho miedo por mí, si es que yo hoy día en la mañana en Issy subiría a mi nuevo y resplandeciente Bleriot para entrarme en las nubes y desaparecer luego en un «a nunca más verse».

Nunca he volado yo así. El cielo estaba cubierto con una capa cerrada de nubes, que parecía que desde la tierra se elevaba bastante alta. Cuando miré hacia abajo, a la zona de los instrumentos, busqué el altímetro: me encontraba a quinientos metros de altura. Me faltaba bastante aun para los mil metros.

Descubrí un hueco por el que atisé el cielo, y me metí por allí. Tenía la sensación, de estar en un pozo profundo, cuyas paredes estaban construidas con nubes, que se elevaban tan alto, que no había rayo de sol que me llegara. Vi solamente, que muy lejos encima de mí el color gris de las nubes se convertía en un blanco resplandeciente; ese era el borde del pozo, y alegremente, encima de todo, me sonreía el azul de una atmósfera clara.

En rápidos espirales subí, como siguiendo en forma pareja una escalera invisible, siempre más arriba. Las nubes se movían revolviéndose lentamente. Mi pozo de nubes se mantenía casi en todo momento abierto y avanzaba con las nubes y conmigo adentro. Sólo de cuando en cuando se separaban algunos girones de nubes de la pared y me escondían entre ellos por segundos. Me daba la sensación como que me envolvían frías mortajas, es allí cuando me di cuenta que estaba helado y que mis ojos lagrimeaban. Me había olvidado de mis guantes y de mis anteojos.

Cada vez me iba acercando más al borde iluminado de esta cisterna, hasta que al fin lo alcancé y salí fuera de ella. Un instante interminable tuve que cerrar los ojos, cegado por la claridad, que parecía

provenía de miles de rayos de luz que como saetas se abalanzaban sobre mí. Mi primera mirada fue al altímetro: 2530 metros. Así pues, más alto hacia arriba. El motor trabajaba uniformemente, aun cuando era evidente que estaba siendo exigido. Como las olas de un mar en movimiento y que a la vez dentro de este movimiento estaba inmóvil, se veían las nubes debajo de mí y como una alta onda se iba marcando el rumbo de mi máquina. Seguimos adelante, y llegó el segundo en el que la aguja del altímetro despacio, temblando, como si supiera del significado de ese instante, marcó el punto más alto en el que jamás haya estado un hombre y que yo en ese momento estaba alcanzado. El récord de Morane había sido alcanzado y sobrepasado. Mi corazón latía más rápido presa de una feliz excitación al punto que el júbilo que me invadió me atracó la garganta, pero como tenía la cara completamente entumecida por el frío y la boca completamente bloqueada, no pude emitir ningún sonido.

A estas grandes alturas, las nubes tenían nuevamente figuras distintas: un interminable rebaño de gordas y blancas ovejas, que se apretaban entre sí, chocando lomo con lomo.

Nubes mudas que se perdían en la infinita lejanía; un cielo frío y azul, que desaparecía en un arco inmenso, y en algún lugar allí dentro, un algo brillante y dorado, que nosotros llamamos el sol y que yo allá arriba no me atrevía a llamarlo así, porque no recibió ningún calor de sus rayos: me parecía que había entrado en el reino de la eternidad, en un reino en el que nuestro pequeño ser y hacer no es nada y

en el que solamente las leyes eternas del sol y de sus mundos tienen validez. Con el ruido de mi motor me dio la impresión de ser un impertinente dentro de ese silencio sobrecogedor, y a la vez sentí la sensación de ser el único ser viviente en medio de ese mundo paralizado, sin fronteras, ni espacio, un sentimiento de opresión y de soledad.

¿Qué es lo que yo quiero acá arriba? ¿Gloria? Qué significa la gloria de mi récord delante de lo infinito de este espacio que está sobre mí ¡y que me espanta!. Qué significa sobre todo la lejana y pequeña tierra que está debajo de mí, cubierta por un par de nubes y que para ese mundo allá arriba parece que no significa nada!. Dónde está en este infinito espacio el arriba y el abajo y que significan acá la altura y la profundidad!

2650 metros muestra mi altímetro. El frío y la provisión de gasolina me obligan a bajar. Un largo instante me invadió un miedo irracional, me parecía que yo en medio de esta infinitud no iba a encontrar a esa pequeña bola que es el mundo. Una meta lejana, que igual se encuentra entre toda esa negrura;

Compactamente cerrado estaba debajo de mí el manto de nubes. ¡No me fuera yo a equivocar así como los caminantes en la noche oscura o en el desierto sin señales dando vueltas en círculo! Cuando yo atravesase las nubes, estará la tierra debajo de mí, o es que en su inmenso caminar en el universo ya no estaría más en el lugar donde yo la había dejado!

Rápidamente se acercaron a mí las nubes todas juntas. Más que volar, me introduje a través de ellas, a veces en espacios libres, en los que mi sombra fantasmagórica me acompañaba. Nuevamente me introducía en masas de nubes, que sin hacer resistencia se esparcían a los lados y luego detrás de mí se cerraban, sin que quedara huella alguna de mí. Repentinamente terminó el gris y todo este tremendo baile del remolino de los cuerpos sin ver que había a mi alrededor. Aun unas cuantas nubes como tules se me cruzaron. Entonces vi la tierra debajo de mí y me alegré.

Había estado tanto tiempo fuera de ella, cuántas veces habría rotado y dónde iba a aterrizar yo?. Debajo de mí reconocí una pequeña ciudad, un castillo y un gran parque y jardín: Versalles. Miré el reloj, toda la aventura no había durado más de una hora. La ausencia de tiempo y de espacio, que yo había vivido, se había terminado y acá nuevamente cobraban validez las medidas humanas.

Aterricé en una pradera e hice que la máquina se detuviera. Nuevamente estaba en casa.

Cuánto deseé volver a introducirme en las alturas, que dulce es esa paz, esa redondez cálida de la tierra. Cerré los ojos, cuánto tiempo, no lo sé, entonces oí a alguien que decía muy despacio: «estará sólo, dormido o...» Delante de mí estaban parados un par de niños, que se fueron corriendo asustados cuando yo repentinamente abrí los ojos y me volví un ser completamente vivo. Un aldeano se acercó con

pasos rápidos sobre el campo. Había dejado a su caballo y su arado en su parcela. Rápidamente arreglé con él para que fuera a la ciudad y llamara telefónicamente a Duray para ponerlo al tanto.

Los niños seguían por allí mirando, entre respeto y miedo, a la máquina. Pudo haber sido una alegre hora de espera, pero yo estaba demasiado cansado y tenso. Me tiré al suelo y rápidamente me quedé dormido, sin soñar y muy profundamente, hasta que Duray me sacudió de los hombros. A su mirada preocupada e inquisitiva, yo sólo le contesté: «*Dos mil seiscientos cincuenta metros.*»

Nunca lo he visto más alegre: «Ah, mi pequeño viejo, ahora sí que están seguros los Alpes.»

*Brig, 12 de Setiembre*

Hoy nos hemos reunido todos acá: Duray, Christiaens, mi máquina y yo.

Cuando anoche bajé del tren y vi las montañas tan imponentes delante de mí, me sentí desamparado e inerme. Esas tremendas masas son las que quiero atravesar y además contra el clima y el viento, que sopla entre los abismos y en las gargantas, quién sabe ya listos para saltar sobre aquel que se atreva a mancillar su reino aun intacto.

Después de todas las observaciones del clima que se han hecho, hemos concluido que muy temprano en la mañana es la mejor hora para hacer el vuelo. A esa hora aun duermen los vientos contrarios que vienen del sur, que más tarde se



levantan cuando el aire se calienta. El domingo a las 6 de la mañana voy a salir. Ya se lo he dicho a uno de los miembros del Comité de Brig. Pareció algo sorprendido. Me observó que si acaso yo estaba muy apurado.

¡Por qué he venido acá tan pronto!. Lo que pasa es que yo no quiero ser el segundo, ni el tercero, sino el primero, en volar sobre los Alpes.

Duray ya se fue a Domodossola, para encontrar un sitio que sirva para el aterrizaje intermedio. Mañana iré yo donde él y pasado mañana queremos ir los dos a ver el Paso de Munchera. Y de allí a subir al Camozellhorn, entre el Paso y el Val Divedro. Desde ese punto se debe de tener la mejor vista de los alrededores del sitio, que en lo que a orientación se refiere, es el tramo más difícil del vuelo.

Christiaens viene con nosotros mañana y el miércoles se va adelantadamente al Simplón, para hacer una observación. En la noche nos deberá esperar en Gabi.

De esta manera todo queda en marcha, para que no haya problemas en la preparación del vuelo. Arriba en el sitio de la partida está mi Bleriot bajo su cobertizo. Ahora debe de dormir y a partir del próximo domingo deberá de soñar. Quizá se robe un rayo de luna a través de alguna apertura del cobertizo y lleve adelante una comedia amorosa con ella sobre su cuerpo, que es claro y delgado, y así ésta le cuenta sobre las aventuras que ha tenido con los grandes señores que la rodean, el Glishorn y el Faulhorn, el

Wasenhorn y sobre todo con los dos más imponentes de entre ellos, el Monte Leone y el Fletschhorn, cuyas espaldas están adornadas con los imponentes y nobles glaciares, el real Hermelin.

*Brig, 15 de setiembre*

Lo que yo más quisiera es hacer todo lo más rápido y discretamente posible, y salir de viaje. El domingo no se puede partir. Se ha emitido una disposición de la Administración Cantonal: ese es Día de Oración de la Comunidad y están prohibidas cualquier celebración o actuación pública y con ellas, el vuelo.

Hoy día, cuando regresamos del Simplón, se nos informó esto.

Yo que había venido de París especialmente a tiempo, a fin de estar listo para partir de todas maneras el domingo, he corrido y trepado dos días sobre el Paso de Munchera, sobre el Camozellhorn, ida y vuelta hasta el Lago Maggiore y también hasta los campos de Milán, para conocer bien la cara de todas las montañas y el corte de cada valle lateral, para poderme orientar convenientemente sobre el mar verde de los campos llenos de árboles que alimentan ganado, y en las llanuras uniformes de Milán, para conocer la torre de una iglesia, una casa o un cruce de carreteras, después de haberme elaborado planos exactos de todo, ahora, ¡no puedo volar el domingo!

Mi Bleriot está parado arriba bajo su cobertizo, listo para el gran salto tan esperado, y un

administrador lo prohíbe. Yo realmente no he venido hasta acá, para dejarme tratar como a desaprensivo paisanito, al que se le prohíbe algo o se le da permiso, como se hace con los gitanos que andan viajando o con los dueños de las ferias itinerantes.

Si es que a la gente de acá mi partida le resulta tan divertida, que puede llegar a disturbar la paz que se ha ordenado para este domingo, entonces que se cierre el lugar de la partida para que no haya nadie, pero que me dejen a mí fuera de ese juego. No quiero tener a nadie a mí alrededor, sólo quiero a mis dos comisarios, que han sido destacados como testigos, cuando yo temprano a las 6 de la mañana, con todo silencio salga, con mi máquina a luchar con los Alpes.

Cómo es aquello que recién se haya pensado en esto cuatro días antes, después de que hace semanas que todo Brig no habla de otra cosa y en toda la región hay grandes afiches que anuncian la semana de Vuelo en Brig. Cuánto más pienso en esto más grande es mi molestia.

Ahora se me aclaran las cosas. Duray me acaba de informar que el domingo sí se puede volar, pero a partir de las 12 del día. Se sabe perfectamente que un vuelo sobre los Alpes, uno se puede atrever a hacerla tan sólo en las horas de la mañana, porque más tarde los vientos encontrados que vienen del sur son demasiado fuertes. Lo que sucede es que si es así, el vuelo tendrá unos retos muy difíciles que vencer y con ellos se obtiene lo que se ha prometido a la gente, que viene esperado en masas en todos los hoteles de la región, por la «Semana del Vuelo de Brig».

Aquello disturba mucho más a la tranquilidad del Día de la Fiesta de la paz que han instituido recientemente, que el hecho de que yo parta muy de mañana, pero eso «se pasa por alto». Todo esto es un negocio, que acá se quiere camuflar con piedad. Si el fundamento se hubiera conocido desde antes, quizá lo hubiera respetado, aun cuando yo mismo no lo reconozco. Pero en todo este negocio yo no formo parte. Yo vuelo el domingo, pase lo que tenga que pasar.

Después de comer en la noche, fui rápidamente un momento con Duray al monte Briger, al punto de partida. Hemos armado un plan. El domingo en la mañana, a las seis en punto, de unos ciento cincuenta a doscientos metros detrás del cobertizo del avión, fuera del sitio de la partida, prenderemos un fuego, no muy grande, pero de todas maneras con gasolina y bien provisto de madera seca, de tal manera que llame la atención y haga que se note. El policía que hace guardia al lado del cobertizo, se irá corriendo allá para ver exactamente qué es lo que está pasando, y en ese momento saco mi Bleriot y salgo volando de allí. Si es que fuera que el policía regrese rápidamente al lugar de la partida, entonces habrá un par de muchachos que me darán una mano, y lo aguantarán tanto tiempo como sea necesario. No dudo que acá debe de haber suficientes manos y brazos que puedan aguantar y que estén listos para arriesgarse alegremente a esta pequeña aventura, sobre todo, si esta alegría se ve estimulada con unas moneditas contantes y sonantes.

¡Qué ojos que van a abrir los «brigers», cuando sean despertados el domingo con el ruido de mi motor!

*Brig, 16 de setiembre*

Sin quererlo me he convertido en un pequeño aventurero. La mitad del día he estado correteando por todos lados y la otra mitad me he peleado con el Comité de Brig, para de todas maneras tratar de hacer las cosas en regla el domingo - desgraciadamente sin éxito -así que nos sentamos un poco abatidos a comer con Duray y Christiaens, hasta que una señora de edad mediana se nos acercó a la mesa y nos preguntó si es que habrían dos sitios vacíos. Desgraciadamente estaba libres, y el resto de las mesas estaban ocupadas, porque hay mucha gente de otros lugares acá, que no tienen tiempo para hacer otra cosa que esperar para darle diez mil francos con abundantes intereses al mesero, como fruto de los cien mil francos con que Brig ha prometido premiar al que haga el vuelo sobre los Alpes. Para colmo nuestra dama se arrancó a conversar, naturalmente sobre el vuelo, y nos preguntó si nosotros quizá teníamos algo que ver con él. Duray ya le iba a responder, cuando yo, para evitar más preguntas, tomé rápidamente la palabra: no, no, no, nosotros somos unos turistas, que estamos acá sin saber nada de nada, y que acabamos de tomar la decisión de quedarnos por acá unos días.

Entonces la buena mujer pensó que era su deber ponernos debidamente al tanto sobre la importante noticia que significaba este plan de vuelo, y que ella estaba absolutamente convencida que los pilotos no podrían alcanzar la altura que era necesaria, porque el aire a esas alturas es muy ralo, a tal extremo que no podría sustentar al pesado avión, y que eso se lo había dicho un profesor, y que no había que

responsabilizar a nadie del hecho que el hombre quisiera volar, pero que si la naturaleza así lo hubiera querido, le hubiera dado algún tipo de alas, y así y todo querer volar sobre los Alpes, donde ya había un túnel para pasar con el ferrocarril, no, no...

Duray hizo un comentario algo mordaz, diciendo que aparentemente a la gente también le faltaría tener ruedas, para parecerse a esas gordas y resoplantes locomotoras, que andan haciendo bulla por entre las montañas, pero la naturaleza no les puso ruedas desde un principio, sino más bien los dejó para que ellos mismos construyeran todos esos aparatos.

Sin embargo y afortunadamente, nuestra dama no escuchó esto, ya que en ese momento estaba llamando al mozo que pasaba por allí, para que le avisara a la señora del cuarto diecisiete que bajara a comer.

«Encima una locomotora», le susurré entre dientes a Duray y me puse a darle rápido a mi comida, para podemos levantar lo antes posible. Yo estaba pelando en ese momento una manzana, cuando la regordeta dama dio un grito bastante fuerte en la sala, «Angelina». Miré y vi a una muchacha joven parada en medio de la sala, un poco sonrojada porque todo el mundo la estaba mirando, y nosotros tres en especial con los ojos bien abiertos, apurándose para llegar a nuestra mesa.

«Perdóname tía, pero el personal de servicio trajo un poco tarde mi maleta.»

Me pareció, no sé por qué, como que esa voz era la totalidad de esa muchacha transformada en voz, transparente, clara, fuerte y a la vez cálida, con un sonido maravilloso. Tal como era toda esa figura delgada y rigurosa y a la vez fuerte, clara y transparente, con esa pequeña carita que aun estaba algo sonrosada; y que en los ojos marrón oscuros tenía un resplandor de limpia bondad, algo así como de una fidelidad inteligente, atrevida y de una inocencia que no es ya más la inconsciencia de los niños, sino la de una muchacha con una experiencia bien obtenida y a la vez lista para seguir adelante.

Qué me preocupó yo tanto por esta muchacha, que si bien era bonita, por mantenerla tanto en mi diario. Esa frase sin mayor trascendencia sobre el atraso de la maleta y de la primera mirada que yo le di, con seguridad no las tomé con gran importancia. Como hubiera sido poco educado levantarse de inmediato, me comí una segunda manzana, y la tía continuó su profesional conversación con nosotros.

Del volar terminó ella finalmente en los pilotos y se puso el tema un poco escabroso, cuando lanzando una larga mirada alrededor, preguntó si nosotros sabíamos, si el señor Chávez, del que tanto se hablaba, estaba sentado por acá.

Mientras ella estaba todavía hablando, le mandé una patadita a Duray por debajo de la mesa y a Christiaens, que estaba sentado muy lejos de mí como para poder haberlo alcanzado de la misma manera, le mandé una mirada que llevaba el mismo significado; Yo no conozco al señor Chávez, respondí, pero él viene

poco por aquí, porque he escuchado, que se trata de un tipo muy especial y que evita a la gente.

*«Debe de ser peruano. Quizá no se sienta muy cómodo en nuestra sociedad europea. La gente habla mucho. Pienso que no tiene ninguna perspectiva junto a nuestro Cattaneo o junto a Weydemann, el uno debe de ser el mejor piloto y además es muy elegante.»*

Tuve que contenerme para no evidenciarme. Pero allí se presentó para ayudar a este medio salvaje del Perú, que desgraciadamente no se podía defender él mismo porque se había dado por ausente, la joven y clara voz: *«Chávez hace poco acaba de establecer el récord de altura. Por lo tanto debe de ser un buen aviador, y mi padre ha escuchado del señor Mercanti, que se trata de una persona muy simpática y muy enterada, y que es el que ha tomado más en serio, de entre todos los participantes, este asunto del vuelo sobre los Alpes.»*

«Probablemente sea el que más lo necesita», señaló la tía con encono respondiendo a la muchacha y pasándome por encima, sin que yo supiera por qué me había merecido eso. Por lo demás, informó ella que vivía en Domodossola y que el padre de alguna forma formaba parte de la Organización de la Aviación. Entonces este divertido juego se acabó, ya que la tía y la sobrina terminaron su comida y se levantaron haciendo una pequeña despedida. Yo les dije a Duray y a Christiaens que estaba cansado, y me fui a mi habitación, y en vez de ponerme a dormir, estoy acá sentado, metido en la noche y escribiendo cosas en



mi diario, que son en realidad asuntos ad lateres y que no pertenecen para nada a todo esto.

*Brig, 17 de setiembre*

Todo está listo para mañana temprano: mi máquina y yo mismo, los pedazos de madera detrás del cobertizo y cuatro muchachos, que creen a pies juntillas, que tienen una cuenta que arreglar con la policía.

Los otros también están allí. Pero ninguno tiene su máquina lista para volar, y no conocen la ruta a través de una observación personal, salvo Weymann, que hoy fue por allá. Farman le ha construido una máquina especial «Modelo Vuelo sobre los Alpes» e inclusive ha venido personalmente, para montarla. Esto va a constituir un duelo: Bleriot versus Farman. En lo que a mí concierne, deberá de concluir con el triunfo de Bleriot.

Christiaens ya está arriba sobre el Simplón. Duray sale mañana temprano, tan pronto amanezca, hacia Domodossola, donde todo está preparado. Él va a negociar una vez más esta noche con el Comité, para ver si es que se puede lograr que se permita que la partida sea mañana temprano. Será un último intento para llegar a un buen entendimiento, y si es que fracasa, un eslabón más en la cadena con la que vamos a amarrar la prohibición de la administración y desgraciadamente lo haremos. Porque si el Comité se mantiene en su posición, Duray saldrá tan resignado y abatido, que nadie se imaginará que de todas maneras, yo vaya volar mañana.

El clima no puede estar mejor. Incluso ahora a estas horas de la noche, el viento sopla suavemente desde el sur. El cielo se presenta azul y claro delante de las montañas que rodean el valle. Solamente algunas tímidas nubes se mantienen en lo alto sin moverse para nada, tranquilas. Y allí están las golondrinas!. Que maravilloso es su vuelo, rápido como una flecha y tan seguro y qué lleno de confianza es su jugar en el aire, sin ninguna finalidad en absoluto, nacidas sólo para disfrutar del volar. Junto a ellas nuestro volar es más rudimentario que los primeros pasos de un niño desamparado.

Qué tonto eres, Geo Chávez. Mañana te quieres atrever a hacer el gran vuelo y para ello necesitas toda tu concentración y todas tus fuerzas y estás ahora sentado acá, pensando en esa muchacha. Su cabello y sus ojos son tan claros, porque su madre proviene del norte. Ella no la conoció, porque murió hace muchos años. Eso contó la tía hoy a la hora de almuerzo, entre otras muchas cosas, que con la más grande naturalidad se colocó en nuestra mesa, cuando nosotros llegamos. La muchacha misma no estaba allí, sino de excursión arriba en el valle del Rhone y en el valle de Fischer. A la hora de la comida en la noche se encontraron nuevamente y aparentemente pareció ella algo sorprendida de la buena amistad que, entre tanto, había hecho la tía con nosotros.

La conversación se mantuvo casi sin variación sobre el vuelo de los Alpes. Conjuntamente con la tía y en contra de la muchacha tomé partido ardorosamente por Weymann, alabándolo entusiastamente, sin defenderme para nada, lo que

hizo ella con mucho apasionamiento. Casi me descubro, porque muchos de los asistentes nos observaban fijamente, y como nuestra mesa estaba cerca de la puerta, nos miraban también los que recién entraban, incluso en casos, se quedaban parados al lado de nosotros. Ella lo sintió y yo me di cuenta, porque se puso un poco intranquila y de cuando en cuando nos miraba de reojo y como observándonos. Después de una notoria tardanza finalmente preguntó, por qué realmente la gente miraba hacia acá, y la verdad que no supe qué contestarle, si no fuera que Duray con una risita y una mirada, tan asombrosas como inocentes, le preguntó si es que ella nunca se había mirado en un espejo, porque si no debería de saber, que la respuesta a su pregunta estaba escrita en su cara.

La tía se rió y ella misma se sintió un poco desamparada y cogió su copa para disimularlo. Para mantenemos a la vez con humor y seguir el alegre juego, cogí yo la mía: *«Si usted está de acuerdo señorita, vamos a enterrar por ahora nuestras disputas y brindemos por quién sea el primero que vuela sobre los Alpes.»*

*«Y por último da lo mismo quién sea, brindemos por la más bella que hoy se pasea dentro de las murallas de Brig!»* dijo Duray un poco burlesco. Cuando nuestras copas se acercaron y nuestras miradas en un largo instante se cruzaron. Ella estaba sentada allí, radiante y bella como el cielo, cuando los últimos rayos del sol ilumina todo con su última y cálida luz roja.

Bien, a no soñar más ahora.

Mañana debo de volar. Buenas noches!

*Brig 18 de setiembre*

Todo fue por gusto, y fue nada menos que Weymann el que me delató. De alguna manera se enteró de mi plan secreto, y como su propia máquina aun no estaba lista, informó mi preparación al Comité de Brig. Este mandó un número incontable de policías allá arriba, y contra ellos naturalmente el par de muchachos y el fueguito, que ardió puntualmente, no tuvieron fuerza alguna. Cuando Duray se enteró en la noche de la nueva situación, mientras yo dormía, peleó hasta el amanecer con el Comité, para ver si lograba algo. Finalmente, incluso él llegó a decir, que me dejaran volar y que por ello, al haber violado una orden que declaraba la prohibición oficial, se me penara con una multa, pero que no se atrasara la partida por la fuerza. Pero no hubo nada que hacer. El pobre estaba completamente abatido, cuando vino a despertarme a la hora convenida. Yo ya estaba despierto y completamente vestido. Fue un momento realmente insoportable. Este despertar, tan cuajado hasta en los últimos rincones de la mente, del hecho que se tiene al frente, con todo el ser inundado de una tremenda tensión que abarca toda la energía que se tiene reunida, con todos los últimos preparativos ya terminados, y todo eso, repentinamente se transforma en un vacío en el que se desvanece todo, sin fuerza alguna, es una contrariedad, que para llegar a sobreponerla se requiere verdaderamente de una intensa fuerza interior. Y a todo esto, el clima estaba

muy bueno. Más tarde se dijo que sobre el Simplón había fuerte viento pegado a la tierra, pero acaso no hubiera podido volar yo lo suficientemente alto como para haberlo superado, más aun si en el Paso de Munchera hubiera tenido que elevarme unos cien metros más alto.

Ay, hoy día en la noche ya hubiera estado en Milán, y ya hubiera pasado todo. En lugar de eso, comenzar otra vez con un nuevo mañana. Pero de qué me quejo. Toda la vida no es más que un mañana perenne.

Asombrosa la foto de Brig que trae el día de hoy el «Corriere della Sera». Cuánto más la observo, tanto más me doy cuenta, que realmente no se trata de una superficie compacta la que estructura la foto, sino que está compuesta de muchos, muchos puntos individuales puestos juntos y sólo a gran distancia desaparecen y se unen en una única superficie. Nada distinto sucede con nuestras vidas. Si no nos damos bien cuenta, nos puede venir la sensación, que hemos vivido un largo y uniforme presente, pero si nos fijamos más atentamente, entonces resulta que la vida se compone de un número de muchos puntos individuales, un continuo pasar de mañana a ayer. Cada segundo. Apenas ha empezado un segundo, ya está en el pasado y ya está ingresando el siguiente, y antes de que siquiera lo pudiéramos haber asimilado, ya no es más presente sino pasado.

Algunos hacen de esta necesidad una virtud y dicen que precisamente en este cambio, en este perenne convertirse se encuentra la felicidad de las

personas. Pero no es así. A la gente le puede parecer adecuada esta situación, que consiste en un rápido y silencioso pasar del tiempo, pero allí no se encuentra nuestra felicidad; porque cuando nos empeñamos en mantener con nosotros el instante más bello, cuanto más queremos conservarlo muy cerca de nosotros, es cuando más se nos escapa. Nosotros a veces nos asustamos, pensando que cuando alguna felicidad dura, podríamos llegar a hartarnos de ella, pero ese sentimiento sólo procede de dos fuentes: por un lado, porque nosotros vivimos en el tiempo y por ello sobre todo lo experimentamos como lo que dura, y no estamos - como podría explicarlo- absolutamente puros, es decir, completamente libres del mañana, del ayer y del hoy; y de otro lado, porque también nuestros más bellos instantes tienen en sí la abundancia, de tal manera que hacen que no nos quedemos añorando abundancia, en el sentido que se estuviera quedando algún deseo sin complacer.

Si algún instante de nuestras vidas así fuera, que llenara completamente todas las fibras de nuestro corazón y no hubiera lugar para nada más, entonces creo yo, ese sería el instante más sublime, se rompería la Ley fundamental del Tiempo y nos suspenderíamos en la clara e infinita atmósfera de la eternidad. Eso sería la misma eternidad, y sería desde la perspectiva de nuestra vida, la muerte; porque tan sólo lo único que se encuentra delante de la muerte, es el sometimiento a la Ley del Tiempo. Pero con la muerte se arruina el cuerpo. En el momento en que se entra en la eternidad, sin embargo podría también el cuerpo

llegar a lo imperecedero, y el tiempo podría limpiar su ruina, transformándolo, llevándolo consigo.

¿Podrá ser eso así?, si yo lo puedo razonar con las débiles fuerzas de mi entendimiento, por qué no puede ser posible, más aun si hay tantas cosas a mí alrededor, en las que jamás hubiera podido pensar.

¿Cuán lejos me llevan mis pensamientos?. Casi ya me habría olvidado de todo, los Alpes, el vuelo, la gente y todos los fastidios que me ha traído el día. No quiero ser injusto, también me ha traído otras cosas, porque a pesar de las desilusiones me he vuelto a reír de corazón, como un niño al que nada le preocupa. Y realmente fue una especie de aventura de niños de colegio, la que Duray yo tuvimos esta mañana. Ya muy temprano llegaban de todas partes cantidades de gente a chorros. Detrás de los tapasoles medio cerrados de mi ventana las veía como pasaban por la plaza como una muchedumbre en peregrinación que va al encuentro de un cuadro milagroso, encaminándose hacia el lugar de la partida, aun cuando muchos no tuvieran fe, sin embargo la gente esperaba alcanzar su liberación y llevarla a sus necesitados corazones, mirando los milagros de la técnica del volar. Irritado como yo estaba, hubiera preferido echarme a puñetazos contra esa muchedumbre, que llegaban en manchas, unas tras otras, y que era por ellas que no hubiera podido volar. Entonces cogí un recipiente de gasolina vacío, que estaba en una esquina, y con un sonido profundo, con la boca abierta y con voz clara, dije: «¿Por qué

han venido hasta acá?. Ya se fueron volando, regresen a sus casa!»

Al principio sólo algunos de los que estaban afuera se dieron cuenta, entonces Duray agarró el recipiente y, en unos cuantos tonos más altos que yo, repitió las palabras. Algunos se detuvieron, y entonces fui yo el que habló de nuevo a través de nuestro instrumento. El desconcierto creció en la plaza. Duray y yo, nos íbamos cambiando, y nuestra única preocupación era, podemos reír lo suficiente cuando nos tocaba pausa, para arrancar nuevamente bien serios. Nadie, allá abajo siguió avanzando, y de atrás continuaba llegando gente, de tal manera que el gentío rápidamente casi llenó la plaza. A través de lo cerrado que era la plaza se repetían como en eco nuestras voces contra las casas, de tal manera que era casi imposible determinar de dónde venía la voz.

Finalmente tuvimos que terminar, porque de tanto reímos simplemente no podíamos continuar. Nos divertimos como un par de muchachos malcriados de catorce años, y tomó buen tiempo hasta que la gente abajo empezó a irse de nuevo.

Por la tarde vinieron los señores del Comité de Brig; que yo debería de probar de hacer un vuelo. Pero yo me puse duro. No he venido a hacer vuelos de exhibición. Weymann tampoco voló, aun cuando entretanto, Farman ya había completado su máquina del todo. Incluso dos pilotos suizos, a quienes les pidieron y rogaron los del Comité, por alguna razón no pudieron elevarse, entonces a la masa no le quedó más que regresarse de nuevo, sin haber visto ninguna



máquina volando. Pese a todo, la espera inútil los puso lo suficientemente hambrientos y sedientos, de tal manera que todos los restaurantes de Brig se encontraron llenos de trabajo, y de esta forma la prohibición del día de fiesta cumplió su cometido.

*Brig, 19 de setiembre*

Acaso he estado yo alguna vez más cerca de la muerte, no lo sé; con seguridad nunca he vivido lo gris de la muerte como en este vuelo, en esta caída, que la sentí hasta el tuétano, que impotente estuve frente a las fuerzas de la naturaleza y cómo la decisión sobre mi vida estaba en otras manos y no en las mías, tan débiles.

Eran dieciséis minutos después de las seis, cuando me elevé. Sobre el Rhone había una suave neblina mañanera, sobre el Monte Leone había unas cuantas nubes, aparte de ello, todo estaba claro. El decolaje estuve perfecto y justo corriendo a los cien metros me desprendí del suelo. En cinco grandes curvas me elevé a la altura, y cinco veces estuve exactamente encima del campo de aterrizaje, donde estaba la multitud de gente que pocos minutos antes se había comportado con tanta bulla y con tantas ansias y que ahora cada vez iba desapareciendo más y se iba confundiendo con la naturaleza que la rodeaba, a la vez que se me iba abriendo más y más el horizonte. El viento estaba débil. Cuando alcancé los dos mil metros, dejé el valle del Rhone y me fui hacia el sur, hacia el Simplón. Rápidamente volé sobre las primeras montañas de setecientos metros de alto, que empujan al Simplón como al castillo de un barco.

A mi izquierda vi la carretera, sobre la que pasaban algunos autos, esforzándose, para contemplar mi vuelo. Debajo de mí se ensortijaba una nube de humo de una señal de fuego. Yo estaba en el buen camino.

Pasando a través de dos capas de nubes, vi la parte alta del Simplón. Las imponentes capas de nubes que estaban abajo se deslizaban cómodamente hacia el este, la más alta se mantenía como formando, entre pico y pico, el techo de una carpa sobre las montañas. Una vez más subí más alto, para dejar todas las nubes debajo de mí..

Poco a poco se coló el frío a través de mi grueso abrigo de cuero forrado, sobre el que la neblina y las nubes, que me pincelaban, le iban poniendo acentos brillantes. Pero el motor trabajaba con toda regularidad, y finalmente, después de haber seguido subiendo quinientos metros, estaba la carpa de nubes debajo de mis pies, entre la que se destacaban con sus bordes afilados, perfilados y brillando profundo, las cumbres cubiertas de nieve. No faltaba mucho, para que yo y los abismos oscuros que estaban abajo, se juntaran, teniendo de por medio la luminosa y suave cama de las nubes, entonces vino el golpe. El asiento se desprendió de debajo de mí y yo caí al aire, sin parar y sin resistencia.

Ayer escribía yo casi con gran alegría sobre la muerte, que no significa un fin espantoso, sino tan sólo una transformación hacia un luminoso y eterno estar/ser. Así puede aparecer la muerte para aquellos que ya han pasado a través de ella, y quizá a veces también para nosotros, cuando todo nuestro ser está

en paz y nos sentimos cercanos de la gran sabiduría, que se ubica encima de nuestras vidas. Si no es así, ella está delante de nosotros, como una gran puerta oscura, que espera pacientemente a su huésped, que no puede dejar de pasar por ella, y en algunos instantes - que pueden ser sólo segundos o algo más largo, porque tenemos que morir - se levanta esa imponente oscuridad muy cerca de nosotros, a tal punto que su respirar helado lo sentimos en la cara y pese a que nosotros tratamos de mantener nuestro respirar caliente, para que nuestra sangre no se congele con su vaho, temblamos porque no sabemos si es que ella va a arrancar nuestro corazón inmediatamente. Así temblé yo con este choque, y de una profundidad lejana mi consciencia percibió un rayo que me hirió con el filo y el dolor de una espada, y que en vez de ser de un resplandor brillante, era una sombra negra que se me echó encima y que hizo desaparecer cualquier atención que yo pudiera tener sobre las cosas externas.

Sólo me quedó la espera de una próxima y espantosa decisión junto con una real conciencia que jamás había experimentado, toda mi vida pasada, y ésta no venía como una rapidísima sucesión de una serie de cuadros aislados, sino toda junta en un solo punto resplandeciente, como si todos los rayos de mi vida, los claros y los oscuros, se hubieran juntado acá en una inmensa tensión. No veía los abismos oscuros de las montañas que estaban debajo de mí. Pero temblaba delante de los abismos negros de la muerte en los que estos puntos de mi vida amenazaban con caer, y temía que esa oscuridad no

conducía a una nueva vida, sino que siempre quedaría prisionero, sin conocimiento, sin poderme liberar, y sin embargo casi rompiéndose con una ansiosa y furiosa búsqueda hacia la luz y hacia la vida, casi como todos esos sentimientos de vida en libertad y en cambio a plenitud de los que ayer estuve tan cerca.

Sin embargo, no me había percatado, que en medio de todo este temblor de mi ser y de este sentimiento de ignorancia que me invadía, estaba yo a punto de reventar y de precipitarme a la tierra. Sin yo saberlo, por qué ni cómo, el avión empezó a caer. El altímetro marcó una caída violenta de sesenta metros, en los que me vi hacia abajo, y en esos breves segundos se desarrolló todo este sentimiento, tal y como sucede en los pocos segundos en que cae un rayo, y en los que repentinamente la oscuridad es rota y aparece ante nosotros un paisaje inmensamente grande.

La realidad presente, con sus nubes y montañas, con el viento jugando peligrosamente, con mi máquina y conmigo mismo incluido, se me presentó nuevamente. El peligro y la muerte me seguían acompañando y el viento no me dejaba. Rugía a mí alrededor, se arrojaba sobre mí como un toro furioso, con los cuernos levantados sin descanso atacando la máquina, la que a pesar de sus esfuerzos y del motor que traqueteaba, por momentos parecía que se quedaba casi inmóvil en el aire, y al siguiente instante la agarraba de la parte de atrás y la empujaba con una velocidad increíble hacia unos oscuros y pétreos desfiladeros. Después me cogía de por abajo entre sus cuernos y me aventaba hacia arriba, a tal punto

que solamente podía ver el cielo y sentía que estaba al borde de ser destrozado. Como disfrutando lujurioso de sus fuerzas, me dejaba nuevamente caer, para de nuevo arrojarme hacia arriba. Entretanto, me empujaba de los lados, ya sea por el lado derecho como lo era por el ala del lado izquierdo, la que por momentos quedaba completamente perpendicular encima de mí. La máquina temblaba y gemía como un animal, al que en medio de la oscuridad, le cae toda la fuerza reprimida de una descontrolada tormenta de la naturaleza.

Yo estaba sin fuerzas. El viento jugaba conmigo, y era un juego de azar, entre cuyos premios estaba incluida mi vida. Finalmente pude dominar a la máquina de su peligrosa caída. Le hice dar la vuelta enderezándola y como si estuviera perseguida por una jauría de perros, se apresuró a entrar nuevamente al valle del Rhone.

Mientras que todavía venía pensando en la vertiginosa caída hacia abajo, hacia tierra firme, quise probar nuevamente algo más de lo que sería una emergencia, de tal forma que cuando me preparé para aterrizar, escogí para ello una pequeña pradera fuera de las áreas cercadas, para probar, cuánto sitio necesitaría, en el caso que se presentara un aterrizaje de emergencia. Cincuenta metros son suficientes para ello. Sin embargo esto recién lo constaté después, cuando aterricé. Al llegar a tierra, me quedé sentado muy tieso y como entumecido en la máquina, hasta que una cantidad de gente, sorprendida por mi aterrizaje, vino corriendo para ayudarme. Entonces salí despacio y bajé pesadamente, todavía aun bajo

la impresión de la terrible experiencia que había vivido, y sintiendo la impotencia de poder vencer a los Alpes y acabar siendo su señor.

A través de un callejón de gente que se abría delante de mí y se cerraba a mi paso, avancé hacia mi cobertizo, mientras que muchas, muchas miradas caían sobre mí, a veces con curiosidad y a veces con ganas de darme una mano. Pero yo mismo estaba sin ganas de que me ayudaran y me sentía cansado, cuando de pronto vi dos grandes ojos, que me miraban con una mezcla de asombro asustado y una especie de miedo que parecía que se iba diluyendo. Los reconocí enseguida, pero en el primer momento no comprendí el por qué de su susto, hasta que caí en la cuenta del juego que había hecho con ella. Le sonreí, debe de haber sido una sonrisa muy cansada, y entonces como un rayo de sol que iba creciendo e iba entibiándose, poco a poco su boca y sus ojos me empezaron a sonreír, todavía con una mirada de asombro. Entonces se entrecruzaron otras caras entre nosotros.

Para el almuerzo, estaban nuevamente allí Duray y Christiaens, y pese a que el tiempo iba desmejorándose, se retiraron bien avanzada la tarde, para estar listo de todas maneras el martes muy temprano. Ah, yo escribo tan fielmente todo esto de nuevo, como si yo mismo quisiera engañarme, mientras que sé, que mi pluma está presta sólo para escribir un nombre: Angelina.

Todo el día me lo pasé con una nostalgia tremenda por su mirada. Bien temprano ya estaba

yo sentado en la mesa para la comida, finalmente apareció ella.

¿Acaso sabría ella cuán bella estaba cuando entró en la sala? Las luces jugaban sobre sus cabellos rubios, cabellos con unos ligeros tintes rojizos, así como sobre su vestido azul de seda clara, desde el que de sus suaves hombros cubiertos se elevaba dulcemente el cuello. No sé cuánto le habrán demostrado mis ojos, antes de haber podido yo siquiera decirle una palabra. Pero tuve la impresión que su mirada sin preguntar nada, decía más que lo que sus palabras le permitían. Lo primero por supuesto fue molestarse, porque le había mantenido en secreto mi nombre y todo lo demás. Encima, con eso de haber tomado partido yo por Weymarm, la presioné de alguna forma a que dijera algunas cosas buenas sobre mí, pero ella indicó que eso no lo debía de tomar yo tan en serio; porque ella había dicho todo eso más que nada como una oposición a nosotros, y además no me conocía a mí para nada, por lo que todo más o menos había sido como cogido del aire. Ahora sí que me conocía, me aventuré a decirle replicando sus palabras, y con ello esperé que me iban a responder sus ojos. Ahora podía ella repetir lo que había dicho.

Ella bajó rápidamente los ojos y se puso un poco sonrosada, sin embargo yo esperaba que con su rubor iba a coquetear un poco y seguir jugueteando con palabras dichas a medias, sin embargo levantó la mirada muy altiva y dirigiéndose a mí: No, no se iba a contradecir, porque lo que dijo medio tomado del aire el sábado, hoy día con el vuelo se confirmaba.

Teniendo en cuenta su franqueza no quise jugar al héroe y le conté algo de lo terrible del vuelo, y si es que ella no se había dado cuenta esta mañana, cuán cansado y abatido yo estaba: en vez de aterrizar en Milán como el ganador, como yo lo había soñado, había regresado como un pequeño y vencido hombrecillo.

Pero nadie se había esforzado más que yo y por qué no se me iba a regalar la victoria, aun cuando para mí ya no era tan importante; porque esta mañana yo había estado en la frontera de las posibilidades humanas. Si es que me atrevía otra vez temerariamente, entonces... Ella dijo las últimas palabras muy lentamente y despacio, y cuando ella se calló y yo la miré inquisitivamente, movió la cabeza, y yo no la presioné más. Yo sabía lo que ella había pensado, y pensé en mi primera visita a Brig, en el viaje al lugar de la partida arriba y en la lúgubre palabra, que hoy casi se convierte en realidad.

En voz alta dije: «No. Por mi éxito, por la vida» y levanté mi copa lentamente juntándolo a la de ella, y mentalmente le besé los ojos, de los que se irradiaban hacia mí tanta luz y tanto amor, tanto deseo y tanto calor. Pero enseguida, rápidamente se levantó. Tenía que ir arriba, donde su tía, que con el clima que se había tomado un tanto fresco, se había resfriado y por ello no bajaba a comer. Buenas noches, Buenas noches y hasta luego.

Ella no dijo nada más, pero su mano, que nos la dio, dejó sentir una pequeña presión sobre la mía.



¡Qué lindo es el mundo!

*Brig, 21 de setiembre*

Lluvias, viento y frío parece que se han confabulado con las montañas para mantenerme acá prisionero. Sólo faltan tres días y se termina la Semana del Vuelo y con ello se termina también el Servicio de Información sobre clima y demás signos atmosféricos. ¿Cuándo se dará nuevamente esta oportunidad? Yo no sé cómo hubiera soportado esta bendita espera, si no estuviera Angelina. A veces me parece que yo no he venido acá por lo de los vuelos, sino únicamente para encontrarla.

Si alguien nos viera juntos podría pensar que se trata de un encuentro accidental entre el famoso piloto y una bella muchacha. Dejo que piensen y que hablen así; no pueden imaginarse otra cosa que aquello que cabe en el estrecho espacio de sus pequeñas vidas aventureras. A la misma vez, yo no quiero ponerme por encima de ellos; porque la verdad es que yo mismo hasta ahora no conocía otra cosa que no fuera la alegre y juguetona relación entre hombre y mujer, esa relación que allí donde la casualidad y mi humor lo quieren, se une y se deshace y se vuelve a unir y romper, y es que siempre, por todas partes y con toda la gente, se ha venido repitiendo y nunca llega a terminar serenamente. Es una bebida, que lo único que consigue, es que a uno le de más sed. Un juego, con el que tratamos de llenar el vacío de nuestras vidas, con el que tratamos de engañarnos a base de sus pequeñas ganancias y éxitos tomándolo en serio y dándole importancia, y que a la vez dentro de este

devenir, se esconde el conocimiento de nuestra perdida añoranza hacia todo lo que es realmente pleno.

Angelina, ¿por qué me convierto en otro delante de ti?. Por qué no te he traído hacia mí, como lo he hecho con otras, que he querido menos que a ti?, casi quisiera reírme de mí mismo, no me he atrevido siquiera a darte un beso en la mano, esta noche cuando te fuiste a descansar, creo que me hubiera sentido como un ladrón escondido. Es esto amor, que no quisiera tener y al que pudiera renunciar.

Siento que esto es amor y que es más grande y más profundo, que cualquiera que jamás he experimentado. El corazón se me quema, y aun más que eso, por estar cerca de ti. Parece que fuera como si tú estuvieras dentro de un círculo, rodeado de llamas, haciendo inaccesible entrar a él, de tal manera que el fuego no te consumiera, sino que de ti emanara un claro resplandor de alegría lo que yo llamaba amor hasta ahora, a menudo no lo era, y yo lo sabía. Sin embargo, a veces sí era amor- al menos yo creo que lo era - dónde estará Yvonne ahora, pero el fuego se apagó y sólo quedó de ello un recuerdo y un sentimiento de culpa. Lo que ahora siento en mí, más que lo que jamás he sentido, y nunca se apagará. Lo estoy sintiendo, ¿pero por qué es así?

¿Quién me lo dijo? Miré a la noche afuera y atisé a su voz y pensé en Angelina, y de un porrazo lo supe, por qué no la había atraído hacia mí y por qué no la había besado. No es porque no lo hubiera deseado, sino porque yo la pongo a ella delante de todos y de

cualquiera de mis deseos, y no es porque no la quiero tener y poseer primero, sino simplemente porque así ella lo ha querido. Es duro decir esto, pero lo veo clarísimo. Hay una voluntad, que sólo quiere, y que dice un sí. No es que así se hizo el mundo: es decir que Dios lo quiso, y le dio el ¿sí?. De esta forma lo hizo realidad, y porque él así lo quiso y afirmó, por eso también lo amó. Nosotros los hombres no lo queremos con nuestra voluntad. Pero nosotros queremos repetir ese sí, y ese es el inicio del amor.

En Yvonne, que es a quien más he amado hasta ahora, me busqué más a mí que a ella, y por ello murió el amor; y por ello yo sé, que no terminaré nunca de amar, a Angelina, porque yo le doy a ella mi sí total, porque la quiero, «aun antes de poseerla.

Ahora lo veo claro, aun cuando las palabras no ayudan y se expresan de forma tan insegura. Este sí es mi pedido por ella, y es a la vez el círculo protector que se cierne a su alrededor, es el amor y ella es la veneración. Yo conocía el amor, porque todo el mundo habla de él, y a la vez yo no lo conocía, porque yo no conocía la veneración, que le pertenece inseparablemente. Yo vivía en el puro alboroto del mundo, la veneración por su parte sólo permanece en la serenidad, e incluso quien habla muy fuerte y alto de ella, la está matando.

Estoy hablando como un hombre viejo y sabio. Pero el amor, este amor, lo hace a uno sabio. Te lo agradezco, Angelina.

Cómo me ha cambiado ella, cómo ha crecido ella en mi vida y es asombroso que no haya surgido ni una sola palabra de nuestro amor entre nosotros. Ella debe saber que yo la amo, y yo siento que ella corresponde a mi amor, pero lo guardamos en silencio como un dulce secreto y no nos atrevemos a disturbarlo con palabras, que siempre son tan toscas y pesadas.

Yvonne! Como un sonido doloroso retumba en mis oídos. Muchas veces he pensado en ella y he tratado de olvidarla, pero como quiera que mis recuerdos la llamen por sí mismos, ella sigue estando como una sombra a mí lado. Quizá hace tiempo que ella me ha olvidado o ha querido olvidarme. Pero eso no me libera de mi culpa. Quizá está ella en alguna necesidad. Quizá yo la puedo ayudar, de tal manera que si hay muchos que la siguen. Duray me dijo alguna vez, que en el lugar de Bondin ya ha entrado otro, ella tan sólo siga a aquel que le señale su corazón. Tan pronto esté yo nuevamente en París, quiero hacerlo. Pero debo de ser muy cuidadoso. Porque si con eso ella se da cuenta de algo, es lo suficientemente orgullosa como para pasarse de largo.

*Brig, 22 de setiembre*

Triste y abandonado está Brig, bajo este cielo que cuelga encima de él, repleto de nubes. La mayoría de la gente que había venido de fuera ya se regresó, porque piensa que ya no se va a hacer más el vuelo, y sobre todo Angelina ya no está más por acá. La tía, después de que esta mañana temprano incluso nevó en el Simplón, ya no aguantó más, y Angelina

naturalmente tuvo que irse con ella. Y a la vez yo no estoy triste, internamente estoy muy contento y feliz, como nunca lo he estado en mi vida. Recién en los últimos momentos me enteré de la partida, pero el tren tuvo piedad de nosotros y nos regaló con su atraso algunos minutos más. Yo estaba muy abatido. ¿Cuándo la iba a volver a ver?. O ¿es que ahora tendría que terminar todo? Eso no podía ser. En vano trató el fiel Duray, el que adivina todo - que por otro lado no era muy difícil -, mantener ocupada a la tía, para que podamos todavía decirnos algunas palabras. Pero quizá sospechó que ella se encontraría conmigo en la estación del tren. Por ello en todo momento se inmiscuyó en la conversación, dirigiéndose con insistencia siempre hacia mí. En eso llegó el tren. Recién cuando Angelina estaba subiendo, pude hacerle una pregunta muy despacio y rápidamente, si es que nos veríamos nuevamente. Ella respondió: *«Si usted lo quiere, Sí, Qué le vaya muy bien, Geo, que vuele bien!»*. Mientras la tía apurada buscaba un compartimento, Angelina se volteó nuevamente en el marco de la puerta, con una rápida mirada a Duray, como si quisiera decirle: *«Tú eres su amigo y no nos vas a delatar»*. Entonces tomó rápidamente mi cara entre sus manos y estampó un tímido y rápido beso en mi frente. Yo quise cogerle las manos, para tenerlas un poco en ese momento, pero ya me había abandonado, y antes de que yo me diera cuenta, partió el tren. Yo sabía que ella no se asomaría a la ventana. Pese a ello me quedé parado mirando al tren, hasta que desapareció.

Entonces Duray me trajo a la realidad con un suave: «ven», y lo que él nunca ha hecho, me cogió del brazo y así nos fuimos hasta el hotel.

De volar no se podía ni pensar. Cattaneo, Wienscziers y Paillete no habían siquiera puesto sus máquinas a volar y esta tarde las hicieron desmontar nuevamente. Así sólo quedaban Weymann y yo y solamente dos días más. Quizá se pueda mañana. Lo que pasa es que está demasiado frío, pero el cielo se ha aclarado.

Qué precioso es el cielo con sus innumerables estrellas, con sus soles y sus mundos, que están diseminados en él, como que después de unas inmensas ganas de crear, salieran en un número tal que se escapan!. Ellos se mueven siguiendo unas leyes secretas, que nosotros incluso con todos los cálculos de los astrónomos no las podemos descubrir, porque éstos sólo llegan a establecer lo que se puede ver y medir y por lo tanto, se alejan de cualquier intención primera. Pero la intención primera interna, el por qué todo eso es así, por qué nuestra tierra sigue ese orden cotidiano, por qué las estrellas avanzan en ese espacio infinito y marcan su camino y no se desparraman en un choque catastrófico, en el que nuestra tierra y el sol se hundan y todo el universo se suma en el caos de un desorden ciego y sin leyes de la materia, la intención primera para ello, sólo puede estar en un grande y viviente Sí, que alguien ha pronunciado, alguien que tiene todo el poder sobre este mundo.

Porque yo existo, por eso a mí también me coge y me envuelve este Sí. Este es el misterio de nuestra

vida, que me libra de todo miedo interno, pero que tan a menudo me amenaza con apretarme y ahogarme.

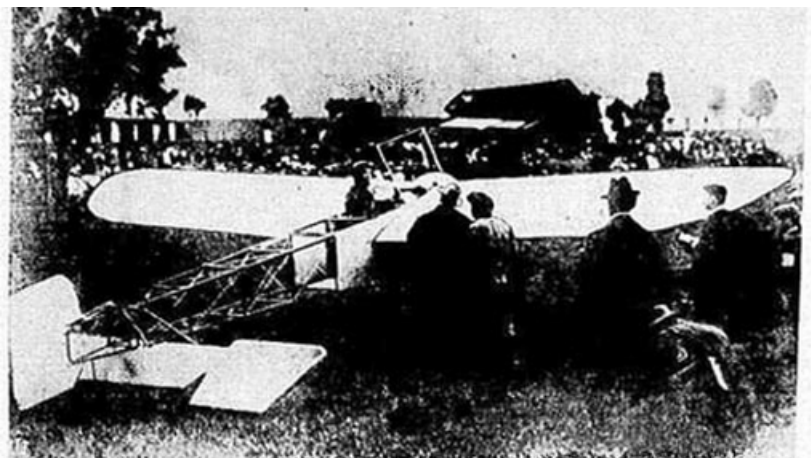
Ahora pienso en el último y terrible vuelo, que hice desde Issy.

Todos los miedos y peligros pueden permanecer, pero no son la última palabra en este mundo, tampoco lo es la muerte con su negación aparente, cuando nosotros respondemos al gran Sí con nuestro pequeño Sí.

Angelina, ¿estarás acaso en esta noche pensando en mí?

Tú me has enriquecido tanto, porque a través de ti, he encontrado el amor.

\* \* \* \* \*



23 de septiembre de 1910



Un momento el lector se quedó sentado, inmóvil, con el libro abierto, a punto que los otros dos no comprendieron y pensaron que simplemente era una pausa y no el final. Luego lo cerró lentamente, lo puso sobre la mesa delante de sí y se cogió los anteojos. Miró por un instante al vino rojo y oscuro, como si de dentro de él estuviera buscando algo, se lo llevó a la boca y tomó un largo y pausado trago.

Los otros dos seguían en silencio, hasta que finalmente el médico preguntó: «¿Qué más? ¿Qué sucedió con él y Angelina?»

«¿Y con el vuelo?», preguntó el otro.

«Para saber de todo eso, me quedé tres días más. Primero estuve buscando alguna continuación del diario, pero no había.»

Chávez voló al día siguiente. Era el 23 de setiembre. El día estaba claro, pero muy frío. Se elevó al mediodía, a la una con veintinueve minutos.

Rápidamente alcanzó la altura necesaria sobre el valle del Rhone, para llegar volando al Simplón. Sin problemas alcanzó el Paso. Allí dejó que el avión volara a baja altura, a tal punto que los monjes, con su Prior al frente, que estaban admirando el vuelo, pensaron que iba a aterrizar. Enseguida se elevó nuevamente, pasó volando sobre el pueblo del Simplón y Gabi y se dirigió al Paso de Munchera. Pero éste no lo dejó pasar. Por más que Chávez probó, el viento soplabá allí tan fuerte, que no pudo contra él. Finalmente se volvió para pasar entre las montañas hacia Gondo y voló entonces el temido Val Divedro. Para él debe de haber sido una tremenda presión física y sobre todo una monstruosa tensión nerviosa, el atravesar por esa garganta, flanqueada a la derecha y a la izquierda por inmensas paredes de rocas completamente verticales, que caen en picada hasta el lecho donde discurren rabiosos riachuelos salvajes. Por ninguna parte había algún sitio que pudiera ofrecerse para un aterrizaje de emergencia - al venir hacia acá yo he pasado por allí y lo he visto con mis propios ojos - y encima de todo ello, el viento que lo zarandeaba por todos lados. Mejor de lo que yo pueda decírselo, pueden ustedes imaginárselo, si recuerda la descripción que él mismo hace del primer vuelo, el que hizo el lunes de aquella semana, desde Brig y del que tuvo que regresar.

Acá, en Val Divedro, naturalmente ya no existía la posibilidad de regresar. Siguió luchando hacia adelante. En los pequeños pueblitos del valle estaba la gente parada, y algunos veían a ese ser volador

bien sea corno un milagro o como escupitajo del demonio.

Lo logró. Sobrepasó al Val Divedro y lo dejó detrás de sí. Delante de él estaba Domodossola, donde Duray había marcado el lugar prefijado para el aterrizaje, con una gran cruz, mientras que Christiaens, después de que Chávez sobrevoló el Simplón, partió apresuradamente en un auto detrás de él, aun cuando no podía mantener el mismo paso que él mantenía.

Desde la gran altura a que llegó, empezó a descender su máquina para el aterrizaje. Con gran velocidad viene el descenso del vuelo. Alrededor del lugar marcado previamente, hay una multitud de gente que espera manteniendo la respiración, el aterrizaje del primer vuelo sobre los Alpes. La máquina ya está a no más de quince metros sobre la tierra, entonces repentinamente se doblan las dos alas y se golpean juntándose contra la máquina; la que se colapsa y se estrella violentamente contra el suelo. Sangrando profusamente es sacado Chávez. Vive todavía y en su media conciencia repite todo el tiempo las palabras: «*Oh, mis amigos, he tenido valor; pero fue terrible, fue realmente terrible.*»

Cuando Christiaens llegó de Domodossola, para felicitar al vencedor, es llevado de inmediato al hospital.

Las heridas que Chávez presenta son bastante menos graves de lo que en un principio se creyó. Las dos piernas se le han roto, y fuera de eso tiene por todos lados hematomas en la piel, pero de eso uno no

se muere. Pese a ello se le va la vida sin que lo detengan. Es como si las tremendas vivencias de ese vuelo le hubieran destrozado los nervios de la vida, como si el valor que le había impreso, para no desistirse del vuelo, hubiera consumido todas las fuerzas de su vida. Son llamados los mejores médicos, pero se quedan impotentes.

Tú preguntas por la muchacha. Ella tampoco pudo hacer nada más que hacerle el morir fácil. Pero tampoco lo pudo hacer realmente, porque el final que todos veían venir, se le mantuvo en secreto, trayéndole la luz que hay detrás de la oscura puerta de la muerte, de la que él tan a menudo había escrito, tan cerca como se pudo; y tratando de acompañarlo a entrar en ella, tanto como se le permite hacerla a una persona viva. Cuatro días después del vuelo y del accidente, el 28 de setiembre de 1910, murió en los brazos de ella.

Sobre los tres cayó el silencio que envuelve el pensar en la muerte, hasta que el primero de ellos dijo:

Por deseo de sus parientes, fue enterrado en París, en el Pere Lachaise. Pero en Domodossola encontré yo otra tumba. Debajo de una cruz de mármol blanca, cavado con letras doradas dice: «*Angelina Carpone, 22.XI.1910*», Ni siquiera dos meses después. De mis conocidos en Florencia, que son los que me dieron el diario, escuché que una fiebre, de la que nunca se conoció su origen, en pocos días se la llevó. Su padre era primo de ellos, y en 1923 también murió, llegando a ellos este olvidado diario, que

Chávez ya moribundo le confió a ella, por transmisión hereditaria. En silencio se quedaron juntos sentados los amigos, cada uno inmerso en sus propios pensamientos, hasta que el anfitrión nuevamente habla: «Si solamente contemplamos las apariencias externas, nos parece triste la suerte de ambos. Pero mirándolo de otra forma, esto no es un final, sino es el alcanzar una plenitud.»

Lo dijo lentamente, casi titubeando, y casi sin levantar la voz, como si temiera, haber hablado demasiado con esas palabras.

